CHINA

CAPITULO I

Llego á China con toda felicidad. — Itinerario retrospectivo. — Reseña histórica de China. — Misiones. — Los misioneros son los primeros que entran en China. — Inocencio IV. — Juan Carpin. — Rubruquis enviado por san Luis. — Marco Polo. — Grandes resultados obtenidos por Juan Corvino. — Los portugueses visitan Canton. — Los jesuítas. — Los PP. Miguel Ruggiero y Mateo Ricci, jesuítas italianos. — Los PP. Schaal y Verbieet, jesuítas alemanes.— Controversias. — Los PP. Morales y Martinez, dominicanos españoles. — Expulsion de los jesuítas. — Comercio de España y Hollanda con China. — Relaciones con la Rusia. — Sus embajadas en China. — Expediciones inglesas. — Embajada de lord Macartney. — El pabellon norte-americano en Canton. — Privilegio de la Compañía de la India. — Buques franceses. — Guerra del opio. — Tratado de Nanking celebrado en 1842.

No hay plazo que no se cumpla, no hay dia que no llegue. Este viage tan penoso y largo que habia emprendido, termina con la mayor felicidad. En ménos de tres meses he andado mas de seis mil leguas; atravesado el Atlántico, el Mediterráneo, el mar Rojo, el mar de las Indias, y navegando en el de la China he venido á dar á parages poco lejanos del Océano Pacífico. En este corto espacio de tiempo he puesto mi planta en América, Europa, Africa y Asia, es decir en las cuatro partes principales del mundo; he ensayado todos los vehículos y medios de trasporte, desde el pacienzudo borrico y el pacífico camello, hasta los lujosos carros de los ferro-

carriles y los espléndidos vapores de la Compañía oriental. Todos los trages los he vestido, y mi cabeza ha usado desde el serio sombrero redondo hasta el turbante de la India : solo me falta ya raparme la cabeza á lo chino.

Ciertamente, es imposible pasar en tan breve tiempo por una serie de países mas interesantes y de costumbres, raza, civilizacion mas diferentes y opuestas. Las transiciones son rápidas, violentas; no bien se han abandonado las playas de la vírgen América cuando ya se está entrando en el seno de las opulentas capitales europeas, en el foco de la moderna civilizacion, á poco ya se halla uno trasportado al teatro de la historia antigua, al golfo de esos países llenos de tradiciones y de recuerdos; y cuando apénas ha acabado de palpitar el corazon y de respirarse la religiosa atmósfera, ya nos encontramos en las selvas del Asia, en medio de hombres de melena suelta, semi-salvages que se abandonan pronto para reemplazarlos por los aun mas raros habitantes del misterioso suelo del Imperio Celeste. Es un caleidoscopio que tiene el viagero en la mano : á cada vuelta un país nuevo, un panorama diferente; y cuando llega á la tierra de Confucio, el pensamiento se encuentra tan cansado de ideas como el corazon de emociones, como el cuerpo de penosa locomocion. Ya estoy en Hongkong, en China, en esta nacion de cuya existencia, allá en la infancia, adquirí las primeras nociones; en este país vedado por tantos años á la luz de la civilizacion, que tan pocos americanos han visto y que yo nunca habia soñado en mi vida visitar. Antes de pasar adelante empezaré por dar á mis lectores una ligera reseña histórica de esta misteriosa nàcion.

Al arrojar una ojeada sobre la historia de las primitivas naciones del globo se observará que casi todas tienen un orígen fabuloso y que empieza por lo comun por tradiciones mitológicas. Ahí está Grecia, Egipto, Roma misma; regístrense sus anales, y al remontarse al principio de su historia, notárase que este es el tipo característico que domina en todas ellas : confusion, vaguedad, fábula. El buril del historiador no puede penetrar en el laberinto de los hechos, y su espíritu piérdese en la oscuridad de las edades, en la noche de los tiempos. Ninguna nacion hace mas patente esta verdad como la China, en la cual el misterio ha sido siempre su elemento.

La parte fabulosa de la historia de esta nacion empieza con Pan-kou, denominado *Hoën-tun* (caos primordial), quien tuvo varios sucesores con nombres extravagantes, y que segun se afirma reinaron por miles de años. Cuéntase entre estos á Fou-hi, el supuesto inventor de la música y de los números; á Chin-noung (labrador divino), que divulgó las primeras nociones de agricultura; y á Hoang-ti, el que dividió en nueve cuadrados iguales todas las tierras é introdujo el modo de marcar el ciclo de sesenta años que sirve de base al sistema de cronología chino. En los libros chinos, Fouhi, Chin-noung y Hoang-ti se conocen con el nombre de los *Tres Emperadores*, y se les reputa como los padres y fundadores de todas las artes.

A estos sucediéronles los *Cinco Soberanos*, de los cuales Yao y Chun fueron los últimos y mas afamados. Desde el reinado del primero, á quien se supone haber existido en tiempos del diluvio, es que data la verdadera

historia china, y que sus páginas comienzan ya á registrar hechos despojados del carácter de la fábula.

Represéntase á Yao como un modelo de perfeccion, virtud y sabiduría, á su reinado como un estado completo de inocencia, al país que gobernaba como un verdadero paraíso. Yao tuvo por sucesor á Chun.

Un gran diluvio aconteció por estos tiempos en el cual Yu, que fué despues sucesor de Chun, mostró una gran serenidad y prestó auxilios importantísimos para impedir la inundacion general del país, y en recompensa de sus servicios en esta ocasion se le eligió sucesor al trono. Yu fué pues el fundador de la dinastía llamada *Hia*, que empieza segun la cronología china 2,207 años ántes de J. C.

El período desde donde data la historia auténtica de China es el de la raza de Tchéou, conocido en la historia con el nombre de Wou-wang. Durante su reinado apareció el célebre Confucio (*Khoung-tseu*), quien junto con sus discípulos ha legado á su país obras preciosas, y en las cuales se hallan registradas las primitivas tradiciones y sucesos notables en los anales de la historia. Este hecho acaba de confirmar la asercion que hemos sentado anteriormente: cuanto se referia ántes del nacimiento de Confucio era en su mayor parte ó pura fábula, ó aplicable á otro pueblo diferente. Corrobora esta idea multitud de hechos: por ejemplo, esos nombres de Yao, Chun y Yu, no cabe lo menor duda, eran contemporáneos de los patriarcas Abrahan, Isac y Jacob; y si bien se examina, se verá que son tales los puntos de semejanza que tienen entre sí que no podian ménos que ser las mismas

personas. El llamado *Fou-hi*, ¿quién otro podia ser sino Noé? A pesar de esto, es un hecho incontestable que exceptuando á los indios, el pueblo chino es como *nacion* la mas antigua que se conoce en el mundo; su civilizacion corre paralela con la de los egipcios; su literatura con la de los griegos, y la extension de este dilatado imperio con la de Persia. El mismo Confucio era contemporáneo de Herodoto, llamado justamente el padre de la historia griega, y no le cedia á este ni en claro talento ni en moralidad acrisolada. Era aquel uno de esos hombres extraordinarios que á manera de cometas son enviados por el Altísimo á que ilustren un país, alivien sus miserias y enseñen á los hombres que no hay camino mas seguro para la felicidad que el de la virtud.

Segun Confucio, el nuevo emperador Wou-wang, cuyo nombre traducido literalmente significa *rey marcial*, era un hombre sin tacha, adornado de todas las cualidades morales que debe poseer un gobernante. Empero, su sabiduría no correspondia á su bondad y cometió multitud de errores que atrajeron el descontento general y condujeron el país á un estado lamentable. Sucedió á Wou-wang el llamado Tching-wang, durante cuyo reinado se introdujo por primera vez en China la moneda acuñada. A este siguióle su hijo en el mando, Kang-wang que aunque era un buen hombre no hizo durante su mando nada digno de llamar la atencion ó de recomendarlo. Vino despues Tchou-siang, príncipe de Thsin, echó abajo al último emperador de la raza de Tchéou y usurpó el trono de la manera mas audaz.

No entraremos á describir aquí este largo reinado que

fué la época en que empezó verdaderamente á prevalecer el terror en China, y pasaremos por alto tanto suceso insignificante con que se halla plagada la historia de este tiempo. No nos detendremos tampoco en esas pesadas nomenclaturas de emperadores, que se sucedieron unos á otros en el mando con una rapidez extraordinaria sin dejar en pos de sí ningun hecho notable, ninguna huella que haga fijar la atencion del historiador. Sin pretensiones por otra parte á hacer aquí un curso de historia, y solamente fincando nuestro empeño en coordinar lós principales sucesos, bástenos decir que á la dinastía de Thsin siguió la de Han, en cuyo tiempo empezaron los tártaros á molestar hasta tomar las armas en contra de la nacion. Otro hecho acaeció por esta época digno de notarse en la historia china : guiado por un espíritu de fanatismo el emperador, que á la sazon se llamaba Ming-ti, despachó un embajador á la India para traer al país algunos budhistas que predicaran los principios de esta religion y los diseminaran por toda la China. Admirable fué el suceso que obtuvieron los budhistas; al confucianismo, que era si podemos llamar así la religion del Estado, reemplazóle completamente el sistema de idolatría mas bajo y degradante que registran los anales humanos.

Vino despues (480 de nuestra era) la dinastía de Sung, de horrorosa recordacion, pues muchos de los que la compusieron fueron monstruos terribles, de los cuales casi ninguno murió en su cama. Todos fueron asesinados, y el último fué destronado por Siao-tao-tching fundador de la dinastía de Thsi. Fué en esta época que la China se dividió en dos reinos principales, á saber :

los príncipes de Weï, que establecieron un gobierno fuerte en el norte y cuya capital era Honan, al propio tiempo que la familia de los Sung se instaló en las provincias del sur, en Nanking (Kian-khang).

Las dinastías de Liang, Tchin, Souï, Thang, How-liang, How-tang, How-tsin, How-han, How-tchéou, Youan, forman un gran paréntesis en la historia hasta que vino la de Ming, célebre por mas de un título.

Desde que subió al trono Tchou-youan-tchang es que se conoce en la historia china á sus emperadores por el nombre de sus reinados, en lugar que ántes era por los títulos de sus antepasados; á su reino se le dió el nombre de Hung-wou.

No bien tomó Hung-wou (*Ming-taï-tsou*) las riendas del gobierno, cuando su primer paso fué arreglar el haren y palacio, dictar algunas medidas administrativas; pero su principal empeño fué el de poner en planta los medios de castigar á los mongolenses. Fué su gobierno una verdadera época de felicidad para la nacion china, fundando sobre las ruinas de un sistema anárquico las bases de órden, paz y tranquilidad.

A Hung-wou sucedióle su nieto Kien-wenti; á este, el príncipe de Yen, Tching-tsou (*Youn-lo*); luego vino Jin-tsoung (*Hung-hi*); quien solo reinó un año. Fué sucesor de este último su hijo Siouan-tsoung (*Hiouan-te*), que declaró con éxito la guerra á los tártaros, gobernó por mas de diez años, y al fin vino el mando á Yng-tsoung (*Tching-toung*); de este pasó á manos de King-ti (*King-taï*), durante la cautividad de su hermano en Tartaria. Aquí empieza la decadencia de la dinastía de Ming. La tea de la discordia no dejó de arder por un solo instante desde en-

tónces: los tártaros y japoneses declararon la guerra con empeño, y las mas de las veces triunfaron de las autoridades chinas. Desmembróse, de resultas de estas contiendas políticas, el imperio, segregóse la Cochinchina, y al desmoronarse el trono de los Ming, quedó el país entregado á manos de dos facinerosos ladrones llamados Li-tseu y Tchang.

No es posible pasar esta época sin hacer mencion que fué durante el reinado de la dinastía Ming que los misioneros católicos españoles y portugueses penetraron por primera vez en el seno de este dilatado imperio; ardiendo en zelo apostólico, llenos de abnegacion y de virtud, estos santos padres empezaron á difundir la luz del Evangelio, y hacer que por todos los ángulos del Imperio Celeste resonara la palabra divina de Nuestro Señor Jesucristo. Empero, no obtuviéronse todas las ventajas que debióse haber sacado con un principio tan brillante: las controversias, las disputas entre unos y otros misioneros vinieron á ocupar el lugar de los dictados de la razon; mil cuestiones intempestivas surgieron de este estado de cosas, entre otras si Dios debia llamarse en chino de esta ó de aquella manera, hasta el punto de atraer la atencion del gobierno, que no tardó en fulminar un decreto de destierro contra todos. ¡Cómo es posible, exclamábanse los chinos, que estos hombres profesen la religion de Jesucristo, la verdadera, en que todos somos hermanos, segun nos enseñan, cuando ellos mismos están divididos siempre en cuestiones y no se entienden unos con otros!

Con el destierro de los misioneros concluyéronse las contiendas religiosas; el huracan de las cuestiones

apagó la naciente llama de la religion cristiana que empezaba á iluminar el Imperio Celeste.

En esta situacion subió al poder la dinastía llamada Taï-thsing, cuyo primer emperador fué Chun-tchi, discípulo de un jesuíta y hombre habil en la ciencia de gobierno. Khang-hi sucedióle en el mando despues de haber vencido á los mongolenses y calmucos; y de haber expelido á los rusos, quienes ya desde esta remota época empezaban con su sistema de agresiones, queriendo extender sus establecimientos en esta parte del mundo hasta el rio Amour.

Victorioso por todas partes sin tener que vencer obstáculos, pudo dedicarse Khang-hi á mirar por el bien de su país. Hízolo, en efecto, de una manera que superó á las esperanzas de todos: no hubo ramo del gobierno en que no introdujera mejoras; consagróse al desarrollo de los intereses morales del país, protegiendo las ciencias y las artes, dando impulso á la literatura hasta el punto de mandar compilar el diccionario de la lengua, y, en fin, saliéndose completamente de aquel sistema de rutina y aferramiento á lo antiguo, tipo distintivo de los chinos.

Khang-hi gobernó sesenta años, no habiendo muerto hasta en 1723 en que le sucedió Yung-tching, quien tuvo un reinado de otros sesenta años. Vino en seguida Khian-lung, el famoso protector del saber, y durante cuyo reinado, holandeses, ingleses y portugueses enviaron embajadas á China. Empeñado se vió el imperio en algunas cuestiones que tuvo á la sazon con la Rusia, pero por fortuna todas se arreglaron amigablemente. No bien hubo completado Khian-lung sesenta

años de reinado (1796), que forman un ciclo chino, cuando renunció el trono en favor de su hijo Kia-king, en el cual duró hasta 1820 en que se inauguró el reinado de Tao-kuang, que significa *la razon de la gloria.* A este sucedió su cuarto hijo el actual emperador, Hien-fung, que, segun las apariencias, probablemente reinará muchos años.

Bosquejada muy por encima una pequeña parte de la historia antigua de este misterioso país, veamos con mas detencion como fueron introduciéndose poco á poco los extrangeros ó habitantes del Occidente hasta penetrar en el centro de la capital, enseñorearse de una porcion del territorio chino y abrir esas puertas vedadas al comercio con las naciones de Occidente.

Ya he dicho anteriormente que los misioneros católicos fueron de los primeros que vinieron á China, y todos los historiadores convienen en este punto. Inocencio IV fué el primer papa que envió varios misioneros para reducir los chinos á la religion católica. Allá por los años de 1246 despachó á Juan Carpini, quien fué perfectamente tratado y recibido. En 1253, poco despues, san Luis, durante su cruzada á la Tierra Santa, envió igualmente á Rubruquis con instrucciones de grangearse las simpatías de los mongoles. Llegó este hasta la corte del gran Khan.

En 1274 marchó Marco Polo, audaz y noble veneciano, llevando cartas del papa Gregorio X. La mayor parte de nuestros lectores saben la brillante acogida que tuvo Marco del Khan, quien lo empleó por mas de diez y siete años, pasados los cuales le fué permitido regresar á su patria.

Ninguno de estos enviados, empero, obtuvo tanto suceso como Juan Corvino, comisionado por Nicolas IV en 1268; puede decirse que ha sido el promovedor que ha logrado sacar mas fruto de la fé católica en China. Habiendo llegado á Cambalu (así llamaban á Pekin los tártaros), fué muy bien recibido por el emperador, quien le concedió permiso para que edificara una iglesia. Hizo Corvino mucho bien: consagróse á la enseñanza de los rudimentos y dogmas del cristianismo, así como de los del idioma latino; bautizó miles de personas que convirtió; en fin, llenó su mision con el zelo mas laudable. No tardó en saber este resultado y conducta Clemente V, quien le nombró inmediatamente obispo de Cambalu, y le despachó un refuerzo de padres para que le ayudaran en su penosa tarea. Desgraciadamente Corvino falleció, y parece que sus compañeros no estaban animados de las mismas virtudes ó disposiciones, pues el establecimiento fundado por aquel fué á ménos de dia en dia, hasta quedar completamente arruinado.

Los portugueses, esta raza de intrépidos marinos, no pudieron sino ser de los primeros en visitar la China. Poco despues de haber descubierto el pasage por el Cabo el inmortal Vasco de Gama, en 1514, hicieron los portugueses su primera visita á la ciudad de Canton. No fué, sin embargo, hasta mediados del siglo diez y seis que los portugueses se establecieron en Macao, única de todas las colonias europeas que se ha fundado en las costas de China sin muchos tropiezos y contratiempos.

Pero detengámonos un poco, y echemos una ojeada sobre las misiones católicas, veamos cual fué su orígen;

examinemos el progreso y creces que tomaron, y como fué por grados perdiéndose, á causa de las continuas disensiones, el fruto que se habia sembrado.

Los PP. Miguel Ruggiero y Mateo Ricci, ambos jesuítas italianos, fueron los primeros que por el año de 1579 penetraron en China y empezaron á fundar las misiones católicas. Inútil es pintar aquí las dificultades que tuvieron que vencer para plantear los principios del cristianismo, é inculcar, á masas ignorantes y espíritus pervertidos por la idolatría, los rudimentos de la divina religion de Jesucristo. Lo que mas chocaba con sus ideas y hábitos adquiridos, era la prohibicion de tener concubinas, y los principios de moral privada que enseña el catolicismo. Con esto no podian avenirse, y así es que les repugnaba cuanto los misioneros les predicaban sobre esta materia. No por estas dificultades, empero, desanimáronse los padres, cuyo zelo apostólico era demasiado grande para no dominar la situacion, y con muchísimo tino fueron extirpando poco á poco la mayor parte de las supersticiones de los chinos, y que están incrustadas materialmente en sus instituciones y en todo su sistema social.

Despues de una permanencia de casi diez y ocho años en el país, el P. Ricci prosiguió para Peking, en donde fué perfectamente tratado por el emperador. No tardaron en llegar varios otros padres jesuítas, entre los cuales descollaba por sus virtudes y saber un aleman llamado Adam Schaal, quien llegó á Peking justamente en la época de la caida de la dinastía china de Ming echada abajo por los tártaros manchus. El primero de los nuevos emperadores de esta raza

Chun-tchi, propusóse proteger al P. Adam Schaal, quien con aquel arte que le caracterizaba, no tardó en demostrarle la ignorancia crasa de los matemáticos árabes: esto le valió el nombramiento de presidente del observatorio astronómico, y varios otros puestos de distincion.

Insensiblemente fueron los jesuítas ganando terreno en el imperio chino; poco á poco construian iglesias en Peking con permiso especial del emperador, y cada dia se aumentaba el número de padres con nuevos recien llegados. Entre los últimos figuraba otro aleman el P. Fernando Verbiest, hombre científico, verdadero erudito, y á quien tomó por coadjutor el P. Schaal.

Todo marchaba bien, y la causa del cristianismo iba ganando diariamente convertidos, hasta que subió al mando Khang-hi, época en que empezaron las disputas entre los intolerantes dominicanos, y que produjeron en China tan desagradable impresion. No pasó mucho tiempo sin que empezaran tambien las acusaciones y cargos contra los misioneros: la mayor parte de los chinos, que hasta entónces los respetaban, tornáronse en enemigos, mirábanlos de reojo, y principiaron á calificarlos de peligrosos para la pública tranquilidad. En este estado de cosas Khang-hi derogó el decreto promulgado en 1692 permitiendo el ejercicio del cristianismo, y los jesuítas fueron expulsados del país.

Preciso es confesar, sin embargo, que si bien la medida de Khang-hi fué un poco violenta, no por eso dejó de abundar en razon y fundamento para tomarla. Desde un principio se pusieron los padres en pugna con las autoridades del país; mil disputas y diferencias surgieron entre unos y otros, hasta llamar la atencion de los reyes y

particularmente la del papa. ¿Pero qué motivos ó causas de desavenencia eran estas que así escandalizaban, á la par que perjudicaban á los padres? Hé aquí lo que no es fácil indagar; parece, sin embargo, que todo provenia de ciertas ceremonias ó ritos chinos. El P. Ricci, director de las misiones habia hecho á este respecto un reglamento en que consideraba algunos puntos como meramente civiles ó seculares, y el cual fué por esto terriblemente atacado. Uno de los que mas se opuso á él fué el P. Morales, dominicano español, hombre de una fibra extraordinaria; declaró las reglas sentadas por Ricci como pura idolatría, y así lo manifestó á Inocencio X, que como tales las juzgó á su turno. El P. Martinez, otro español, probó despues que estos ritos eran por su naturaleza civiles, y que por eso fueron sancionados por Alejandro VII. Véese, pues, que dos distintas opiniones prevalecian, dando pábulo á la discordia entre los que hubieran debido dar ejemplo de fraternidad y buena armonía.

Entretanto uno de los obispos, Cárlos Maigrot, sin hacer caso del decreto de Alejandro VII, decidió por sí y ante sí, que *Thian* solo significaba el *cielo* visible y material, y que los ritos chinos eran idolatría. El mismo Khang-hi declaró por medio de un edicto en 1700, que dirigió al papa, que *Thian* significaba el Dios verdadero, y que las costumbres contenidas en el ritual chino debian considerarse como teniendo un cáracter político. A pesar de esto la decision de Maigrot fué confirmada por un decreto de Clemente XI.

El eco de estas disensiones tan sensibles habia resonado en Occidente, y al punto fué enviado á China un

vicario apostólico, quien parece no estaba dotado de las cualidades necesarias para tan delicado cargo. A poco de haber llegado, en 1705, uno de sus primeros pasos fué dar un decreto mandando que ningun chino cristiano practicara las reglas ó costumbres puestas en planta por el gobierno chino. El emperador Khang-hi, naturalmente se ofendió con esta medida que consideraba como una usurpacion de su soberanía, y vino en promulgar un edicto en el cual toleraba á los misioneros que predicaban la doctrina de Ricci, pero de ningun modo á la predicada por Maigrot. En 1720 el patriarca Mezzabarba marchó de Roma en calidad de enviado plenipotenciario para arreglar todos los puntos de controversia; pero conociendo las disposiciones del emperador Khang-hi, el cual estaba resuelto á no permitir que el papa ejerciera jurisdiccion alguna sobre sus súbditos, tuvo aquel que pasar por multitud de concesiones, para impedir que se acabara de perseguir á los católicos.

No duró mucho, empero, este estado de cosas, que ningun sistema violento puede subsistir, ni en el órden físico, ni en el moral; al fin Young-tching denunció á los padres en 1723 como trastornadores de la pública tranquilidad; unos pocos obtuvieron permiso para permanecer en Peking; otros escondiéronse en algunas provincias; pero la mayor parte fueron expulsados del territorio. Tal fué la triste suerte que cupo á los misioneros católicos de aquella época.

Los españoles poseedores de las ricas y feraces posesiones de las islas Filipinas fueron de los primeros en comerciar con la China, y algunos establecimientos fundáronse en Canton, Macao, y aun en Amoy, que desgra-

ciadamente nunca progresaron. Un gran comercio podia siempre haber subsistido entre Manila y los puntos mencionados; pero gracias á las medidas prohibitivas y á la ignorancia, de parte del gobierno español, de los principios mas elementales de la economía política, ni podian desarrollarse multitud de gérmenes de riqueza en las Filipinas, ni podian las que se cultivaran tener amplia y abundante exportacion y consumo. ¿Qué puede esperarse de un gobierno que prohibia la exportacion del arroz de Luzon para Canton, cuando el precio de este artículo pasaba de cierto límite?

No así los holandeses, quienes mas sabios en su política y ávidos de riqueza, no tardaron en apoderarse de la isla de Formosa en 1624, apoyados por su nacion y con los recursos que obtenian de Batavia. Mucho fué el partido que sacaron los holandeses de esta posesion, que al fin tuvieron que restituir á la dinastía tártara en 1662, teniendo ellos mismos que emigrar á Java.

La Rusia, esta nacion amiga en todos tiempos de agrandar su territorio é invadir el vecino, no podia ménos que ser tambien de las primeras en tener trato con la China. Sin embargo, las relaciones que han mediado entre estas dos naciones por medio de Siberia, no pudiendo ser de carácter marítimo, han tenido que ser muy limitadas, concretarse enteramente y diferir en todo de las que han existido con las diversas naciones de Europa. En 1808 trataron de comunicar por mar con Canton en dos buques al mando del capitan Krusenstern; pero el emperador no tardó en dar un edicto prohibiendo á los rusos comerciar por mar, debiendo limitarse á hacerlo por tierra y, segun tratados vigentes, por la fron-

tera de Kiakhta, en Tartaria. Las embajadas mas célebres de la Rusia han sido las de Isbrand Ides en 1693, y la de Ismaloff, enviado extraordinario de Pedro el Grande en 1719. Allá por el año de 1727 Catalina Iª despachó al conde Vladislavitch en calidad de ministro plenipotenciario, y el cual celebró con el gobierno chino un tratado de mucha importancia. Entre las condiciones que se estipularon fué una de ellas la de que los rusos podian tener una iglesia en Peking con su establecimiento ó seminario anexo: cuatro jóvenes podian permanecer en la embajada rusa con el objeto de aprender el idioma para que mas tarde sirvieran de intérpretes entre las dos naciones. En la actualidad las misiones rusas se hallan en buen pié y constan de seis eclesiásticos que se renuevan periódicamente de San Petersburgo.

Los hijos de Albion, amigos en todas épocas de conquistas, é intrépidos viageros, fueron tambien de los que muy temprano penetraron en la China y entablaron relaciones de amistad y comercio. Es una observacion que no puede ménos de hacer el que se fija un poco en el órden y marcha que han seguido las naciones de Europa al emprender relaciones con pueblos nuevos y desconocidos, á saber: que en todos tiempos los portugueses y españoles siempre marchaban á la vanguardia, y por lo que respecta á la América y Oriente fueron verdaderamente los descubridores y primeros visitadores; luego vienen los holandeses, y en fin los ingleses, que hoy ejercen la supremacía en todos los mares y cuya bandera, así como la americana, flota por todas partes. Ya desde el año de 1596 armaron estos tres buques mandados por D. Benjamin Wood, conduciendo cartas

de la reina Elisabeth para el emperador : luego otra expedicion se dió á la vela en 6 de abril de 1637, compuesta de los buques *Dragon*, *Sun*, *Catherine* y *Ann*; multitud de otras siguieron despues. Larga seria la enumeracion de ellas, y mucho mas de los pasos que dieron para entrar en relaciones con la China; contentarémosnos aquí con mencionar las principales embajadas que mandó el gobierno inglés. El puerto de Canton, siendo uno de los principales focos ó emporios del comercio chino, excitó desde el principio el deseo de comerciar con él y de abrirlo, si posible fuera, á todas las naciones. En 1788 el gobierno de S. M. B. armó la fragata *Vistula* y despachó con pliegos cerca del emperador de China al coronel Cathcart; pero desgraciadamente la muerte sorprendióle en la travesía y esta expedicion se trastornó toda, la fragata habiendo regresado desde los estrechos de Sunda á Inglaterra. No tardó, empero, en ser enviado en 1793 lord Macartney en la fragata *Lyon*, acompañado del célebre sir George Staunton en calidad de secretario de la legacion, el cual obtuvo grandes concesiones del emperador y sentó las bases del futuro comercio con este dilatado imperio. No solo logró permiso para que comerciaran los ingleses con Canton, sino tambien con Ning-pó, Chuzan y Tien-tsin. Los americanos volaron presurosos á sacar partido de este incidente, y en 1802 por primera vez se enarboló sobre los caprichosos edificios de Canton el pabellon de la Union norte-americana. Por mas de doscientos años se concedió privilegio á la famosa compañía de la India para comerciar con la China, pero en abril de 1834 terminó, y se abrió, digamoslo así, el comercio libre.

Por mas de un siglo duraron las contiendas parciales entre los comerciantes ingleses y las autoridades chinas en Canton, aquellos queriendo abusar de la hospitalidad y recabar mas y mas concesiones, y estas cosquillosas é ignorantes de sus verdaderos derechos. Diversas cuestiones se agitaron que llamaron la atencion del gobierno británico y lo obligaron á mantener en las aguas de China una armada considerable. La ambicion despertóseles tambien á los franceses, quienes mandaron á su turno varios buques de guerra que tenian siempre en alarma á los ingleses. Enojosa seria la tarea de formular aquí la historia de estas discusiones que fueron aumentando diariamente hasta encender en 1838 la llama revolucionaria. Bajo el pretexto de cobrar de algunos comerciantes varias deudas pendientes con los súbditos chinos, encendió el capitan Elliot, que mandaba la fragata *Wellesley*, la tea de la discordia, y comenzó esa guerra injusta llamada del *opio*, en que salieron triunfantes las armas británicas. Era preciso proteger el contrabando; era urgente tener un mercado para la venta del producto principal de la India; y las demás consideraciones de justicia, derecho y humanidad debian ceder ante los millones de pesos en perspectiva para las arcas del Reino Unido. ¡Qué importaba sacrificar algunas libras esterlinas en la *actualidad*, si en años venideros todo se compensaria con usura? ¿Qué significa envenenar y embrutecer una poblacion de 400 millones de habitantes, si los súbditos británicos iban á engrosar sus capitales y aumentar la riqueza en su patria? Tales fueron en el fondo, por mas que se le quiera dar otro carácter los raciocinios que formó á la

sazon ese gobierno que pretende pasar como tipo de filantropia. El triunfo no podia dejar de obtenerlo, lidiando con una nacion poco avezada en el arte de la guerra é inferior en recursos de toda clase. En 1842 terminó la sangrienta campaña y se celebró en Nanking el famoso tratado por el cual los cinco puertos de Chan-ghai, Fu-tchéu, Ning-pó, Amoy y Canton se abrieron y habilitaron para el comercio extrangero; sentáronse las bases de las relaciones del imperio chino con la Inglaterra, y la paz se restableció no sin dejar de pagar el gobierno chino los gastos de la guerra, y á trueque además de la isla de Hong-kong que fué cedida en esta ocasion á los ingleses. En esta isla desembarqué el 23 de junio de 1855, y habiendo dado una sucinta relacion á mis lectores de como se obtuvo y por qué razon me era permitido pisar sus playas como extrangero, ya es tiempo de que hable de la ciudad y de sus originales moradores.

CAPITULO II

Hong-kong. — Su poblacion. — Carácter de sus edificios. — Residencia del gobernador. — Club-House. — Soy recibido como huésped en este establecimiento. — Los culies. — Mugeres de Macao. — Los barberos. — La guarnicion inglesa. — Las hermanas de la Caridad en China.— Iglesias y Colegios. — Comercio de la Colonia. — Envenenamiento. — Una goleta anfionera.— Amoy.— Poblacion, calles y casas.— Establecimientos comerciales. — Extrañeza que causan los europeos. — Los muchachos. — Alrededores de Koo-lang. — Sepulcros.

No es Hong-kong por cierto una suntuosa capital, no es una ciudad sorprendente por ningun tipo desconocido

ó especial. Construida y poblada principalmente por europeos, la parte material de la ciudad, los edificios son de construccion europea y nada tienen que llamen la atencion. La casa del gobernador situada en una colina y la del *Club-House* toda de granito, acaso merezcan mencionarse y son realmente mucho mas hermosos edificios de lo que se promete el viagero hallar en esta colonia.

Fué en este último que me alojé despues de presentar la debida introduccion, que exige el reglamento, de uno de los socios ó suscritores. Sostenido el *Club-House* por toda la parte respetable del comercio extrangero en China, son muy exigentes y escrupulosos en la recepcion de huéspedes, y hay en todo sus humos aristocráticos algo parecidos á los que se respiran en *Pall-Mall-Street* en Lóndres. Todo corresponde con el aspecto exterior del edificio: los salones amueblados con un lujo asiático, los cuartos hermosísimos muy adecuados al clima, baños magníficos, espaciosas azoteas para tomar el fresco, y, por último, la mesa es de lo mejor que puede imaginarse en estas regiones. El servicio es tambien excelente, todos los criados hablan el inglés *chapurrado* de Canton, y visten con mucha elegancia: calzon de seda azul ó amarilla atado con una hermosa banda, media blanca como la nieve y un gracioso zapato chino de terciopelo azul con una gran zuela de madera muy gruesa; la cabeza afeitada, lustrosa como un espejo, con solo un moño del cual pende la hermosa trensa ó *cola*, orgullo de todo aristocrático chino. Hay igualmente en el Club una magnífica librería donde se encuentran todas las últimas obras que se publican en Europa y todas

las revistas y periódicos extrangeros mas importantes. Cuando se acerca el despacho de la mala acuden al Club multitud de comerciantes, seguros siempre de hallar un buen alojamiento: este fué el principal objeto que se tuvo en mente cuando se fundó el Club.

Asomado á la espaciosa baranda ó balcon que dá á la calle principal, *Queen's Road*, pasé algunas horas muy divertido al dia siguiente de mi llegada. No se vé en la calle ningun europeo, todos salen en sillas de manos para precaverse del sol; las aceras se hallan cubiertas de peones ó cargadores conocidos con el nombre de *culies*, con sus enormes sombreros de paja, de ala anchísima y la copa rematando en punta; los tales culies arman un alboroto extraordinario. Estos hombres, á manera de los llamados *altozaneros* en Bogotá, se la pasan sentados en los escalones al frente de las casas, con sus largas varas ó palos para cargar al lado, aguardando el momento que venga un extrangero y los llame para emplearlos. En estos intervalos suelen ponerse á comer un menjurge que venden en tableros y tacitas hasta que viene algun *malayo*, de los que componen el cuerpo de policía, y empieza á dispersarlos á fuerza de latigazos. En todo país inglés, en la mas miserable colonia, existe siempre una admirable policía que inspira confianza á todo extrangero. Además de los *culies* hállanse las calles plagadas de mugeres, la mayor parte venidas de Macao para servir de *compañeras accidentales* (que llamaremos así por no darlas ningun feo calificativo), á los comerciantes europeos. Que son mugeres, lo tiene uno que creer porque se lo dicen; pero no porque lo pueda traslucir ó adivinar al verles la traza:

visten una gran *cabaya*, pantalon ancho, la cabeza cubierta de un pañuelo de Madras atado graciosamente al cuello; y lo mas singular, llevando dos grandes argollas, una en cada tobillo, que corresponden á las pulceras usadas por nuestras damas. Casi siempre salen en partida de cuatro ó seis en *fondo* para que el público las respete y para poder guardar las exterioridades.

Pero si esto sorprende, ¿qué diremos de esos hombres que llevan al hombro una gran vara colgando de cada punta una especie de cajoncito á manera de comoditas? Sigamos á este personage y veamos que significa su aparato. Vemos que se detiene de repente en una esquina, que otro chino se sienta sobre uno de los cajoncitos con mucha prosopopeya, que allí delante de todos los paseantes, á la faz del cielo ó de las nubes, desenvaina una especie de triángulo de acero y empieza mi buen hombre la operacion de rapar la cabeza. Este es el barbero, caros lectores, barbero ambulante, cargando sobre sus costillas todo el tren y aparato : uno de los cajones contiene las navajas, instrumentos para limpiar los oidos, tijeras, paños, peines, etc., y sirve de asiento al propio tiempo; el otro contiene fuego, agua, jabon y demás cosas que exige el oficio. Curioso es ver con que paciencia se sienta el dichoso tártaro á que le rapen la cabeza y peinen la cola : unos cruzando los brazos cierran los ojos y se entregan en brazos de Morfeo, miéntras que el individuo consuma la operacion. Terminada esta, levántase el paciente, deposita en manos del *rapero* ó *rapador* unas cuantas *chapecas* y prosigue su camino.

Hase observado con no poca razon que las tres cuartas

partes de los edificios son todos cuarteles, ú oficinas del gobierno; los primeros son muy espaciosos y con todas las comodidades posibles para los infelices soldados. Digo infelices, porque es increíble el número que perece anualmente de ellos de resultas de las calenturas que reinan siempre en el verano. Por mas que se visten de modo adecuado para soportar el calor, este los agobia, y dá grima verlos tan cadavéricos y al parecer inútiles para toda clase de trabajo. La guarnicion se renueva cada dos ó tres años, y nunca hay en la colonia mas que un ejército insignificante.

Pasando una tarde por la parte oriental de la isla, no pude ménos que fijar la atencion en un modesto edificio sobre el cual se lee la siguiente inscripcion: Asile de la Sainte-Enfance. ¡Cuánto gusto me dió ver, en medio de multitud de casuchas chinas, este establecimiento! Ramificacion de la respetable institucion que lleva este nombre en Francia, hállase sostenido por los misioneros católicos, y al cuidado de las santas hermanas de la Caridad. Su piadoso objeto es reducir al cristianismo á los chinos y educar en las verdades católicas á todos los niños pobres. Si esta mision es sublime en su principio y en sus fines en las sociedades civilizadas, ¡cuánto mas admirable y digna de elogios es en estas regiones del mundo! ¡Con qué satisfaccion contemplé la cándida religiosa europea, con su risueño semblante, rodeada de niños chinos aquienes enseñaba, con la mayor amabilidad y paciencia, el catecismo cristiano! ¡Con qué ternura explican á estos vástagos de distinta raza, en su mismo idioma, todos los sagrados preceptos del Evangelio! ¿Podrá darse un espectáculo

mas tierno y arrobador? Vengan aquí los escépticos, los filósofos enemigos de las sublimes instituciones católicas, y vean con sus propios ojos los opimos frutos que producen en las mas lejanas tierras del globo. ¿Qué podrán decir al contemplar la abnegacion, la constancia, la sólida fe que caracteriza á las virtuosas y sin iguales santas hermanas de la Caridad? Nada, de seguro; tendrán que inclinar la cabeza y reconocer que es una de las instituciones mas útiles, una de las sociedades mas benéficas que tenemos en los modernos tiempos. La muger que en Occidente pertenece á esta corporacion, es un verdadero modelo de virtud; la misma que en Oriente se consagra á cuidar el enfermo, á educar el tierno niño y á acompañar seres de extraña raza á la cabecera de la cama con la dulzura de una santa hasta que entrega el moribundo su alma al Creador, ¡oh! esta muger es mas que un modelo de virtud: es un ángel!

Hay en Hong-kong dos iglesias, una para los protestantes y otra para los católicos. La poblacion inglesa, naturalmente, asiste á la primera; todos los portugueses y macaenses á la segunda. Hay igualmente dos colegios fomentados por monseñor Rizzolatti, el obispo católico, en el cual se educan multitud de niños chinos.

Es increíble el incremento que cada dia toma el comercio en la colonia, y como consecuencia lógica lo que aumenta y próspera. El puerto de Hong-kong ha asumido toda la importancia que antiguamente tenia el de Whampoa y Macao. Que se la haya quitado á este último, nada tiene de sorprendente: miéntras que los ingleses declararon el puerto franco y pusieron en planta en la

colonia las teorías del comercio libre, los portugueses, por el contrario, no han hecho mas que poner trabas y obstáculos al comercio extrangero, guiados, como nosotros los españoles, siempre por ideas añejas y principios erróneos. De aquí la ruina de Macao y la creciente prosperidad de Hong-kong.

El puerto de Hong-kong es hermoso y se halla cubierto de buques de todas partes del mundo, que vienen cargados de artículos extrangeros y regresan llevando el rico té, ó las magníficas sederías, ó las preciosas curiosidades del imperio chino. Pero el comercio principal es el del opio, fuente de riqueza para la India y los especuladores ingleses: varias líneas de magníficos vapores conducen constantemente de Calcuta todo el opio á Hong-kong, donde residen las dos casas fuertes que tienen casi monopolizado este horrible negocio. ¡Cuántas veces me he hallado sentado en las hermosas azoteas en compañía de estos comerciantes, viendo entrar en el puerto el *Fiery Cross* ó el *Lighting*, ó cualquiera otro de esos vapores monstruos que llegan cargados con la *droga* favorita! ¡Con qué satisfaccion ven llegar y reciben el veneno que inmediatamente mandan á lo que llaman las *estaciones* ó *buques anfioneros*, para que de allí se distribuya por toda la costa! El corazon del especulador late de alegría al recibir su cargamento de opio, y mas aun al despachar su buque de vuelta cargado de plata en barras, el valioso *sycee* de China, que obtienen en pago del veneno.

Las leyes del imperio chino prohiben este infame comercio; su introduccion, por consiguiente, es *ilegal* ó lo que llaman *contrabando;* y los especuladores de

profesion no pueden merecer otro nombre sino el de *contrabandistas*, por no darles el de *envenenadores*. El lento y sistemático atosigamiento, el embrutecimiento de 400 millones de habitantes del imperio mayor del mundo, solo por engrosar las arcas de viles especuladores, es un hecho que no ha llamado suficientemente la atencion de los amantes de la humanidad en Occidente. Miéntras haya un ápice de filantropía, es preciso levantar la voz hasta los cielos y clamar contra un comercio que así mata y embrutece millares de hombres, y no trae mas ventajas que llenar de dinero los bolsillos de los que tienen el valor de entregarse á semejante especulacion.

Fué en una de las goletas *anfioneras* de mas fama, la *Mazzeppa*, que salí de Hong-kong en octubre de 1855 para visitar los puertos de la costa septentrional de China. Sabido es que el mar de China se halla plagado de piratas, así es que este viage no era escaso de riesgos y peligros; ¿pero qué importan estos cuando se desea llevar á cabo un viage?

Una goleta anfionera es una curiosidad digna de pintarse: debiendo hacer viages rápidos y estando destinadas á la línea ó tráfico durante todos los meses, es preciso que sean de construccion muy fuerte y muy veleras, lo que llaman en inglés *clipers;* así es que casi todas vienen de Inglaterra, y lo que es gasto, al momento se observa, no se economiza ninguno. Generalmente tienen preciosas, aunque pequeñas cámaras, y el meticuloso pasagero no deja de consolar sus temores de piratas al extender la vista sobre la cubierta y ver las hileras de cañones destinados á defender la

integridad opiótica y los grandes cajones del valioso *sycee*.

Al cabo de diez dias de haber salido de Hong-kong, y despues de haber tocado en un punto denominado Swatow, que se halla situado 220 millas hácia el norte y en donde están fondeados dos buques *depósitos* de opio, el *Hong-kong* y la *Anónima*, pertenecientes á las dos casas Tardine y Dent, que tienen monopolizado este negocio, al fin llegamos al puerto de Amoy.

Aquí ya me hallaba en verdadero territorio chino, y una mansion de mas de un año en este lugar fué mas que suficiente para enterarme de la mayor parte de las costumbres, usos, instituciones, etc., y de lo concerniente á la civilizacion asiática.

El pisar una tierra extrangera es uno de aquellos actos que producen mas impresion y despiertan mas ideas nuevas en la vida del hombre; pero cuando esta tierra es una de las mas remotas del globo y ha estado *vedada* por siglos á los habitantes de otros países; las impresiones crecen de punto y son de una naturaleza tal, que es muy difícil pintarlas. Tales eran algunas de las reflexiones que iba haciendo, á medida que caminaba por las tortuosas y caprichosísimas calles que conducen desde el muelle ó desembarcadero de Amoy, hasta el *Hong* ó sea casa de Mr. Syme, adonde dirigia mis pasos. Hasta aquí habia visto muchas rarezas en Hong-kong, pero ya sea por ser colonia inglesa, ya por estar en medio de europeos siempre, nunca habia experimentado ninguno de aquellos sentimientos que se apoderaron de mí al hallarme en Amoy, es decir en China *misma;* rodeado por todas partes de hombres con *cola*, sometido

á sus leyes, usos y costumbres, y formando parte de aquella media docena de hombres, que á manera de *plantas exóticas* componen el *comercio europeo*.

Tres son, en efecto, los únicos establecimientos ó residencias de comerciantes ingleses, construidos á la orilla del rio y rodeados por todas partes de edificios chinos. Bien puede calcularse pues, cuán grande será la desproporcion de una ciudad, que aunque ocupa un espacio pequeño, no por eso deja de contener una poblacion como de 400,000 habitantes. Esto es lo primero que se observa en las ciudades chinas, el aglomeramiento de las casas, la estrechez de las calles y el modo comprimido como vegetan todos los habitantes materialmente apiñados unos sobre otros. Las casas en general son todas bajas, con unas ventanas y puertas tan pequeñas que apénas penetra la luz del dia por ellas; de un lado á otro de la calle podria perfectamente comunicarse por los tejados; generalmente esteras ó lienzos, á manera de toldos, cubren el espacio que media entre una acera y otra, dándo á las calles, como en toda ciudad oriental, un aspecto triste y sombrío.

Jamás se vé un edificio notable por su construccion; aquella variedad de monumentos que tanto agrada en nuestras ciudades occidentales, como iglesias, institutos, teatros, es enteramente desconocida en China; todas las calles son por el mismo estilo, y en este particular, como en todo lo demás la monotonía es lo que prevalece por todas partes. Amoy es un punto bastante comercial por su proximidad á Formosa, y por la infinidad de artículos que exporta para Singapore, Java, etc. Las calles de mas movimiento merecen especial men-

cion, y desde luego es de observarse que cada calle donde hay tiendas y establecimientos comerciales, todos pertenecen á un mismo ramo, á una especialidad; así por ejemplo, véese toda una calle donde no se encuentran mas que fabricantes de paraguas, otra donde todos son ebanistas, otra joyeros, otra tiendas de ropas, otra fabricantes de ataudes, etc.; esta distribucion agrada, pero nunca en ningun ramo se encuentran establecimientos lujosos, ni nada que llame la atencion, ó pueda compararse con lo que tenemos en los pueblos de Europa ó América.

El golpe de vista de una calle sorprende, pues, por lo singular, lo raro; pero no por su hermosura, ni elegancia. Todas son estrechísimas, apénas pueden andar dos personas juntas, so pena de tropezar con los mostradores que todos ocupan el lugar de nuestras ventanas. Cada establecimiento tiene en las dos extremidades, que dán para la calle, grandes tablas colocadas verticalmente anunciando en hermosos caractéres chinos lo que se vende en él. Jamás se vé una muger en la calle, ó un personage distinguido; los miserables cargadores, con sus *bambues* al hombro es todo lo que vé el pasante. No hablaré aquí de las barriadas de Amoy; es imposible pintar una cosa tan sucia y asquerosa, porque es imposible concebirla. Por otra parte, ¿qué extrangero puede pasearlas detenidamente, cuando todos los muchachos lo persiguen por detrás, y hasta los perros ahullan y ladran al ver un europeo? No se dió ocasion que yo saliera á la calle, que no me sucederia lo propio; siempre una turba de muchachos me seguia á manera de cola; las mugeres huian con la rapidez que sus piececitos lo permitian,

se escondian, cerrándome muchas veces en las narices las puertas de sus casas; los niñitos lloraban como desesperados. ¿De dónde procede este terror que les inspiraba? Hé aquí lo que causa una grande impresion: estos pobres salvages nunca han visto un europeo, y naturalmente todo les sorprende, figura, trage, aspecto, etc., todo es diferente á lo de ellos, y les llama la atencion. ¿Qué harian en Bogotá si de repente saliera por la calle Real un chino con cola ó trensa pendiendo hasta el suelo? Lo mismo exactamente, y aun no seria de extrañarse que al grito de *¡qué feo!* mi pobre celestial fuera *democrática* y *liberalmente* apedreado, en signo de *tolerancia* republicana.

En Amoy como en todas las ciudades chinas no se *pasea* nunca, se *camina;* jamás se anda por *recreo*, siempre es por *negocio*, así es que no hay nada de aquellas lugares amenos que tan necesarios se han hecho en las ciudades de Occidente. Los alrededores de Amoy, si se exceptua la islita de Koo-lang-soo, son horribles; todo se vuelve inmensos pedruzcos; peñas áridas, un vasto cementerio. Por todas partes, hasta en el camino público se ven losas, tumbas y sepulcros, la mayor parte en forma de herradura. Con esta vista constante desaparece naturalmente aquel terror que dichos mementos infunden en Occidente: nada mas comun que ver un chino sentado sobre una tumba comiendo muy tranquilamente su *morisqueta*. No se crea por esto que no las respetan; por el contrario, nada mas sagrado para un chino; nada hay que merezca un culto semejante como el que tributan á los huesos ó manes de sus antepasados. Para el chino el deber principal, la obligacion que llena con mas reli-

giosidad, es la de visitar todos los años estos lugares, y depositar alguna ofrenda en la tumba de sus abuelos.

Un dia pasaba por una de las barriadas de Amoy, cuando de repente oigo un llanto desgarrador en una casucha muy humilde; la curiosidad me picó, y sin mas ni mas me introduje á ver lo que era. Sobre la mesa hallábase un lechoncillo lleno de flores y puesto en una fuente; á un lado un cadáver, y al rededor varias personas vestidas de la tela mas burda que se conoce, usada para hacer sacos ó *costales* como llamamos en América. El aspecto que infunde este horrible trage, y que es el luto que se lleva en China, es de un efecto grande. Antes de clavar el ataud la infeliz viuda púsole dentro multitud de comestibles y concluida esta operacion procedió el entierro en medio del ruido de platillos, del llanto, y del humo del papel amarillo que se quemaba en honor de algun ídolo. La viuda y un hijito seguian el entierro; pero bien pronto aquella regresóse á la casa dejando al cuidado del niño acompañar los restos de su padre hasta la última morada. En una orilla del camino, llamado de los Mandarines, se detuvo el cortejo; el niño mismo cavó la fosa, el ataud se puso dentro con algunos panes y ofrendas á los lados, y se cubrió de tierra. Encendiéronse algunos pebetes que pusieron en forma de cerillos al rededor de la sepultura, quemaron otra vez el papel bendito, y partieron.

Hé aquí brevemente pintada la ceremonia de un entierro en China, triste por cierto, ¡pero cuán léjos de tener aquella solemnidad que se usa en los países cristianos!

Al rededor de Amoy, en medio de peñas disformes

están construidas varias pagodas ó sean templos de ídolos que adoran los chinos. Las principales son las de *Lampotó* y *Boca del Tigre*, edificadas del modo mas caprichoso y extraño. ¿Qué tiene de particular, y qué cosa es una pagoda ó templo chino? Hé aquí lo que tal vez desean saber mis lectores; pero ante todo es preciso que diga algo de la religion profesada por este misterioso pueblo.

CAPITULO III

Religiones en China. — Confucio. — Budha. — Introduccion del budhismo en China. — Fó. — Preceptos, absurdos y supersticiones. — Indiferencia religiosa. — Pagodas. — Idolos. — Símbolos. — Los bonzos. — De que manera se perpetuan. — Convite de un mandarin. — Inscripciones de la casa. — Salon y comedor. — Recibimiento. — Una comida en China. — Representacion dramática. — Mancebas. — Curiosidades. — Obras de arte. — Museo. — Gasto de una fiesta.

En China el Estado no profesa religion alguna, todos los cultos se toleran aunque no se protegen; pero el gobierno tiene la facultad de prohibir lo que considere encerrar máximas peligrosas. Tres son las principales religiones, ó mejor dicho, sectas admitidas y profesadas por todo el imperio, á saber: la de Confucio, la de Budha y la de Fó. La primera conocida por el nombre de *jou-kiao*, que significa *doctrina de los sabios* y reformada por el filósofo Confucio, no es otra cosa en su esencia sino el *panteismo filosófico*, el *positivismo;* poco importa á sus sectarios la creacion y el fin del mundo; nada se les dá

de las largas elucubraciones filosóficas. Por nada se afanan; no toman del tiempo sino lo que necesitan para la vida; de las ciencias y letras, sino lo que les basta para el desempeño de sus empleos; de los principios redentores de las sociedades solo les interesan las verdades prácticas, y de la moral solo la parte utilitaria y política. Los confucionistas, en una palabra, son lo que hoy quisieran que fuéramos en Occidente los modernos socialistas ó reformadores, unos pobres autómatas. Su religion, si bien se considera, no es mas que un sistema de civilizacion, y su filosofía el arte de obedecer y mandar.

En todos tiempos el Estado ha conservado como institucion civil el culto tributado á los genios del cielo y la tierra, á las estrellas, montañas y rios; así como tambien á las almas de los parientes muertos; esta es la religion exterior seguida por los empleados y literatos que aspiran al ejercicio de funciones administrativas, á los ojos de los cuales esta especie de culto no es mas que una institucion social, sin consecuencias, y cuyo sentido puede interpretarse de diversos modos. En este culto no se conocen ni los sacerdotes, ni las imágenes; cada magistrado lo práctica dentro de la esfera de sus atribuciones, siendo el emperador, por supuesto, el jefe ó patriarca.

Desde luego se echa de ver que todo cuanto hay de mas serio en la religion de los literatos ó *ilustrados*, viene á parar y á concentrarse en el culto tributado al mismo Confucio. En todas las escuelas se hallan sus máximas: maestros y discípulos todos tienen que prosternarse ante este nombre venerado de Confucio, cuyo retrato se halla en todas partes. No hay un solo pueblo en

China donde no se encuentren templos levantados en su honor y cerca de cuatrocientos millones de hombres lo proclaman á una el santo por excelencia de su patria. En ningun tiempo ni en ningun pueblo, sin disputa, se presentará otro hombre que, como Confucio, haya ejercido durante tantos años, ó mejor dicho siglos, un ascendiente tan grande, que haya recibido homenages que rayan en un verdadero culto. Ciertamente, nada hay en los humanos anales que pueda compararse con esta adoracion á la vez civil y religiosa tributada á un mortal por mas de veinte y cuatro siglos. Los mismos descendientes de Confucio, pues aun existen muchos, gozan de honores extraordinarios y constituyen la única nobleza hereditaria del imperio, con privilegios y prerogativas que solo á ellos se les concede en China.

En cuanto á la segunda religion, el budhismo, ya hemos hablado de ella y explicado sus doctrinas seguidas en Ceilan y toda la India, de cuyo país fué introducida en China en el primer siglo de la era cristiana.

Todos los discípulos de Budha se comprometen á defender los cinco preceptos siguientes:

El asesinato;

El robo;

El adulterio;

La mentira;

El uso de licores fuertes.

¿Qué religion puede ser esa, que en lugar de estribar en la moral recomienda los crímenes mas atroces de la sociedad? ¿Y qué grado de civilizacion puede tener un pueblo educado en semejantes principios?

La secta de Fó es casi la misma que la de Budha,

con la cual tiene muchos puntos de contacto. Los sacerdotes de ella, condenados al celibato, profesan y practican la magia, astrología, nigromancía y multitud de absurdos y supersticiones.

La China, en suma, posee diversos sistemas de religion, pero todos absurdos, todos sin verdadera moral. Es un pueblo irreligioso absolutamente considerado, ó donde reina en toda su extension el indiferentismo. Todos han proclamado esta fórmula : *San Kiao y Kiao*, que quiere decir : « las tres religiones se convierten en una sola, » de modo que todos los chinos son igualmente partidarios de Confucio, de Budha y de Fó, ó mejor dicho son nada : rechazan todo dogma, no tienen creencias y solo desean vivir para dar ensanche y rienda suelta á sus pasiones é instintos corrompidos.

Concíbese fácilmente que en un país donde tanto el gobierno como todas las clases de la sociedad están acostumbrados á considerar las religiones como cosas de ningun interés, allí habrá absoluta libertad ó tolerancia para todo culto; pero que jamás existirá en un pueblo de esta naturaleza, felicidad, grandeza ni gloria. Solo la virtud hace grandes á los hombres y á las naciones; solo la religion verdadera predica y encierra en sus dogmas todas las virtudes, y ningun pueblo puede subir al apogeo de la grandeza si no es eminentemente religioso. La religion ha sido, es y será la base fundamental de la civilizacion.

Tambien se colige lo que serán los templos de un pueblo como el chino, cuya arquitectura religiosa en nada se parece á la nuestra. Los chinos no tienen la

menor idea de aquellos magestuosos edificios levantados por los cristianos para adorar al Altísimo, y sus pagodas nada de imponente ofrecen. Construidas generalmente en el corazon de alguna montaña, en los sitios mas pintorescos, por su aspecto exterior mas parecen quintas de recreo, lugares donde puede extasiarse el poeta, que templos para entregarse el religioso á la meditacion y á sus plegarias. Las pagodas de Amoy, sobre todo, son afamadas en toda la China por esta circunstancia. En cuanto al interior hé aquí como están adornadas y lo que contienen la mayor parte de estos lugares.

Lo primero que se observa al entrar en una pagoda son dos grandes dragones de granito, en la portada principal, de forma estrambótica y rara : al pasar la puerta principal se presentan á derecha é izquierda varias estatuas de una figura colosal. A un lado está la famosa trinidad de los budhas representando lo presente, lo pasado y lo futuro. *Kwo-ken-fuh*, la primera persona de la trinidad, de aire grave é inmóvil, tiene las manos sobre las rodillas indicando reposo; en medio está la persona que se supone rige el mundo actualmente, y tiene los brazos extendidos para dar idea de su dominio. A esta estatua dásele el nombre de *Heen-tae-fuh*. La otra llamada *We-tae-fuh*, cuyo reinado se supone que no ha llegado aun, está con la cabeza mirando hácia la izquierda como símbolo de lo futuro. Al otro lado de la entrada veense otra porcion de ídolos, generalmente al que representa la creacion, conocido por el nombre de *Kwan-yin* y que es el dios tambien de la misericordia. Represéntanle montado sobre un dragon, y de aquí proviene que á este animal se le ponga siempre entre los

atributos del poder imperial. Viene en seguida *Wang-shin-choo*, dios de la longevidad, el cual es naturalmente muy venerado.

Otra de las principales divinidades de los chinos es *Kwan-yua*, la diosa de la salud representada con una infinidad de brazos para manifestar que trabaja sin cesar por el bien de la especie humana.

Teen-hwa es la abogada de los niños enfermos, y *Foo-yin* la protectora de las mugeres estériles. Represéntasele siempre con un niño en los brazos.

Multitud de otros ídolos pequeños se hallan colocados al rededor de la sala, y muy difícil seria saber lo que figuran todos ellos. En el centro está colocado lo que llamaremos el altar, que es simplemente una mesa cubierta de vasitos para ofrendas, y de cazoletas de bronce llenas de arena en donde están clavados multitud de pebetes que arden constantemente. Del techo cuelgan faroles de todas formas y de todos colores; y á los lados libritos, sentencias y máximas escritas sobre rico papel.

Hé aquí bosquejado un templo chino, triste, lóbrego; pero sin embargo con no sé qué de misterioso para el viagero occidental. Durante mi permanencia en Amoy, nunca dejé de visitar las pagodas un solo dia y de convertirlas en mi paseo favorito. Todas las tardes salia solo, y despues de atravesar las tortuosas calles de *Amoy-can* tomaba el camino de los Mandarines que conduce á la pagoda de Lampotó. Al momento que entraba se me acercaba un *bonzo* y me conducia á un sitio que habia adoptado para sentarme y descansar. Allí sobre una mesa de piedra y á la sombra de algun álamo pasaba largos momentos entregado á meditaciones y re-

cuerdos. El *bonzo*, verdadero *lego* católico, con su gran bata oscura, su cabeza rapada, me dirigia multitud de preguntas que, por supuesto, no comprendia; el pobre con la sonrisa en los labios se contentaba con verme menear la cabeza en signo de respuesta. Apénas me sentaba, me traía la correspondiente tacita del aromático té, y se ponia á contemplarme de piés á cabeza como si fuese una gran curiosidad mi pobre individuo. ¡Cuántas reflexiones me asaltaban en aquellos momentos! ¿Qué religion es esta, decíame para entre mí, que tiene por sacerdotes hombres tan tontos y tan ignorantes, hombres que adoptan esta profesion porque no encuentran otra que seguir, sacerdotes sin creencias religiosas, devorados por el hambre y la miseria? El bonzo no pertenece hoy á comunidad alguna como los lamas en el Tibet y Tartaria; nada de eso, unos á otros se reclutan del modo siguiente: el que se halla colocado en una pagoda compra con tiempo algun niño indigente por algunas *chapecas*, le afeita la cabeza y lo convierte en su discípulo ó en criado. De este modo vegeta el pobre chiquillo hasta que sucede á su amo y lo hereda; entonces pasa á ejercer su profesion y á comprar á su turno su pequeño discípulo. Hé aquí el modo singular de perpetuarse los bonzos: con dificultad se cree que una raza tan degradada y prostituida haya tenido influencia alguna en China.

¡Cuántas páginas de este libro no he escrito en la pagoda de Lampotó rodeado de mis dos ó tres bonzos! Miéntras ellos se confundian con los caracteres que trazaba; yo á mi turno me quedaba estático contemplando los de ellos que adornaban todas las paredes. Les com-

padecia su desdichada suerte, y ellos acaso hacian lo mismo conmigo, figurándose que seria algun maniático ú loco. ¡Cuándo se habian de imaginar que era un viagero que venia desde las selvas americanas á estudiar las costumbres asiáticas! Algunas veces la noche me sorprendia, y me retiraba lleno de terror con mi libro de apuntes bajo el brazo por en medio de los gigantescos ídolos; pero no era el lugar que me asustaba, eran sí las monstruosidades que contenia la pagoda, las falsas ideas, las creencias erróneas de los hombres.

A los pocos dias de estar en Amoy recibí por medio del *shroff*, ó sea *cajero* de la casa de Syme, una tira de papel rojo conteniendo varios caracteres chinos : era ni mas ni ménos una invitacion para comer con el mandarin. Una fiesta puramente china era cosa que incitaba mi curiosidad, que habia estado ansiando ver y por consiguiente ya juzgará el lector con que gusto recibiria el convite del mandarin.

Mediodia era la hora fijada para la comida, y naturalmente traté de hallarme un poco ántes para observar todo cuanto pudiera saciar mi curiosidad. La puerta de la calle estaba llena de gente como la entrada de un teatro ó espectáculo público, y no fué sin mucho trabajo que logré penetrar y abrirme camino por entre la turba que se agolpaba para ver la representacion ó sea funcion dramática, que tenia lugar en el centro del palacio. Empezaré pues por contar todo lo que ví en aquel dia, uno de los mas memorables de mi vida. Al entrar en la casa lo primero que se nota son dos grandes figurones de *mandarines* pintados en las abras de las puertas, y una hermosa inscripcion en dorados caracteres

chinos, emblemáticos de prosperidad ó buena fortuna : esto no falta en ningun palacio de mandarin, y es en realidad el verdadero distintivo de ellos; pues el edificio, en la parte exterior, no difiere de las demás casas. A los lados se veían dos enormes dragones de granito, cuyo animal es el símbolo de toda autoridad militar. No bien hube pisado el umbral de la puerta cuando al instante salió el mandarin á recibirme, las manos juntas, haciéndome mil cortesías : la urbanidad en China no permite que se dé la mano ni se estreche con aquellos apretones ridículos usados en nuestros países de Occidente. Al momento me condujo á la sala de recibo y me hizo sentar. Esta sala estaba adornada de un modo muy singular : del techo pendian diversos faroles de formas caprichosas y con pinturas muy elegantes; en el medio se hallaba un divan ó sea otomano exactamente al estilo oriental; á un lado el indispensable mueble de todo chino rico, es decir una cama de madera muy lujosa, con dos almohaditas á la cabecera y dos tapetitos para recostarse de cada lado, ostentándose en el centro todo el aparato para fumar opio; varias hermosas pipas, una lamparita, el pomito con el consabido ingrediente, tijeras, agujas, en fin todos los accesorios necesarios colocados simétricamente sobre una especie de charol de Cabba. Al rededor de la sala veíanse sillas con el asiento de mármol de un gusto un poco *rococo*, y muy incómodas : entre cada silla se hallaba una mesita, y al pié hermosos vasos de rica porcelana. Sentéme en una de estas sillas, y al momento se me trajo la indispensable tacita de té, que equivale en China al cigarro que se ofrece á las visitas en los países

españoles ó á la copita de vino de los ingleses. El platito en lugar de hallarse colocado debajo de la taza se hallaba encima, por seguir el uso contrario de nosotros como se nota en todas las cosas. Los chinos usan el plato tapando la taza para que no se escape el aroma del té; poco les importa que se derrame sobre el mármol donde se toma : siempre prefieren la comodidad á la elegancia, la sustancia á la forma.

Al dar el reloj las doce, condújome el mandarin al comedor despues de atravesar por un patio cubierto, al rededor del cual se hallaban grupos de figuras hechas de cera representando mil pasages cómicos que excitaban la admiracion de todos los circunstantes. El comedor poco notable contenia en sus adornos, solo en el fondo veíase un altar con la imágen de Confucio y varios pebetes ardiendo al pié en signo de respeto ó adoracion. En frente estaba el tablado ó escenario en donde representaban varias piezas, en tanto que nosotros nos entregábamos á los placeres de la mesa. Era esta de forma cuadrada, pintada de rojo, sin mantel; la loza que desde luego era de riquísima porcelana, constaba de platitos y tacitas tan sumamente pequeños que parecian objetos para jugar niños mas bien que para poner el alimento de ninguna persona, por poco gastrónoma que fuera. Por supuesto que nada de tenedores, cuchillos y cucharas, estos instrumentos inventados por la moderna civilizacion, son enteramente desconocidos de los chinos, quienes sostituyen á todo ello unos palitroques de marfil. Empezóse la comida con una sopa suculenta de tortuga, y aquí empezaron tambien mis angustias. ¡Cómo tomar el caldo con dos palitroques! hé aquí

lo que me confundia, y por mas que me esforzaba en sostener el tortugoso líquido con los palitos, estos se abrian como compaces ó tijeras, y en lugar de conducirlo á la boca que abria como si dijéramos de *par* en *par*, dejábanlo escapar furtivamente por la barba en direccion de la pechera. Apuro igual jamás se podrá concebir, y renegaba en aquellos momentos de la *diabólica* barbaridad *celestial*. Así pues, miéntras los demás convidados habian devorado dos ó tres platos de la rica sopa, yo andaba á paso de la *tortuga* que no podia probar. Sirvióse en seguida el costoso plato de *nido* que se trae de los estrechos y que solo los acaudalados pueden comer. El *nido* es el excremento de un pájaro, y es una sustancia muy alimenticia y fuerte. Es tal el valor de este alimento, que un solo plato cuesta hasta cien pesos. Vino despues otra sopa de *aletas de tiburon*, plato tambien favorito de la gente rica; luego otro guiso de tortuga, despues otro de patitas, especie de gelatina; y así sucesivamente uno tras otro, todos alimentos fuertísimos y preparados por el mismo estilo. Yo me hallaba desesperado y hubiera dado todos los nidos y aletas del mundo por un pedazo de carne asada.

Durante la comida se representó una pieza en idioma *mandarin* que excitó grandes risotadas de parte del público; yo, por supuesto, me quedé bajo todos aspectos en *ayunas*, sin comprender nada. De cuando en cuando me sonreia por complacer y no dejaba de aplaudir cuando todos los demás lo hacian. Sin embargo, lo que mas me llamaba la atencion era las concubinas del mandarin, quienes de vez en cuando asomaban las narices por entre unas cortinas, y apénas les lanzaba yo la

visual, se escapaban como ratones. ¡Triste condicion de la muger en China! ¡Ni siquiera goza la libertad de ser mirada! Mas de dos horas duró la comida, dos horas de angustia y tortura; pues no gustaba ni de los manjares, ni de la conversacion, verdadera salza de una funcion de esta clase. Allí sentado, cual planta exótica, era un *anacronismo* en medio del conjunto que me rodeaba. Algunas veces abandonaba el lugar y trasportándome con la imaginacion á regiones remotas me entregaba á mil reflexiones. ¡Un granadino en el fondo de la China, obsequiado por una de las principales autoridades del imperio, asistiendo á un banquete de mandarin en el Imperio Celeste á seis mil leguas de su patria! ¿Qué papel hacia yo allí rodeado de mas de trescientas personas todas de una raza tan distinta de la mia? Estas impresiones eran para mí lo principal, pues de la comida, como ya he dicho, nada gusté y de la funcion dramática solo la parte mímica pude comprender.

Al levantarnos de la mesa pasamos á otro cuarto lleno de curiosidades : allí se ostentaban antiguas porcelanas de un valor fabuloso, las figuras trabajadas de lo que llaman *piedra de jabon*, las lindas jarras de Ning-pó, los hermosos cuadros labrados en madera de alcanfor, los preciosos objetos de concha de nacar iguales en mérito á los del Japon, trabajados en Fuchanfoco, las inimitables obras de marfil hechas por los primeros artistas de Canton. En fin, un museo bellísimo de un valor portentoso, y que ningun rey en Europa puede ostentar en sus alcazares ó palacios.

Cansado un tanto, despedíme del mandarin, quien hízome poner una magnífica silla de manos, y conducir

á mi casa, *Hoqui-hong*, por medio de cuatro *colies* vestidos del modo mas lujoso. La funcion á que acababa de asistir duró ocho dias; todas las notabilidades comerciales fueron invitadas sucesivamente; todo el pueblo de Amoy se divirtió *gratis*, y calcúlase que el gasto de estas fiestas ó saturnales mandarinescas no bajó de diez mil pesos. ¡Vaya una extravagancia oriental! Cuánto mejor hubiera sido el dedicar esta suma al establecimiento de una escuela, ó á una obra de beneficencia.

CAPITULO IV

Autoridad en China. — El emperador. — Sus títulos. — Límites de su poder. — Sumision de los súbditos. — Amor filial. — Quienes ocupan los puestos públicos. — Atribuciones de los gobernadores. — Departamento administrativo, literario y comercial. — Administracion de la sal. — Organizacion del ejército. — Vigilancia. — Espionaje. — Mandarines. — Sus trajes. — Aristocracia en China. — Instituciones. — Provincias de la China. — Su gobierno. — Administracion de Pekin. — Legislacion. — Leyes. — Matrimonios. — Impedimentos. — Deberes para con la familia. — Impiedad. — Castigos impuestos á los impíos. — Parricidas. — Tribunales. — Confusion en las leyes. — Suplicios y torturas.

Mas ¿quién era esta persona que así me obsequiaba? ¿Qué quiere decir *mandarin?* ¿Qué cosa es la autoridad en China? Hé aquí lo que pasaré á explicar dando previamente un ligero bosquejo del gobierno de esta gran nacion.

Los trescientos y tantos millones[1] de seres humanos

[1] Segun el empadronamiento de 1813 la poblacion de la China ascendia entónces á 361,195,729 habitantes.

que componen el imperio chino se hallan gobernados por un solo hombre que es á la vez el jefe del Estado, el dios de la nacion, el padre de la sociedad. El inmenso vacío que media entre el cielo y la tierra lo llena este hombre á quien llaman emperador é *Hijo del Cielo;* él dirige la política, él sustenta la religion, dos cosas que siempre marchan paralelas en el Asia oriental. Concíbese desde luego el gran poder de que se halla revestido el emperador, poder emanado de su pueblo y del orígen de las instituciones. Este poder, empero, tiene sus límites: la filosofía de Confucio está allí siempre para oponerse como una barrera á los desbordes del poder imperial. Organizada hace mas de mil y doscientos años, por medio de un sistema de exámenes y concursos públicos, ha colocado siempre las riendas del gobierno en manos de los hombres instruidos; todos los puestos públicos recaen generalmente en personas ilustradas, y el ignorante jamás llega á obtenerlos; ventaja inmensa que ojalá se obtuviese en las democracias mejor constituidas de Occidente. Al emperador, pues, se le obedece, respeta, y venera hasta un punto que raya en adoracion. Cuando algun súbdito se acerca al trono imperial tiene que inclinar la cabeza hácia el suelo nueve veces, y hacer las mayores demostraciones de abyeccion. Pero este mismo emperador hallase sometido, á su turno, á las costumbres y usos del pueblo contra los cuales jamás podria chocar impunemente; ni aun el simple nombramiento de un empleado subalterno en el órden político puede hacerlo sin tomarlo de la lista de candidatos presentada por los literatos. Y hé aquí de que manera en un gobierno asaz absoluto, se halla el elemento democrático,

y la base del sistema representativo. El poder en China, es pues inmenso, pero no arbitrario; el gobierno fuerte, pero no despótico ni tirano. Es el sistema mas completo de centralizacion.

Harto difícil seria calificar las instituciones del Imperio Celeste, verdadera mezcolanza de sublime y de bárbaro, de liberal, de añejo y atrasado. Lo cierto es que esta palabra *institucion*, inventada en los tiempos modernos, no tiene verdadero significado cuando se aplica á los pueblos del Asia. Tomada la palabra *institucion* en su verdadera acepcion, creo que en China como en los demás países del Asia, no existe nada que pueda merecer tan pomposo nombre. Aquellas reglas ó principios eternos que rigen las sociedades, que dirigen las acciones de los hombres y garantizan sus derechos, no son en China otra cosa sino el efecto de la costumbre, las consecuencias lógicas del carácter nacional, y el único apoyo que tienen, la sola base sobre que estriban, son las preocupaciones del pueblo, sus creencias, sus disposiciones sociales y sus necesidades intelectuales. Grabadas en los corazones de cada morador, no ha sido indispensable el inculcarlas, y es admirable como ha podido subsistir hace tanto tiempo el artificio de la máquina gubernativa y social del imperio chino. Solo en el amor filial, base de la familia y elemento principal en el sistema político y social, puede encontrarse la explicacion de semejante fenómeno; este hermoso sentimiento sostiene la unidad en la familia, la homogeneidad en el Estado; él es el núcleo de la sociedad, y el sustentáculo del gobierno.

Cada una de las diez y ocho provincias en que se halla dividida la China está gobernada por lo que llaman

el *tsungtuh*, ó sea un *director general*, ó gobernador; y por un *fuyuen*, ó *teniente gobernador;* al primero suele dársele el título de virey, pero el nombre de gobernador cuadra mucho mejor á las funciones que ejerce dicha autoridad. Todas las diez y ocho provincias están sometidas á once gobiernos á la cabeza de los cuales se hallan 8 *tsungtuh* y 15 *fuyuen*. Existen en China 8 gobernadores ó capitanes generales, 15 tenientes gobernadores, 19 tesoreros, 18 jueces, 17 cancilleres, 15 comandantes de las fuerzas, 2 almirantes y 1,740 prefectos. Es una costumbre muy general, en todos los empleados de alta categoría, pasar recado al emperador dos veces al mes para informarse del estado de su importante salud : por lo comun mandan una targeta amarilla, en un sobre de seda, y el emperador contesta con lapiz : *Chin-ngam*, es decir, *me hallo bien.*

Las atribuciones de un gobernador son : la direccion de todos los negocios civiles y militares en todo punto sometido á su jurisdiccion; ejerce exactamente en su esfera ó provincia la misma autoridad que el emperador sobre todo el país. El *fuyuen* tiene facultades parecidas, pero cuando hay *tsungtuh* en grado inferior, en todo lo tocante á la parte administrativa del gobierno civil.

Divídense los departamentos del gobierno civil en tres ramos que son : administrativo, literario y comercial, subdividiéndose el primero á su turno en territorial y rentístico. A la cabeza del ramo principal está el *pu-ching-sz*, á quien comunmente llaman tesorero; el *ngan-chah-sz*, ó juez criminal dirige el otro ramo. Estos dos empleados deliberan juntamente y tienen el manejo de los negocios rentísticos y territoriales, así como la

decision de asuntos importantes en sus cometidos. El departamento literario está bajo la direccion de un empleado escogido entre los miembros de la Academia llamada de Hanlin; recibe el título de *hiocking*, que significa director del saber ó canciller literario, de los cuales hay 17 en las provincias. El *comisariato* está confiado á los *taus* ó *tautaies*, que algunas veces reciben el nombre de intendentes de circuito. El departamento comercial está bajo los *kientuh* ó bien sea superintendentes. Generalmente se eligen los empleados para este ramo entre los miembros de la familia real, y están á las órdenes únicamente del gobernador general.

En cada provincia el gobierno militar comprende tanto las fuerzas marítimas como las de tierra, y hállase confiado á un *tetuh* ó comandante en jefe, de cuya categoría no hay mas que 16 oficiales. En cinco provincias el *fuyuen* ejerce el destino de comandante en jefe. Hay además un general con el mando de varias guarniciones compuestas de tropas *manchuas*, y de categoría superior á la del tituh; pero sin embargo no tiene tanto poder. El general hállase bajo las órdenes del emperador directamente, y solo ejerce jurisdiccion en la ciudad misma, no teniendo otro objeto este nombramiento sino el de servir de contrapeso, y estar á la mira para sufocar cualesquiera planes de traicion por parte de las autoridades civiles.

Los deberes y relaciones recíprocas entre estos diversos empleados merecen estudiarse con detencion. Los tres principales, á saber : el *tsungtuh*, *fuyuen* y *tsiangkun* forman una especie de consejo supremo y obran solidariamente en toda medida, oyendo al em-

pleado subalterno del ramo respectivo y á quien le debe tocar la ejecucion de ella. Obsérvase desde luego, que de este modo los varios miembros del gobierno provincial se imponen perfectamente de sus planes, lo cual es una gran ventaja. En las cortes provinciales siempre se colocan los civiles ántes que los militares : el gobernador general, el comandante tártaro, teniente gobernador, canciller literario y colector de los derechos de aduana, todos estos empleados alternan unos con otros; luego siguen el tesorero, juez y otros empleados civiles. La persona que sigue en categoría á los *puchingsz* y *nganchahsz*, que residen en las capitales de provincia, es el *tautai* ó intendente de circuito, el cual viene á ser una especie de diputado del gobernador residente en los *taus* ó circuitos en que se subdivide cada provincia. Las atribuciones y facultades de los tautaies son casi las mismas que las de sus superiores, pues ejercen á un tiempo la autoridad civil y militar.

Siguen despues, como subalternos de los gobernadores, los intendentes de circuito y los prefectos ó magistrados principales de los departamentos llamados *chifu*, *chichau* y *ting tungchi*, que quiere decir *conocedores*. Luego vienen los *tungchies* y *chichiens*, magistrados de distrito; los *siunkieu* y *kiunminfues*, especie de diputados de los prefectos y que forman el último escalon de la serie regular de empleados. No entraremos aquí á enumerar la inmensa clase de oficiales y asistentes que hay en los departamentos y distritos : en China, como en todos los demás países, hay una cáfila de empleadillos, verdaderas sanguijuelas á quienes les gusta siempre vivir del tesoro

público. Todos ellos, sin embargo, están sometidos á otros de cuyas acciones salen siempre responsables á la autoridad superior.

Ya he dicho al principio de este capítulo que el nombramiento de empleados, en China, es obra de la gente literata, y por consiguiente la mayor parte deben ser hombres de sólida instruccion, sino de capacidad reconocida. De aquí nace que el *hiocking* ó canciller literario de la provincia ocupa un lugar igual en categoría al del *fuyuen*, y siempre es nombrado por el emperador. Existen, bajo las órdenes del canciller literario, maestros principales revestidos de diferentes grados de autoridad, los cuales residen en los departamentos y ciudades formando un conjunto de funcionarios por el estilo de los que hay en el ramo civil.

El departamento de *la sal* está á cargo de un empleado especial llamado *comisionado para el trasporte de la sal*. Hay además una infinidad de personas empleadas en este ramo, lo que prueba que debe ser una renta muy pingüe para poder sostener un tren tan grande.

La seccion militar de los gobiernos provinciales está á cargo del *tituh* ó sargento mayor, que obra siempre de acuerdo con el gobernador y tiene la direccion ó mando de las fuerzas. La organizacion del ejército compuesto en su totalidad de *manchues*, es admirable; pero desgraciadamente no tiene disciplina y consta en su mayor parte de gente corrompida. Solo en las guarniciones de las ciudades hay soldados *chinos* que componen una pequeña fuerza dividida, por el estilo ó plan de los romanos, en legiones, centurias, etc. Con un sistema semejante concíbese que

el ejército chino debe ser un instrumento poderoso de opresion, como en efecto lo es; pero afortunadamente es poco belicoso, y sus jefes no se hallan dominados de ambicion ó lo que llaman gloria militar. Siempre estará á la órden del emperador para subyugar á la nacion china, pero jamás se unirá con el pueblo para derrocar al emperador ni á las autoridades constituidas. Si el ejército constase de hijos del país, de chinos *verdaderos* en lugar de tártaros, acaso el gobierno y las instituciones hubieran bamboleado mas de una vez; pues donde la opinion pública no es reina, solo las bayonetas hacen las revoluciones, ora sea en los inmutables imperios de Oriente, ora en las democracias del Nuevo Mundo.

Grande, muy grande es la vigilancia ejercida por el gobierno y autoridades superiores sobre los empleados y agentes inferiores. El emperador nunca visita personalmente las provincias, pero constantemente manda *comisionados* ó delegados, llamados *kinchai*, á todos los pueblos y á quienes finge revestir de algun encargo especial ostensiblemente; pero cuyo objeto en realidad, al recorrer las ciudades, no es otro sino vigilar é imponerse de la marcha de los negocios públicos.

Los gobernadores igualmente envian por todas sus provincias de su mando sicarios (*weiyuen*); y aun los prefectos é intendentes observan esta costumbre. — Miéntras estos agentes ejercen su mision, reciben toda especie de acatamientos por parte de los altos empleados; los comisionados imperiales que están constantemente cruzando el país de un extremo á otro, ejercen mucha influencia en el gobierno, y sirven de apoyo muy fuerte

al emperador para velar sobre la conducta de sus procónsules y hacerlos entrar en su deber. — Existe, pues, en China un sistema de verdadero *espionage*, organizado y protegido por el gobierno; pero surte muy buenos efectos, y produce al Estado saludables consecuencias. — En las monarquías orientales los agentes del gobierno espian al malo y al inepto, para reemplazarlo por el bueno y hombre capaz; así como en algunas democracias occidentales el esbirro molesta al bueno, y no persigue siempre al malvado: un comisionado chino es un hombre honrado; — un espía en las repúblicas americanas suele ser un bandido.

De los cinco puertos abiertos en China al comercio extrangero, solo en Canton y Fuchanfú hay gobernadores ó vireyes, en los demás el gobierno está en manos de los *tautaies*, ó, como los llaman los europeos, *mandarines*, del portugues *mandar*.

Es muy fácil distinguir el rango ó categoría de los mandarines por el trage que llevan y particularmente por la gorra ó bonete. Así, por ejemplo, los mandarines de *primera clase* generalmente usan un magnífico vestido talar de seda por estilo del de los cardenales, con mil bordados en el pecho y la espalda, llevando en la gorra una piedra roja trasparente, ó un precioso rubí. — Dáseles el nombre de *co laos*. Los de *segunda clase* usan una *especie* de casulla con bordados de oro representando un faisan, y en la gorra un boton de coral. Estos son los civiles; á los militares se les distingue por llevar un leon bordado en el vestido. Los de *tercera* llevan el trage con un pavo real bordado en el pecho, en la gorra usan un zafiro, y una pluma de pavo real por

detrás. Los del órden militar en lugar del pavo real es un leopardo lo que tienen bordado en el vestido. Los de *cuarta* distínguense por una piedra azul en el bonete, y un cráneo pintado en el vestido. Los de órden militar llevan bordado un tigre en vez de cráneo. Los de *quinta* se conocen por el boton de cristal en la gorra y un faisan bordado de plata en el trage. Los militares en vez de este ave llevan bordada un zorra. Los de *sexta* llevan en la gorra un boton con piedra blanca, y una pluma azul : el bordado del trage es una garzota para los civiles, y un pequeño tigre para los militares. Los de *sétima* no llevan mas que un simple boton de oro en la gorra, y una perdiz bordada en el pecho para los civiles, que se cambia en un rinoceronte para los militares. Los de *octava* llevan el boton de oro tambien como los anteriores, pero labrado en lugar de sencillo : distínguense en la faja ó cinturon. En fin, los de *nona clase* llevan un boton de plata en la gorra, y un búfalo bordado en el vestido.

Despues de la familia del emperador y de Confucio, que componen lo que llamarémos la nobleza *hereditaria*, el cuerpo de mandarines forma la otra clase de nobleza que existe en China y que constituye la *aristocracia oficial*. — Digna reunion de hombres elegidos todos no por empeños, sino en atention á sus méritos y capacidades literarias. — Si hay alguna aristocracia que deba tolerarse, es por cierto la de los hombres de talento, honradez y saber.

A todos los empleados comprendidos en las nueve órdenes que preceden se les dá el nombre en China de *kouang-foues*, ya civiles ó militares.

Habiendo dado á conocer á mis lectores un tanto la administracion provincial, vamos á echar una rápida ojeada sobre la local de Pekin, capital del imperio.

Desde luego debemos observar que en China no existe ningun cuerpo colegiado ó asamblea deliberativa ó legislativa como nuestros parlamentos ó congresos de Occidente : hay sí dos juntas ó consejos imperiales, que sirven de medio de comunicacion entre la autoridad suprema ó cabeza del Estado, y el cuerpo político, á saber : el *nui koh*, y el *kiun-ki-chu*. — El primero consta de cuatro *ta hioh-sz'* ó principales, y dos *hichpan ta hioh-sz'* ó agregados; formándose el todo mitad de chinos y mitad manchues : tiene á su cargo el despacho de los negocios del dia, ó como el texto de los estatutos imperiales lo indica : « Deliberar acerca de las materias gubernativas, promulgar la voluntad imperial, y arreglar la redaccion y forma de todos los negocios administrativos, sirviendo de este modo de poderosa ayuda al emperador. » — Pudiera muy bien dársele á este consejo el nombre de secretaría imperial. — El segundo delibera en union del emperador sobre los negocios políticos, y aun cuando se ha establecido recientemente, no por eso deja de ser el cuerpo mas influente, y el ege de la máquina gubernamental : es en el sistema chino lo que el *ministerio* en el sistema representativo. — Forman este consejo los príncipes de sangre imperial, los cancilleres del *neiko* ó gabinete, los presidentes y vicepresidentes de las seis juntas ó secretarías, de que hablaremos mas adelante, y los oficiales primeros de todas las demás cortes existentes. El número de miembros, sin embargo, varía al gusto del

emperador, y no puede averiguarse á punto fijo : sábese sí que la mayor parte son manchues, y ya puede adivinarse en que manos está verdaderamente la direccion ó gobierno del Estado.

Los miembros del *kiun-ke-chu* tienen sus reuniones diariamente en el « Palacio Prohibido, » de las cinco á las seis de la mañana. Allí sentados sobre esteras ó cuando mucho en cogines (pues á ninguno se le permite sentarse en sillas delante del emperador), deliberan y despachan todos los negocios. La voluntad imperial una vez conocida se pone por escrito, é inmediatamente es comunicada al consejo privado para su promulgacion. Siguen despues, bajo estos dos consejos, las seis cortes soberanas, y que comprenden todos los negocios civiles y militares relativos á las diez y ocho provincias de China. Cada corte tiene dos presidentes, llamados *shang-shu;* y cuatro vicepresidentes ó *shilangs*, dos chinos y dos tártaros.

El *sipu*, ó corte para los empleos civiles, presenta al emperador candidatos para los destinos civiles, y nombra todos los empleados literarios. — Esta corte se divide en cuatro oficinas separadas : una para las distinciones, promociones, permutas, etc., de empleados; otra para investigar sus méritos y formarles la hoja de servicios, cerciorándose de la reputacion de cada empleado y del modo como desempeña su destino ; otra para arreglar todo lo concerniente á cesantías, suspension y retiro del servicio público en casos de la muerte de algun pariente, ó tener que desempeñar los deberes filiales. Fué está oficina que degradó en estos últimos tiempos á Hwang-Ngántung, gobernador de Kwangtung, por no

haber renunciado su destino á la muerte de su madre.

Al ir describiendo el mecanismo gubernativo de la China no es posible dejar correr la pluma sin admirar principios tan hermosos y sin considerar los bellos efectos que produce el sentimiento filial. ¡Cuán natural es cesar en la carrera pública desde el momento en que se pierde la prenda querida que le ha dado el ser al hombre! Luto y dolor deben cubrir el corazon despues de tamaño golpe y dejar de aparecer y de ostentar en el mundo.

La cuarta oficina tiene á su cargo la distribucion de títulos, patentes y honores póstumos. La China es el único país en cuyo gobierno se enaltece á los antepasados por los méritos de sus descendientes.

El *hupu* ó junta de rentas, dirige el gobierno territorial del imperio y conserva las listas de la poblacion, cosa que el emperador tenga una especie de catastro para poder alimentar á su pueblo; fija los impuestos y contribuciones, forma los planos para la distribucion de sueldos y gratificaciones, reglamenta la reparticion de granos, y los socorros indispensables al pueblo en caso de una escasez general. Divídese el *hupu* en catorce departamentos para atender á la recaudacion de las rentas de las provincias, que consisten generalmente en dinero, cereales, manufacturas, etc. Esta junta tiene además las atribuciones de un tribunal de apelacion civil para casos relativos á la propiedad, é inspecciona la casa de moneda en cada provincia. Uno de los ramos de esta junta se llama *el gran ministerio de las tres tesorerías*, que son la de metales, sederías y artículos de tintura. Hay una seccion que se encarga de formar

listas de todas las muchachas *manchues* que son bonitas y dignas de formar parte del haren imperial, funcion asaz incompatible con la recaudacion de rentas, al ménos que las graciosas tartaritas se consideren como una renta pingüe de la provincia de Manchuria.

La *junta de ritos* ó *li pu* consta del mismo número de presidentes y vicepresidentes que la anterior, y se divide en cuatro secciones que se ocupan de la *etiqueta*, *sacrificios*, *deberes para con los huéspedes y visitas*, *reglas que se deben observar en las festividades y regocijos públicos*. Es además atribucion de esta junta vigilar las escuelas y academias públicas, presenciar los exámenes literarios, reglamentar acerca de la diplomacia interior y exterior; señalar las reglas que se deben observar en las relaciones con los príncipes tributarios y monarcas extrangeros; determinar lo relativo á las embajadas. En fin, tarea larga seria detallar aquí todas las atribuciones de esta seccion cuyo estudio indica bien lo amigos que son los chinos de toda ceremonia. A esta seccion se halla unida otra llamada *junta filarmónica*, para estudiar los principios de la armonía y melodía, componer piezas de música, inventar instrumentos, etc. Pero por mas que hagan y reglamenten los chinos su música, jamás tendrá melodía, y es inaguantable para el extrangero.

La *junta de guerra* ó el *ping pu* tiene el gobierno sobre todos los oficiales ó personas en el servicio militar de la nacion. La marina está bajo la direccion de esta junta. El arreglo de las postas pertenece á este departamento, y la trasmision de despachos oficiales se hace con una regularidad admirable. Hay una oficina especial titulada

oficina para anunciar las victorias, cosa muy curiosa por su organisacion. Todo lo concerniente al exámen de candidatos militares, armamentos y equipos, guarniciones, fuerzas, etc., todo está á cargo de dicha junta.

El arreglo del ejército queda al cuidado de secciones especiales. El ejército manchu que conquistó la China en 1644 se componia de mongoles y chinos, y las tres naciones dividiéronse en ocho cuerpos, que son los que hoy dia defienden el gobierno conquistador : cada cuerpo está bajo las órdenes de un *tutung* ó general, y de dos *fu tutung* ó tenientes generales. La mayor parte de las tropas están estacionadas en Pekin y Liautung, y aparentemente organizadas para poder defender el gobierno tanto de una guerra civil como de un ataque por parte de los extrangeros. Sin embargo, nada de eso sucede, y el ejército chino mas parece un esqueleto que un cuerpo con vida : el soldado no tiene instruccion militar ninguna, y la educacion que recibe mas bien se dirige á formar policías ó comisionados imperiales, que soldados para pelear y defender la patria.

La *junta de castigos* (hing-pu) tiene á su cargo, como lo indican las palabras, la imposicion de los castigos en todo el imperio, y es de su incumbencia conocer en los negocios criminales de las diferentes provincias A esta seccion se dá cuenta de toda declaracion, se la piden decisiones, amnistias, perdones, levantamientos de multas, conmutacion de penas, etc., para dar, como dicen los chinos, dignidad á las maneras nacionales. Esta junta ejerce á la vez el doble cargo de tribunal civil y militar; sus empleados se reunen frecuentemente y de

acuerdo con la *censura*, deciden y fallan en causas graves; tambien tienen la costumbre de asociarse con varios miembros de otros tribunales y forman lo que llaman el *tribunal de errores*, cuyas funciones son revisar las decisiones de los jueces provinciales ántes que sean presentadas á su magestad. Todas estas precauciones surten muy buen efecto é impiden que se cometan injusticias en casos en que se trata de la vida de los individuos. Y hé aquí un hecho que hace el mayor elogio de los chinos, y si se considera cuán poco se estima la vida por los gobiernos asiáticos, este empeño en salvarla es lo mas loable y digno que he visto hasta ahora en el sistema chino. ¡Oh! si la aplicacion de las leyes, en China, correspondiese con la equidad que predomina en la mayor parte de ellas, desde luego seria uno de los mejores gobiernos del mundo; pero en el Imperio Celeste, como en las demás partes, el hombre es hombre débil, lleno de pasiones, y no siempre ejerce la justicia sin desvirtuar las mejores leyes ó sin ejecutarlas de un modo indigno. Acaso en China, donde no existen en la masa de la nacion los altos principios de moral, base de toda legislacion, este mal sea mas comun que en los países cristianos.

El *hung-pu* ó *junta de fomento* se ocupa en dirigir todas las obras hechas por cuenta del Estado, en la ereccion de sepulcros para los miembros de la familia imperial, monumentos para personages ilustres, etc. Ocúpase igualmente en el arreglo de las pesas y medidas, así como en vigilar la fabricacion de la pólvora.

El *li-yan-yuen* ó *junta colonial* tiene á su cargo la vigilancia é inspeccion de todas las tribus en la Mon-

golia, Cobdo, Yli y Koko-nor, llamadas *wai-fan* ó *extrangeros externos* para distinguirlos de las tribus tributarias en Sz'chuen y Formosa, á las que se les dá el nombre de *nui-fan* ó *extrangeros internos*. Hay tambien *nui-i* y *wai-i*, ó *bárbaros internos* y *externos*, bajo cuya denominacion se comprende á los salvages montañeses de Kweichan y á los habitantes de todo país extrangero.

El *tu-chah-yuen* ó *censura* se ejerce sobre todos los ramos de la administracion, sobre las costumbres del pueblo, conducta de los empleados públicos, etc.

Hállase desempeñada esta oficina por dos censores y cuatro diputados; además los gobernadores, tenientes gobernadores son, ex-oficio, tambien diputados. Hay un censor nombrado para cada una de las seis juntas ó secretarías con la obligacion de vigilar todos sus actos, recibir todos los documentos públicos, clasificarlos por órden y despues pasarlos á los tribunales respectivos. No hay caso criminal que ocurra en una provincia, que no venga á pasar al exámen de los censores de la capital, y el de seccion que dirige los negocios de la metrópoli revisa los actos municipales, arregla disputas y reprime los crímenes de sus habitantes.

Los censores atienden generalmente, en todas las ocasiones de Estado, al lado de S. M., y les es permitido expresar libremente su opinion; pero ya presumirán los lectores lo que significa está libertad en un gobierno como el chino; es una pura ficcion, pues ¿quién va á atreverse á emitir una opinion que pueda ofender los oidos imperiales? Esta independencia no es natural, y jamás se encuentran hombres que quieran ser mártires de sus principios, ó víctimas de sus opi-

niones. Lo mas que pueden hacer es publicar algunas observaciones en la *Gaceta de Pekin* (King-pao), censurando la conducta de los empleados. A pesar de todo, esta junta es una barrera opuesta á mil abusos por parte de los empleados y un contrapeso verdadero á la mala administracion.

El *youn-t-chin-sse* ó palacio para representar, se ocupa en trasmitir al consejo del emperador (*neiko*) todos los informes que vienen de las provincias y las causas en apelacion. Este es el verdadero conducto para elevar directamente á S. M. memoriales, peticiones, etc. El *yali-sz'* es una especie de judicatura ó mas bien de corte suprema.

La famosa academia imperial de *Han-lin*, comparada por algunos á la Sorbonna de Francia, se compone naturalmente de hombres de letras, y abraza vastas é importantes atribuciones : es del seno de esta academia que salen los oradores para las fiestas públicas, los examinadores para los concursos, los encargados de cuidar al emperador, compilar todas sus acciones, etc.; los redactores de todos los documentos oficiales y los que se ocupan en revisar las obras tártaras y chinas publicadas á expensas del gobierno.

Tiene la academia dos presidentes que viven con el emperador y que inspeccionan los estudios y trabajos de los académicos. Una de las secciones se ocupa en la redaccion de la historia del país; y otra llamada de los *analistas* tiene á su cargo escribir dia por dia los anales de la dinastía reinante, los cuales no pueden ver la luz pública hasta tanto que le suceda otra.

Hé aquí brevemente bosquejado el mecanismo del

gobierno chino, que desde luego no nos presenta el optimismo en materia de instituciones, pero sí una hermosa combinacion. El extrangero acostumbrado á imaginarse que la China es una raza abyecta y miserable, con la cerviz siempre doblada ante los sátrapas y déspotas, no puede ménos de rectificar sus ideas al penetrar un poco en el fondo de las instituciones chinas, y desconsolarse ménos por la suerte de la tercera parte del género humano. El gobierno del Imperio Celeste jamás podrá presentarse como un modelo en este siglo, pero no por eso dejará de excitar alguna admiracion.

Pero para que el lector acabe de formarse una idea mas completa de la nacion china, es preciso presentarle algunos ejemplos de las leyes, y del modo como se administran. Nada hay que haga conocer tanto las entrañas del cuerpo político y social de un pueblo como su legislacion : es el daguerreótipo, el espejo que refleja fielmente las costumbres, usos, hábitos é instintos; y respecto á la legislacion china puede decirse que es el pueblo mismo bien definido.

Fácil es preveer cual sea el espíritu de la legislacion de un país en que el jefe es el Estado mismo, en donde no existe libertad, y en donde no hay en el pueblo las ideas ó creencias religiosas que sostienen y son el alma de las sociedades. ¿Cuál puede ser el freno que contenga á un pueblo compuesto en su mayor parte de especuladores y escépticos, de hombres que desconocen los derechos que les ha dado el Creador, y que solo llenan sus obligaciones por rutina ó temor? — ¿Podrá existir en este país una legislacion basada en el de-

recho y la justicia? Claro es que no; allí el medio social solo se encuentra en la ley penal, la moral no tiene influencia absolutamente: el garrote, ó *bamba*, es el único que asegura el cumplimiento del deber.

No se debe pues extrañar que la ley china, mas que las otras, presente siempre un carácter penal aun cuando trate solamente de intereses civiles ó administrativos. Examínense una por una todas las leyes de este Imperio, y notaráse en todas ellas semejante tendencia; prueba irrefragable de un estado social viciado. Tómese el código penal, y se observará que las penas no se graduan segun la gravedad moral del delito considerado en sí mismo, sino al contrario, que no se tiene otra cosa en cuenta sino la importancia del perjuicio causado por el delito. Veése pues que la legislacion penal está basada sobre el principio de utilidad: el materialismo de la ley china es incompatible con el carácter moral del hecho castigable, nunca se fija mas que en lo positivo. Confucio no dejó de tener sus puntos de contactos con el célebre Bentham.

La ley, por otra parte, siempre deja algun lado por donde se la interprete; generalmente es vaga, y de una latitud ó elasticidad muy perjudicial en un país en que los encargados de ejecutarla no son hombres de la mejor moralidad. Generalmente la ley no define bien los delitos, ó por lo ménos los califica con muy poco acierto. Así es que encontrará una severidad muy grande para hechos insignificantes que no merecieran erigirse en delitos, ó que por lo ménos no debieran sugetarse á la accion de leyes positivas. Vamos á corroborar estos asertos extractando algunos artículos del *código penal chino*, en

el cual encontraremos tambien principios que admirar.

En el tomo I° hay un artículo que dice así : « Cuando un negociante despues de observar la clase de negocios que hacen sus vecinos, surte su almacen con bastantes mercancías y las vende á unos precios tan bajos que los demás no puedan competir, y se queden estos sin vender las suyas, se le darán cuarenta palos. » Ahora yo pregunto ¿qué mercader podria escapar á las persecuciones de los mandarines con semejante artículo? — Pero hé aquí otro mucho mas vegatorio aun que el anterior.

« Cualquiera persona que observe una conducta que ofenda en lo mas mínimo los miramientos, y que sea tal que contrarie el espíritu de las leyes, *sin que por tanto indique una infraccion especial á disposicion alguna*, será castigado con *cuarenta* palos, y se le ajustarán *ochenta*, siempre que la *falta* de miramiento sea mas grave. »

Con solo estos dos artículos, ya tienen los mandarines bastante para moler á palos á todos los habitantes de su jurisdiccion. Pero lo mas notable en la legislacion china es ese vasto sistema de solidaridad que hace que cada súbdito del imperio salga garante por la conducta de su vecino, pariente, superior ó inferior, y particularmente los funcionarios públicos. Así, por ejemplo, en cada division territorial compuesta de cien familias, hay un jefe nombrado por sus conciudadanos para que en union de seis asesores vele en la recaudacion de las contribuciones, y desempeño de las demás cargas públicas. Pues bien, este jefe ó cabeza, es responsable de una multitud de delitos que puedan cometerse en su distrito. Si acaso no se cultivan las tierras bien, entonces la pena en que incurre varía

entre *veinte* y *ochenta* palos, segun la extension del terreno en contravencion. Hé aquí lo que dice el capítulo 1° del tomo II° : « El crímen de alta traicion es el que se comete ora contra el Estado destituyendo el gobierno constituido, ó al ménos tratando de hacerlo; ora contra el soberano destruyendo el palacio en que reside, ó el templo en que se adora á su familia, ó los sepulcros en que yacen los restos de sus antepasados.

« Todo aquel á quien se probase haber cometido estas faltas execrables, ó siquiera el haber tenido intencion de cometerlas, tendrá pena de muerte de un modo lento y *doloroso*.

« Todos los parientes de las personas á quienes se haya probado el crímen anterior, sin reparar en sexo, edad ó estado, serán degollados en el acto. »

Este horrible principio de solidaridad repugna á todo hombre cristiano y liberal; y sin embargo nada mas lógico, nada mas natural en China. ¿Por qué otros medios podría sostenerse la unidad política de tantos millones de hombres y de este decrépito imperio? Solo en la aplicacion de semejantes principios se encuentra la explicacion de este fenómeno. A pesar de tan horribles lunares, el *código chino* debe considerarse como uno de los monumentos mas bellos del espíritu humano. No hay principio de esos que adornan nuestras modernas legislaciones, que no se halle consignado en él : las circunstancias atenuantes, la no-retroactividad en la aplicacion de las leyes, el derecho de perdonar concedido al soberano, el derecho de apelacion, el de libertad individual garantizado por la responsabilidad de los magistrados encargados de la represion de los delitos, etc. Hé aquí otros

tantos principios reconocidos por las leyes, y que protegen hasta cierto punto al pueblo contra la tiranía de los mandarines.

Lo que llamamos en Occidente ciencia constitucional, no existe en China : la jurisprudencia es desconocida, así como la profesion de abogados. Es cierto que algunas veces se encuentran en los edictos públicos, que se publican por los emperadores para la confirmacion de sentencias ya pronunciadas, referencias á sentencias anteriores impuestas en casos análogos; pero una costumbre semejante no tiene otro objeto sino el de justificar un acto que acaso podria considerarse como derogatorio de la ley, ó explicar la interpretacion particular de un texto del código. Estas referencias mal podrian constituir lo que se entiende por jurisprudencia. Cada magistrado interpreta la ley á su antojo : no hay doctrina especial que sirva de guia para que no se aparten de los principios del derecho chino. Por consiguiente, en China no hay tampoco jurisconsultos. Sin embargo tómanse las medidas necesarias para que los magistrados sepan bien las leyes, y tambien para divulgar en el pueblo todo cuanto sea posible el conocimiento del código. Está mandado muy especialmente á todos los empleados del gobierno que estudien las leyes, y por una disposicion del código se exige que al fin de cada año se les examine por los superiores respectivos. Si acontece que sus respuestas no son satisfactorias, tienen que pagar una fuerte multa, y se les aplican 40 palos. Todo individuo, labrador, artesano ó de cualquiera clase que sea, que cometa un delito y sepa explicar las leyes, su naturaleza, objeto, etc., será perdonado inmediatamente.

En China como en todas partes del mundo hay un furor por la *empleomanía*, como lo indican las curiosas medidas tomadas para evitar las pretensiones. La ley fija siempre el número de empleados en cada tribunal y administracion, y aquel que fuese nombrado supernumerario, ó tenga parte en que otro lo sea, sin pertenecer al número fijado por la ley, sufrirá cien palos. ¿Cuántos memoriales é intrigas ménos habria en algunos países de Occidente si se pusiese en planta esta disposicion? La sed de empleos se apagaría un tanto, y el furor por empeños calmaria mucho con un remedio tan eficaz. Pero hé aquí otra disposicion mas curiosa aun:

« Si alguna vez los empleados civiles del gobierno que no hayan prestado grandes servicios al Estado, se recomendaren al emperador y solicitaren mayores honores de los que tengan, tanto estos empleados como las personas que los hayan recomendado serán decapitados inmediatamente.

« Todo memorial elevado al emperador pidiendo ascenso para algun empleado de alta categoría, se considerará como indicio de la existencia de alguna trama ó conspiracion para subvertir el gobierno constituido, y sus autores junto con el empleado recomendado serán castigados de muerte. »

¿Cómo explicar una severidad tan grande en este respecto? Desde luego vcese claramente que no es tanto por cortar de raiz la intriga y la empleomanía, como por temor de que el poder del emperador se disminuya en lo mas mínimo. En un vasto imperio como la China, en que las masas no se hallan contenidas por el freno

de la moral ó la religion, la soberanía teme hasta cierto punto el influjo de los altos funcionarios, y al menor paso que estos dan se le figura ver comprometida la solidez del trono. Y es tambien por esta razon que la ley china es tan severa y castiga tan fuertemente toda falta al respeto del emperador. Harémos una citacion que probará este aserto:

« Es prohibido, bajo la pena de ochenta palos, el llamar al emperador *Su Magestad* en los oficios que se le dirigieren. »

A pesar de todo, las leyes que rigen los funcionarios públicos se hallan mitigadas en su severidad por ciertas formas muy parecidas á lo que llamamos, en Occidente, *las garantías constitucionales*.

Cuando un empleado público comete un delito contra las leyes, tocará á su gefe ó superior someter al emperador un pormenor circunstanciado del hecho, y no podrá juzgársele sin la expresa sancion de S. M. Hay ciertas personas privilegiadas, las cuales no pueden ser perseguidas por delitos ó contravencion á las leyes sin una órden perentoria del emperador, pero esta inmunidad cesa desde el momento en que se trata de crímenes de alta traicion, como rebelion, desercion, parricida, asesinato, sacrilegio, impiedad é incesto.

El sistema de responsabilidad penal de que hemos hecho mencion anteriormente, se lleva á un grado de ejecucion que raya en bárbaro respecto á los funcionarios públicos. Si un tribunal ó sus jueces llegan á pronunciar una sentencia injusta, mas suave ó severa de lo que la ley fija, á todos se les castiga; y cosa singular, el vigor de la pena está en razon indirecta de la categoría que

ocupan. Así, por ejemplo, los empleados subalternos son siempre las víctimas y las personas á quienes se les impone castigos mas severos. Los presidentes siempre encuentran modo de escapar el cuerpo y salvar su responsabilidad. ¡Cuán raro pareceria en nuestros países el ver á un ministro de un tribunal apaleado por haber fallado injustamente! Y sin embargo, ¿cuántos habrá que quizá merecen sus sendos palos? A tal grado ó extremo se lleva, en China, la responsabilidad en los empleados, que puede muy bien presentarse el caso de ser condenados á muerte por el inocente descuido de haber sellado mal un oficio. ¿Puede darse mayor crueldad?

Hay ciertas restricciones á la capacidad civil de los empleados muy bien fundadas y que son una de las mejores disposiciones de la legislacion china. Ningun empleado del gobierno, por ejemplo, puede adquirir tierras ó propiedades dentro de su jurisdiccion, ni miéntras está en ejercicio de su autoridad. Prohíbese igualmente á todo empleado casarse ó tener muger alguna, so pena de ochenta palos.

La escala penal que establece el código es muy sencilla : el castigo mas comun ó general es la *canga* y los *palos*, ó *golpes de caña* (bambú). Llámase canga á lo que los chinos designan por la palabra *kia*; es una gran tabla cuadrada ó marco del peso de una arroba poco mas ó ménos, con un agujero para meter la cabeza, y tan ancha que sea imposible sacar los brazos ó llevarlos á la boca para alimentarse. Es un poncho ó *ruana*, como llaman en Nueva Granada, de un abrigo muy desagradable : en ella se escribe el nombre, residencia, etc.

del delincuente, así como la ofensa ó delito, para exponer el paciente á la vergüenza pública. Los arrestos, prisiones y multas, no se consideran como castigos legales, sino como correctivos.

Es muy fácil librarse de estos castigos por medio de dinero, si los delincuentes son ó muy jóvenes ó muy ancianos; y aun hay una especie de escala en el código para servir de guia, en estos casos, á los magistrados. En la seccion XVIII está ordenado que : « cualquier individuo condenado á muerte que tenga padres viejos y sea el hijo único para sostenerlos, será recomendado á la clemencia de S. M.; y si fuere condenado solamente á cien palos, podrá conmutársele la pena mediante una multa. »

El que considera con imparcialidad la legislacion china, no deja de encontrar muchos principios encarnados en ella que son absurdos, infinidad de minuciosidades inútiles y algunas disposiciones bárbaras; pero es preciso confesar que todo esto puede perdonarse al ver esa gran veneracion por los padres y la ancianidad, que por todas partes se descubre en la mente del legislador. Pocos gobiernos, por cierto, presentan tantas anomalías, tantos opuestos principios en las acciones como el chino; la superflua severidad hácia los presos hallase suavizada por un instinto de piedad por su condicion; así como el deseo de tener siempre intacta la autoridad, inculcando el principio de obediencia en las masas al propio tiempo que el ejercicio de una crueldad inútil, y una opresion ridícula hácia los individuos.

El destierro es considerado como un castigo de poca cuenta, y raro es el empleado que no ha ido á dar sus

paseos involuntarios á las dichosas comarcas de Mongolia ó Turkestan durante su vida.

El robo castigase con el látigo, la flagelacion pública por las calles, cuya ceremonia llevase á efecto con mucha prosopopeya y requisitos. Atase por las manos al ladron y ponénsele en las orejas unos zarcillos que parecen banderillas; así marcha el pobre hombre, miéntras un esforzado policía va por detrás aplicándole las docenas correspondientes de azotes. Adelante sigue siempre otro hombre con una especie de tambora ó timbal que va sonando y dando golpes hasta que concluye el castigo; otro individuo lleva al hombro una tabla en la cual está inscrito el nombre, crímen, etc., del paciente.

El modo legal de ejecutar en China es cortando la cabeza ó ahorcando, siendo este último suplicio el ménos infamante. Hay dos maneras de cortar la cabeza : una es la simple decapitacion, y la otra cortando en *diez mil* pedazos, como lo expresa la frase *ling-chih*. Generalmente los cadáveres se entregan á los parientes ó amigos, excepto en ciertos casos en que se ponen las cabezas en exhibicion pública dentro de una jaula.

Es increible el inmenso número de ejecuciones que tienen lugar en China; para formarse una idea baste decir que en Canton solamente, el año de 1856, les cortaron la cabeza á mas de *ciento ochenta mil* infelices! ¿Podrá creerse semejante carnicería? Yo pasé varias veces por el teatro de estas ejecuciones y horrendos degüellos, y mas que un campo, parecia un lago de sangre que amenazaba la salud pública.

En los casos de deudas hay varios procesos para reco-

brarlas, así como para compeler al cumplimiento de contratos estipulados : hay los llamados legales, y los *de costumbre*. La ley establece que el número de palos que se aplique á un deudor esté en proporcion al monto de la deuda; y si no se pagase dentro del término de tres meses, el gobierno confisca inmediatamente todos los bienes del deudor.

La ley china presenta muchos casos que sirven de lo que llamamos *excusas legales*. Así, por ejemplo, si alguno se introduce en la casa de otro de noche por la fuerza, este tiene derecho para matarlo sin que por ello se le castigue; consíderase un acto semejante como una extension del derecho de defensa propia. Otro tanto sucede con el marido que mata á su muger en el acto de cometer adulterio.

Siendo en China la familia considerada como una institucion política y social, nada mas natural sino que su organizacion estuviera muy presente en la mente del legislador. Sin embargo, por mucho que se haya decantado el dogma de la piedad filial, es una cosa sabida que en el seno del hogar doméstico chino no reina aquella felicidad, no se respira aquella atmósfera de dicha conyugal tan suave que prevalece en los pueblos de Occidente, ó mejor dicho cristianos. La razon es obvia, no dominando mas que la ley y el palo en lugar del deber y la religion; prevaleciendo en lugar del afecto, el temor; en vez del amor de familia, un cariño supuesto de conveniencia, todo tiene que ser artificial; y los lazos que aten y unan la familia serán débiles ligaduras expuestas á romperse á cada instante. Acaso en su principio las leyes sobre la materia eran realmente la expre-

sion de un sentimiento vivo y verdadero; pero con el curso del tiempo este ha desaparecido, y solo ha dejado en pos la frialdad de la ley. Hoy dia la canga ocupa el lugar del afecto, y la harmonía en la familia china es una cuestion puramente de costumbre.

Veamos la base de la familia, es decir el matrimonio. ¿Cómo está reglamentado? ¿No se observa en todas las disposiciones aquel carácter de tiranía doméstica que domina siempre en las costumbres de todo pueblo anti-cristiano? Sabido es como se celebra un acto tan serio en China : las partes ó sean los futuros jamás son consultados, el novio acaso no conoce á la que va á ser su muger; los padres mutuos son los que por sí y ante sí arreglan el negocio por medio de personas intermediarias á manera de corredores. Si se presenta el caso que alguna de las dos familias no quiera ejecutar el contrato, entónces su gefe tiene que sufrir el castigo de cincuenta palos, y el matrimonio se lleva á efecto. En el caso de no haberse firmado el contrato, el mero hecho de haber aceptado los regalos nupciales basta para atestiguar el consentimiento de las partes contratantes.

Si está ya comprometida la novia, y los padres van y prometen su mano á otra persona, á los de ambas familias se les aplican ochenta palos. Y el que aceptare la mano de una comprometida, tambien sufre sus ochenta palos. La ley china fija con mucha prolijidad los casos en que no puede contraerse matrimonio, ó sean los impedimentos. Divídense en tres clases, que son : los absolutos, relativos y dilatorios. Es prohibido casarse miéntras se está de luto por padre, madre ó esposo; un matrimonio que se celebre durante este tiempo

es nulo, y las partes se castigan con cien palos. Si la persona ó pariente por quien se lleva luto es un abuelo, tio ó hermano mayor, entonces el casamiento, segun la ley es válido, pero no por eso escapan los dos novios de su correspondiente dósis de palos.

La viuda que durante la vida de su marido hubiese recibido del emperador alguna distincion y luego se casare, recibirá cien palos, se le quitará cualquier distincion que tenga y se la separará del nuevo marido declarando nulo el matrimonio.

Es nulo todo casamiento entre músicos y comediantes : así lo declara la ley, castigando con duros palos á los delincuentes. Esta disposicion absurda no deja de tener algunas veces sus visos de fundamento; pues en China los filarmónicos y comediantes son gente disipada y mal entretenida.

Entre las consecuencias de la manera de celebrarse los matrimonios en China, la principal es el divorcio, no solo por causa determinada, sino por consentimiento mutuo. Nada mas en el órden y natural que niños que se han enlazado sin su propia voluntad, tuvieran el recurso de separarse el dia que lo quisieran : nada de eso sucede, y es preciso que medie una de las causas siguientes : esterilidad, inmoralidad, desprecio por los padres del marido, propension á la maledicencia, inclinacion al robo, carácter celoso, y enfermedad crónica. Uno de los mayores crímenes que pueden cometerse á los ojos de los chinos, es la falta de respeto á los deberes de familia, á que dan el nombre de *impiedad*. El código la define así : « Entiéndese por impiedad la falta de respeto y atencion á los que nos han dado el ser, educacion

y proteccion en la vida. Llámase impío todo el que metiere pleitos á sus parientes, los insultare, ó no llevare luto por ellos. »

Los castigos impuestos á la impiedad son terribles : todo aquel que levantare la mano contra sus ascendientes, los acusare falsamente; los insultare ó ultrajare en lo mas mínimo, tiene pena de muerte. El parricidio se castiga con el horrible suplicio llamado de los cuchillos : si el paricida muere en prision, su cadáver sufre el condigno castigo.

Las leyes respecto al culto son muy detalladas y abrazan una porcion de minuciosidades. La menor infraccion ó falta de observancia á los ritos se castiga con palos. Por ejemplo, el empleado del gobierno que tiene á su cargo los *cerdos sagrados*, que se engordan en las pagodas para los sacrificios solemnes, debe cuidarlos mucho; si dejare de hacerlo, y por falta del necesario alimento los lechoncillos se enflaquecieren ó enfermasen, sufrirá la pena de cuarenta palos ó mas, segun el estado del paciente. ¡ Vaya un país en que la enfermedad de un *cerdo* puede sumergir en la consternacion á todos los bonzos de las pagodas !

Al pié de la escala judicial están los *ancianos*, á quienes se someten todas las pequeñas cuestiones en los pueblos; como las difamaciones, libelos, faltas al cumplimiento de promesas ó contratos, etc., y otras ofensas civiles ó no muy criminales. El código manda que toda queja se presente por escrito ante el tribunal inferior del distrito, para que de allí pase á los superiores si fuere necesario. Ninguna causa puede presentarse al emperador directamente; pero pueden ir por conducto

de la junta de castigos. Segun las gazetas muy pocas son las causas que pasan á los tribunales superiores; la mayor parte se deciden por medio de arbitros y amigables componedores. Todos los empleados del gobierno deben estar visibles siempre que se les necesite, y los jueces tienen la obligacion de estarlo dia y noche, á todas horas. En China el templo de la Justicia no se cierra nunca.

La confusion que reina en las leyes civiles y penales, y el desempeño de dos funciones por una misma persona, así como las torturas y crueldades que se ejercen para obtener declaraciones, todo esto prueba el estado de la legislacion. El sentido comun se indigna al contemplar que se empleen los martirios para lograr que los testigos declaren la verdad, y que se emplee la *canga* para recobrar el pago de deudas. Ni los arrestos, ni las torturas ó suplicios están clasificados en China en el número de los castigos; pero es seguro que por ellos muere mucha mas gente que por ningun otro medio.

No entraremos aquí á pintar los suplicios usados entre los chinos, baste decir que son horrorosos, y que sobrepujan todo cuanto conocemos en Occidente. Cuando se trata de ser cruel, los chinos, como el resto de los asiáticos, lo son en superlativo grado : han hecho un estudio especial, y sus torturas son el refinamiento del martirio. Solamente la Inquisicion puede dar una idea. Queden pues en silencio estas barbaridades, que la pluma se resiste á correr sobre el papel cuando quiere pintar las acciones que deshonran la humanidad.

Lo que llevo dicho es suficiente para dar una idea á mis lectores de la legislacion china, y de su administra-

cion. No podrán ménos que convenir conmigo en que es una mezcolanza de principios anómalos, y de detalles inútiles. Es preciso observar además, que en China, como en varias partes del mundo, hay una corrupcion inmensa en el poder judicial; y así es que aun cuando en esta region del Asia se conocieran los principios mas adelantados del derecho, siempre serian desvirtuados en su aplicacion por los avaros mandarines. Mucho tiempo pasará, ántes que el chino comprenda sus derechos y sepa hacerlos valer: así como ántes que tenga el respeto debido á la autoridad, sin ser abyecto, y sepa resistir la tiranía oficial.

La sociedad en China yace como un pozo estancado en el fondo del cual germinan toda especie de elementos de corrupcion. Es menester que venga la civilizacion cristiana, y que con sus torrentes disipe toda impureza para que el habitante del Imperio celeste tenga paz y libertad, dicha y ventura.

CAPITULO V

Misiones de los dominicanos españoles. — Contraigo amistad con ellos en Amoy. — Cómo están vestidos. — Su enseñanza. — Abnegacion con que llenan su mision evangélica. — Todo el bien que hacen. — Conversiones. — Contento que me procura la sociedad de estos padres. — Habitacion de los padres. — Facilidades que ántes hallaban las misiones, y dificultades que hoy encuentran. — Vicariatos apostólicos erigidos por la Santa Sede. — Número de cristianos en China.

Habiendo residido en Amoy mas de un año, no podia ménos que haber contraido amistad con los padres do-

minicanos españoles que están empleados de misioneros católicos en la provincia de Fu-kian. Son tres los misioneros : el padre Zea, el padre Angel y el padre Sala; y puedo calificarlos á todos, por el trato que tuve con ellos, y el modo como desempeñan su mision, de hombres verdaderamente evangélicos. Vestidos del modo mas humilde, enteramente á lo chino, con sus largos sayones de las telas mas burdas, su cabeza rapada llevando la cola, estos santos varones no tienen mas ocupacion que ir de pueblo en pueblo, sufriendo toda especie de trabajos, y llenando su santo ministerio. Es admirable la abnegacion y paciencia con que sobrellevan sus fatigas; y muy grande el bien que hacen difundiendo por doquiera la palabra de Jesucristo : ellos han levantado sus iglesitas donde confiesan, dicen misa, y administran los santos sacramentos; han fundado escuelas donde educan á los niños, les enseñan el catecismo de la doctrina cristiana; ellos en fin, con la cruz en la mano, penetran por las selvas, para volar á la cabecera de los enfermos y ausiliar al moribundo. El padre Zea solo ha formado en Chan-chan, el pueblo de Kang-be, compuesto en su totalidad de neófitos convertidos por él mismo á la fé católica. Un solo padre español ha hecho mas conversiones que todos los protestantes juntos! Esto habla, sin necesidad de comentarios, muy elocuentemente en favor de nuestras misiones.

El amigo de la civilizacion que allá en Occidente lee en algunos libros el progreso del cristianismo en los pueblos del Asia, y en todas las regiones mas remotas del globo, admira los esfuerzos que han hecho siempre nuestros misioneros españoles; pero el que como yo se

ha encontrado en el terreno mismo de sus conquistas, de sus obras; que ha palpado el inmenso bien que hacen, se llena de una veneracion que raya en fanatismo, de una admiracion mezclada de orgullo. Sí, el hombre se enorgullece, y con razon, de pertenecer á una religion que así va civilizando las naciones, y á una tierra que produce apóstoles tan evangélicos, intérpretes tan fieles de la moral predicada por Jesucristo.

Los padres se la pasaban en sus faenas toda la semana, y únicamente los domingos era cuando venian al pueblo de Amoy, para decir misa, y entregarse á otras atenciones religiosas. Yo asistia naturalmente al servicio divino en la iglesita, que por cierto es muy pobre; y luego subia al primer piso donde puede decirse que vivian los padres. Allí permanecia largas horas en tan agradable compañía. ¡Verme en medio de españoles, hablando mi lengua, y tratado con la mayor cordialidad en el seno de una ciudad china! ¿Puede darse mayor placer? ¿Habrá vínculos que unan mas á los hombres que el idioma, la religion, y el nacionalismo ó paisanaje? Esta es la verdadera trinidad social: los lazos mas fuertes que nos atan á nuestros semejantes.

Mas no era solo alegría lo que abrigaba mi alma cuando me hallaba en la sociedad de los padres: era una multitud de emociones que se apoderaban de mí al contemplar á estos hombres jóvenes, en medio de seres extraños, segregados de su patria y del mundo para siempre. Realmente semejante idea bastaria para desalentar á cualquiera que no esté poseido del fervor religioso de su mision. Pero ellos parecen muy felices, y sus fisonomías no respiran mas que ternura y una amabilidad an-

gelical : los mismos chinos ó catequistas que les rodean y ayudan en sus labores religiosas, todos tienen unas maneras muy suaves, un aire dulce que solo reina en las regiones del cristianismo. Diríase que la religion al civilizar al hombre empieza por educarlo infundiéndole cierta franca y plácida cultura : las ideas santas al penetrar é inculcarse en el espíritu, alejan los instintos animales, y generalmente ablandan el corazon, y enternecen el alma.

La casa ó habitation de los padres es toda por el estilo chino, y tan modestamente amueblada como no hay idea. Una sala y dos alcobitas forman todo su alojamiento, y una mesa con unos pocos escaños del trabajo mas sencillo, hé aquí todo el ajuar.

Voy á dar una ligera reseña histórica de las misiones, valiéndome de los datos que tan bondadosamente me ha suministrado el apreciable padre Zea.

La España, esa nacion intrépida cuyos nobles y valientes hijos fueron de los primeros en surcar los mares, y llevar su comercio á todo el mundo, no podia ménos que producir esos obreros evangélicos que inspirados por Dios fuesen á difundir el cristianismo hasta las regiones mas remotas del globo. Ya hemos visto en otra parte de este libro que el misionero católico fué el primero que penetró tres siglos hace en el Imperio Celeste; y el único que ha llevado el santo símbolo de la cruz de un extremo á otro de este desconocido y vastísimo país. Corvino Ricci, Diego Pantoja, el jesuíta Martinez, Morales, Sanz, y otros muchos nombres están ahí para certificar esta verdad. Las misiones estuvieron prósperas y florecientes por mucho tiempo : los emperadores eran

los principales protectores de la religion cristiana; todos los altos funcionarios apoyaban y facilitaban recursos para su difusion, y los padres trabajaban en la conversion de almas sin zozobras ni angustias; ántes al contrario, llenos de esperanzas por la suerte futura del imperio. Nada les impedia la propagacion de sus doctrinas, y llegaron á tener un ascendiente é influjo en el país que acaso contribuyera á perjudicar, poco despues, la causa del cristianismo. Ya hemos hecho mencion que en 1723, tanto los padres jesuítas, como los dominicanos y franciscanos, fueron expulsados del territorio chino, haciéndoseles el cargo que estaban trastornando el órden público : el hecho es que iban ganando un partido inmenso en el pueblo, y el emperador empezó á temer infundadamente por la seguridad de su trono. Pero en vano pretenden destruir las esperanzas de la Iglesia : cuando la luz de la religion ha penetrado una vez en un país, es muy difícil apagarla. Ni las horribles muertes de que fueron víctimas en 1747 el obispo Sanz y cinco padres dominicanos en la provincia de Fu-kian; ni las torturas y prisiones ejercidas en otras provincias contra los principales misioneros eran parte á desalentarlos. Ellos siguieron y siguen impávidos en su grande obra, pero bajo un sistema muy distinto del que empleaban hasta entónces.

Hoy dia la propagacion del Evangelio en China se practica del modo siguiente : ya ningun misionero puede presentarse en la corte de Pekin, ni gozar de la proteccion del emperador y gente grande. Lo que se veía en tiempos anteriores, de ir los misioneros con todo el aparato de mandarines rodeados del prestigio que gozaba

una asociacion reconocida por el Estado, ya en la actualidad ni por asomo tendria lugar. Hállanse proscritos en todo el imperio, y por consiguiente trabajan con cautela, en secreto, y con todas las precauciones que aconseja la prudencia para librarse de persecuciones por parte de las autoridades. Se comprende fácilmente que este no es el modo mas eficaz, y que nuestros misioneros no podrán presentar en estos tiempos resultados tan brillantes como en los pasados.

La Santa Sede ha erigido todas las diez y ocho provincias de China en otros tantos vicariatos apostólicos, los cuales tienen multitud de escuelas para la educacion de la infancia, y varios seminarios destinados á formar un clero indígena, enseñándole las virtudes y las ciencias eclesiásticas. Hay tres obispados : el de Pekin, Nankin y Fu-kian. Este último ha sido desempeñado por mas de cincuenta años por el padre Carpena, hombre de luces, hecho hoy un verdadero chino.

A pesar de la fuerte oposicion del gobierno, y de las inmensas dificultades que tienen que vencer los misioneros, hoy dia cuenta la China mas de ochocientos mil cristianos. ¿Pero qué significa este número en una poblacion que tiene cerca de cuatrocientos millones de habitantes? Relativamente á las dificultades que encuentran los misioneros, es muchísimo; pero absolutamente hablando, es una fraccion muy pequeña. Esto es debido no solo á que hoy se persigue á los predicadores de la religion cristiana, como á todos los miembros de sociedades secretas, sino á que el Estado no teniendo religion alguna las considera todas falsas, y reina un indiferentismo desconsolador por todo el país. Es preciso haber

vivido en el seno de él para convencerse bien de esta verdad : el chino está siempre tan embebido en los intereses mundanos, en todo aquello que halaga los sentidos, que su vida no es otra cosa sino el materialismo en accion. El lucro es toda su ambicion, las ganancias grandes ó pequeñas, hé aquí lo que embota sus facultades. Todo lo que tiene relacion con lo espiritual, lo que toca á el alma, al porvenir, á otra vida despues de esta, no le inquieta, ni le importa. Refiérenme los padres que muchas veces cuando les explican todas aquellas verdades que impresionan á las almas, ó les explican las bases de la religion, sueltan la carcajada como si se les contaran cuentos graciosos. Es imposible que el chino discierna, haga distincion entre una doctrina verdadera y otra falsa; entre una buena y otra mala; para ello es menester educarlos, y á esto es que se aplican los misioneros católicos. La religion para este pueblo, no es mas que una especie de moda, que adoptan cuando les place, y la cambiarían lo mismo que de cabaya ó turbante.

Miéntras que esta raza no mejore ó se cruce; miéntras que el sistema de gobierno no varie, la grande obra de la regeneracion cristiana del imperio chino será un problema dificilísimo; habrá mas cristianos de boca que de corazon. Es preciso que haya una revolucion moral que cambie la faz política y social del imperio : los ídolos, las imágenes, y todas las monstruosidades del budhismo deben caer al soplo de la civilizacion cristiana, y el santo símbolo de la cruz debe pasearse por los occidentales desde Kwantung y Cochinchina hasta Omstok; desde las extremidades de la Man-

churia hasta los mas remotos confines del Tibet. El templo de la RELIGION DE JESUCRISTO se abrirá en toda la China; pero habrá que dar la llave á la LIBERTAD.

CAPITULO VI

Impresiones y sorpresas. — Costumbres diametralmente opuestas á las nuestras. — Trajes chinos y trajes europeos. — Como escriben los chinos. — Lo que se vé en las calles. — Modo de saludar. — Socialismo en China. — Ciencia económica y social. — Idea de la familia. — Patriotismo. — El socialista Wang-ngan-che economista del siglo undécimo. — Piedad filial. — Ideas de Tsien-tche.

El que viaja por los países orientales, y particularmente por la China, no solamente experimenta *impresiones*, con todo lo que se le presenta á la vista, sino grandes *sorpresas*, pues todo en este curioso país, además de ser diferente á lo que tenemos en Occidente, es opuesto, diametralmente contrario. Diríase que la civilizacion del Imperio Celeste es enteramente antípoda á la nuestra.

Empecemos por observar al chino en sí mismo. ¿No es el ente mas extraño que pueda ver un europeo ó americano? Es cierto que el indio de nuestras pampas; el feroz beduino, ó los salvajes malayos y bengales de la otra parte del Asia, son creaturas que por presentar al hombre en su primitivo estado sorprenden. ¿Pero podrá compararse esta sorpresa con la que causa ver un chino? Mirad su configuracion física en que se encuentran á la vez rasgos característicos de todas las razas : esas cabezas rapadas, relucientes siempre, con la hermosa cola ó

trensa flotando sobre sus espaldas; esas caras lánguidas reflejando los vicios y tambien la inteligencia; ese ademan descuidado, fácil y gracioso: todo, todo en su aspecto indica un ser puramente *sui generis*, un tipo verdaderamente peculiar. Pasemos en revista su traje, y vamos comparándolo cosa por cosa con el nuestro: el chino no trae sombrero, en la casa, en la calle, por todas partes, va con su cabeza descubierta; nosotros los traemos de todas formas y clases: el chino no usa corbata, va siempre con el cuello descubierto; nosotros usamos un pedazo de género atado al pescuezo: el chino no usa camisa; nosotros llevamos varias, de una clase interiormente, de otra en el exterior: el chino toda la ropa que se pone es una cabaya ó saquito y unos pantalones muy anchos sin adherirse al cuerpo; nosotros usamos multitud de piezas de diferentes córtes y matices: el gusto chino es la sencillez, la comodidad; el nuestro la complicacion, la molestia: el uno parece estudiado para el libre uso de todos los miembros del cuerpo; el otro calculado para impedir su accion y desarrollo.

Respecto al vestido de la muger no se diga, es lo mas diferente que darse pueda: la china no usa mas que una cabayita de seda, y pantalones; la nuestra ¡cuántas ediciones de trajes aumentados y corregidos no lleva! ¡Cuánta cosa inútil, ya para molestar, ya para aparentar formas de cosas que mas valiera no estuvieran aparentes! La china finca su orgullo en el pié, y desde niña lo lleva en tortura para hacerlo cuanto mas chico puede; la muger nuestra hace consistir su orgullo en la *cintura*, en el talle delgado que se estrecha con corsés desde la infancia: la china usa el peinado descubriendo la frente para arriba;

la europea por el contrario, caido y bien pegado con goma sobre las sienes y aun mejillas: nuestras mugeres usan brazaletes en las muñecas; las chinas en los tobillos.

Si un chino escribe una carta todo lo ha de hacer exactamente al revés de nosotros: en lugar de escribir en líneas horizontales, lo hará verticalmente; empezará por el fin en la última página, de modo que la carta se leerá de abajo para arriba, y acabará en la primer página y en la última línea á la izquierda, es decir en donde generalmente la principiamos nosotros. En las mismas obras ó libros escritos en chino, el fin está en el principio; y en la última página es que se encuentra el título ó nombre de la obra.

Nosotros que tratamos de hacer las cosas *rectamente*, consideramos el lado *derecho* el mejor; y en nuestras cosas, es el lugar preferente: el chino, por el contrario, considera el izquierdo como el principal, y así es que, por ejemplo, en una mesa ó convite el puesto privilegiado está á la *izquierda* del dueño de la casa. Para un celestial una persona *zurda* es la que mas probabilidades tiene de hacer todo mejor, se la considera como el *nec plus ultrà* de la *rectitud*: una *zurdería*, si puedo traducir así la palabra *gaucherie* de los franceses, es el refinamiento de la *habilidad* china.

Si un china se pone los zapatos empezará por el pié izquierdo, justamente porque nosotros lo hacemos por el derecho; y si monta á caballo pondrá el pié en el estribo derecho de la silla así como nosotros tenemos la costumbre de montar por el izquierdo.

Si es en las calles ¿qué es lo que vemos? Las mugeres ocupadas en todas las faenas y labores mas pesadas, lo

mismo que en los rios remandó en los botes con los chiquillos atados á las espaldas, miéntras que la parte masculina de la poblacion se halla holgando, con su abanico en la mano, ó bien deleitándose en fumar su pipa de opio. Multitud de hombres se ven vestidos de trajes talares á manera de sayas ó enaguas, y las pobres chinitas muy orondas con su par de pantalones. En una calle me llaman la atencion varios chinos con paraguas abiertos en la sombra cuando no llueve; y mas adelante van otros por la mitad de la calle, expuestos al rayo del sol, con la mollera descubierta, y el paraguas debajo del brazo. Aquí marchan unos *coolies*, ó cargadores llevando un cerdo patas arriba en una especie de hamaca, aturdiendo á los pasantes con sus berridos; acullá es un burro con una enorme piedra amarrada al rabo, para que modere sus furias. A un lado se oyen quejidos, llanto que parte el corazon, y es acaso una novia que está para poner el pié en la silla de manos, y dirigirse á casa de su amante y futuro esposo. Al otro lado de la acera oyése música, el ruido de clarinetes y timbales, signos precursores de un entierro : para ir al altar del himeneo se llora; para marchar á la sepultura se canta.

El chino se acuesta en la cama á lo ancho, nosotros lo hacemos á lo largo; y justamente porque nosotros usamos almohadas blandas de plumas, ellos á pesar de su molicie las tienen de madera, duras y muy á propósito para romper la cabeza. Si se sienta ha de cruzar las piernas, una debajo de la otra horizontalmente; cuando nosotros lo hacemos una encima de la otra verticalmente.

Al efectuarse un matrimonio en China, no es el marido el que pide la mano de la muchacha; es esta, que

cual lorito alarga al amante su patita, su comprimido piecito.

El saludo acostumbrado á las mugeres es el de *ssing, ssing*, que se pronuncia chin, chin y quiere decir simplemente adios! adios! Nuestra política frase castellana de *beso á V. los piés*, no tiene sentido en China, y lejos de ser una galantería puede considerariase como un insulto. La china con mas gusto y mejor gana se dejaria besar la boca, que los piés; aunque en esta costumbre ó instinto no difiera mucho de nuestras cultas damas de Occidente. ¡ Solo en las pasiones y apetitos parece haber una unidad admirable entre las razas!

No es ciertamente por unas cuantas rarezas que debe juzgarse de los países, y esto no basta para dar un fallo sobre sus costumbres; pero es un hecho ciertamente digno de observacion que casi no hay acto en la vida que el chino no ejecute exactamente al revés de nosotros. Tal parece que están organizados de un modo diferente á nuestra raza, ó que por lo ménos, sus ideas de lo bello, de lo exacto, de lo natural, son exactamente opuestas á las nuestras.

Para el chino la sociedad no es mas que una gran reunion de hombres, cuyo objeto es gozar de la vida *presente* sin ocuparse absolutamente del *porvenir;* verdaderos materialistas, todo concluye para ellos en la tumba : verdaderos socialistas, todas sus costumbres tienden á procurarse la mayor suma de bienestar material. Si rompemos ese velo misterioso que ha cubierto en todos tiempos el Imperio Celeste, y tratamos de indagar el estado social, caerémos en cuenta al momento que es la realizacion mas completa de las teorías y ensueños de los modernos hu-

manitarios. Todo cuanto se ha escrito desde Platon hasta Fourier, desde San-Simon y Owen, hasta Cabet y Proudhon, se halla en planta ó se ha iniciado en el sistema chino. Ya que he presentado á mis lectores algunas de las ideas religiosas y políticas, que en China siempre se confunden estas dos clases, será bueno darles una noticia del modo como entienden los sabios chinos la ciencia económica y social.

Desde luego la *idea de la familia* es el principio que sirve de base á la sociedad china, y como consecuencia lógica, la piedad filial es la virtud fundamental, el termómetro moral para medir y apreciar las humanas acciones: así, por ejemplo, los atentados contra las leyes, contra el gobierno, no son crímenes políticos ó de lesa-nacion; sino faltas filiales, crímenes de lesa-paternidad, y por el contrario, todo acto de virtud, como la abnegacion, ó compasion hácia el menesteroso, la probidad comercial, el valor en los combates, etc., todo pertenece á la piedad filial. El amor patrio, aquel sentimiento innato en el hombre, que le hace palpitar el corazon al oir el dulce nombre de su suelo natal, que cuando se haya amenazado por enemigos externos lo llena de indignacion, y lo entusiasma para volar y colocarse bajo sus pendones, que le hace despreciar los peligros, y que, á la vez que lo anima de un fuego santo, lo cubre de gloria y lo convierte en un héroe; este sublime sentimiento depositado por Dios en el fondo del alma de cada mortal para conservacion de las leyes naturales y del órden, los chinos lo desconocen; ser patriota, ó buen ciudadano, es para ellos simplemente ser buen hijo. El emperador es la encarnacion viva de este gran principio que domina

y penetra por todas las capas y poros de la sociedad : es el padre de una inmensa familia compuesta de mas de trescientos millones de hijos. Su anhelo es tenerlos sumisos, que vivan en paz material y octaviana, y dotado de su mas grande autoridad, cree que el modo de cooperar á la dicha general es recomendar la fraternidad y la armonía, y dar rienda suelta á todas las pasiones y goces materiales. Oigamos lo que decia el célebre *Wang-ngan-ché*, economista chino del siglo once, sobre esta materia :

« El deber, la obligacion principal de todo gobierno, es procurar al pueblo las ventajas verdaderas de la vida, es decir, la abundancia y el goce. Para lograr este fin bastaria inculcar en el pecho de todo morador las reglas infalibles de rectitud; pero como seria muy difícil lograr que todos las sigan sin discrepar, el Estado debe fijar el modo de observarlas, por medio de leyes sabias é invariables. Para impedir la *explotacion del hombre por el hombre*, es un deber del Estado ampararse de todos los recursos y rentas del imperio, para ser el único *explotador* universal; puede muy bien convertirse ora en comerciante, ora en agricultor ó industrial, pero entiéndase que debe ser solo con la mira de socorrer á las clases trabajadoras, é impedir que el pobre sea devorado por el rico. En todo el imperio deben fundarse tribunales ó corporaciones que fijen diariamente el precio de las mercancias y demás artículos; mas aun, durante un número de años estipulados, se impondrán contribuciones únicamente á la gente rica y acomodada. Pertenece á estas corporaciones la designacion de quien es rico y quien pobre; así como la recaudacion de estos im-

puestos que componian en la tesorería un *fondo de reserva*, para aplicarlo al socorro de los ancianos y desvalidos, á los obreros destituidos de trabajo; en fin á todo pobre ó menesteroso. »

Segun *Wang-ngan-ché*, el Estado es el único dueño de la tierra; en todos los distritos se establecerian tribunales rurales ó juntas de agricultura, encargadas de hacer anualmente el reparto de los terrenos; y la distribucion de granos y semillas. La única condicion que se exigiria al cultivador, seria el retribuir en granos ú otro artículo el precio de lo que se le adelante. Para lograr que todos los terrenos sean igualmente productivos segun su condicion ó clase quedaba reservado á los comisarios de estos tribunales decidir sobre la especie de artículo que debia darse al cultivador, y se encargaban de hacer todos los adelantos hasta que fuera tiempo de la cosecha. Por estos medios creían asegurada perfectamente la abundancia general, y que nadie careceria jamás de aquello que le fuese necesario. Los únicos perjudicados serian los usureros, los tiburones públicos que están siempre al tanto de su presa para devorarla, y aprovechar de las calamidades públicas para enriquecerse. Segun la doctrina expuesta, el Estado seria el único acreedor, y jamás pediria usura alguna, encargado del cultivo de las tierras, y de fijar diariamente el precio de las mercancias. ¿Qué resulta? Que siempre habrá de todo una abundancia proporcionada á la cosecha. En casos de hambres públicas, ahí está el famoso tribunal agrícola de Pekin que siempre se halla al corriente de las cosechas del imperio por los tribunales provinciales, y el cual restablece el equilibrio inmediatamente, mandando

trasportar á los pueblos mas pobres el residuo ú exceso de los mas ricos. Combinando todo de este modo, los artículos principales para la subsistencia se mantendrán siempre á precios módicos; no habrá menesterosos, y el Estado, único especulador en el imperio, realizará inmensas ganancias que se aplicarán á trabajos de utilidad pública. ¡Hermosas teorías, que conducen directamente á la ruina de las fortunas, al comunismo, al nivelamiento universal! Todas ellas han estado en voga mucho tiempo en China, y pusiéronse en planta durante el mando del emperador Chen-tsung. Hoy no se siguen al pié de la letra; pero se observa un sistema muy parecido.

No ha sido solo el famoso autor que acabamos de citar el único apóstol socialista en China, el célebre economista Tsein-tche abunda exactamente en las mismas ideas. Extractemos algo de sus obras :

« Una sociedad bien organizada es aquella en que, al propio tiempo que cada cual trabaja segun sus fuerzas ó elementos, se reparten todos los bienes en la proporcion mas adecuada para que todos gocen á la vez.

« El Estado mas rico es aquel en que con poco trabajo se logra que abunden todas las producciones del arte y la naturaleza, en todo tiempo, y para abastecer y cubrir las necesidades de los habitantes. La riqueza está indispensablemente en relacion con las necesidades. »

Por estos extractos se convencerán los lectores que en China se ha predicado y practicado el despojo de la propiedad, y las ideas disolventes, con el mismo descaro que en Europa por los socialistas, y en América por el espíritu de imitacion. Y es justamente porque la civili-

zacion de los países asiáticos es contraria á la cristiana de los de Occidente, que estos dos extremos se tocan y se parecen. Los delirios de los que han querido subvertir el órden social en Occidente, sus doctrinas para romper todos los lazos sociales, sus panáceas para curar todos los males de la sociedad, sus ridiculeses y sistemas para remediar á las desigualdades en fortunas y gerarquías, sus sacrílegos tiros á la religion divina de Jesucristo, en fin, sus barbaridades económicas, todo, todo esto se ha propalado hace siglos, y puesto en planta en la tierra de Confucio. Lo que prueba que el estado social en China es precisamente opuesto, diferente, al de los países occidentales, es que esas mismas doctrinas, que cabezas huecas y delirantes, nos han propuesto como el optimismo de perfectibilidad humana y social, eso mismo, sin variacion fundamental, ha sido lo que ha existido y existe en el Celeste Imperio. Y si las tradiciones, las creencias, los usos de este misterioso pueblo, no se hubieran amoldado á todo esto, si en Occidente no tuviéramos igualmente muchos errores en todos los ramos; bien pudiera haber cerrado este acápite, diciéndole á mis lectores : « Ese pueblo cuyas costumbres estais leyendo, no solo hace todo al revés de vosotros, sino que en el órden moral, político y social reina la anarquía, que su cultura lo deja *salvaje*, y su civilizacion lo mantiene en la *barbarie*. »

CAPITULO VII

Salgo de Amoy.— En la primavera de 1856 me embarco para Hong-kong. — La residencia en Hong-kong es preferible á la de todas las ciudades chinas. — Costumbres británicas. — Pasion por la silla de manos. — Las inglesas se vuelven feas.— Rápidos progresos de la colonia.— Poblacion de Hong-kong. — Comercio. — Guarnicion. — Edificios. — Gobierno. — El inglés en boca de los chinos. — Labia de los mercaderes. — Tiendas. — El opio. — Cómo se prepara y fuma. — Efectos de este vicio. — Poblacion flotante en la bahía de Hong-kong.

La estacion que me detenia en Amoy habia terminado, y me hallaba libre para dirigirme á otra parte. La eterna monotonía de esta ciudad, aquel panorama constante; siempre la misma cosa desde que amanece hasta que anochece, sin distraccion de ninguna especie, me tenia ya cansado. El dia, pues, que me preparé para abandonar este triste suelo fué de suma alegría, y cuando puse el pié en el vapor « Ann, » que salia para Hong-kong en la primavera de 1856, experimenté un gran placer.

Dos dias bastaron para trasportarme á la colonia inglesa, adonde llegué el 15 de mayo. No puede negarse que la vida en Hong-kong es preferible bajo muchos aspectos á la miserable existencia que se arrastra en las ciudades chinas : aquí hay siquiera una calle para andar, almacenes, establecimientos para comprar lo que se necesite; se ven caras de gente civilizada, movimiento de carruajes, en fin, hay algo que recuerda las ciudades cultas. Eso de estar viendo *suig-sores*, ó representaciones chinas ridículas, que no se comprenden, de estar sirviendo constantemente de curiosidad, como objeto de

museo, puede bien soportarse por algun tiempo; pero acaba por enfadar. Al fin en Hong-kong ya oigo siquiera el dulce tañido de la campana de la iglesia católica que me recuerda que soy cristiano; ya veo gente de mi raza! Sin embargo, no dejan de sorprender muchísimo al viagero, y particularmente al español, las costumbres británicas aclimatadas en Hong-kong: las figuras de los ingleses en esta colonia, como en toda la India y Oriente, son tan originales como ridículas. Es de verlos en sus trajes y atavíos, con esos sombreros de todas formas y clases inventadas para precaverse del sol; unos llevan sus ventiladores que parecen una serie de palanganas sobre la cabeza; otros unas gorras con el velo cayendo sobre las espaldas; otros con bombas que parecen *cernidores;* algunos traen gorritas cubiertas de trapos ó linon blanco, con velos verdes; quienes con morriones semejando guardabrisas sobre sus delgados pescuezos. El vestido es todo blanco, hasta los zapatos; cualquiera creeria que se les acababa de dar una mano de cal ó que son modelos de yeso escapados del taller de algun escultor. Muy rara vez se ven á pié: van siempre en sus sillas de mano, que son simplemente una butaca de paja ó *bambú* colocada en medio de dos varas y llevadas por dos infelices *coolies.* Aun de noche para ir de una casa á otra véese á los sajones muellemente recostados en la silla con las piernas sobre los barrotes y mirando las estrellas. Esta costumbre les gusta en extremo, y constituye uno de sus placeres orientales. El inglés detesta la esclavitud, aborrece todo aquello que convierte á otro hombre en instrumento, en simple *cosa;* pero sin embargo, su odio no es mas que en teoría,

pues le gusta pasar por humanitario : en la práctica suele ser raro, extravagante y bárbaro con sus semejantes. ¿A qué español ó americano le gustaria hacerse cargar por otros hombres solo por placer, sin necesidad, para ir de su habitacion acaso á un lugar mal famado que está á pocos pasos? Pero, repito, para el inglés todas estas tonterías son las que forman su deleite en Oriente.

Las esposas de los ingleses naturalmente siguen las mismas costumbres, y nunca se encontrará una sola que salga á paseo á pié : no tienen mas encanto que la silla de manos, ni mas diversion que el vaiven producido por le movimiento natural de los coolies. Sea efecto del clima que es muy cálido, ó del sistema de vida que llevan, todas las inglesas en Hong-kong son feísimas; de un color pálido, amarillento. En casi todos los países tropicales ó de climas abrazadores la muger se consume y aniquila muy pronto; pero en ninguna parte con tanta rapidez como en China. ¡Pobres flores de Occidente, tal parece que se marchitan, que mueren al trasplantarlas al Oriente!

En el año que habia estado ausente de Hong-kong, encontrábanse mil novedades en el ramo del progreso material : es increible el incremento que va tomando la colonia bajo un buen gobierno, y al benéfico influjo del comercio. En la parte occidental de la ciudad se habia construido un barrio todo nuevo por la poblacion china, y á la orilla de la playa desde la casa Lindsay y compañía, una hilera de magníficos edificios, formando una calle nueva enteramente. A este paso ¿qué será esta árida colonia dentro de pocos años? Calcuta y demás ciu-

dades de palacios en la India pronto se quedarán atrás y le cederán en importancia comercial.

La poblacion hoy dia de Hong-kong, segun datos oficiales que tengo á la vista, asciende á 72,607 habitantes, de los cuales solo 840 son europeos, el resto componiéndose de portugueses oriundos de Goa y Macao, de indios, malayos, manilos, y de chinos que alcanzan ellos solos á casi 70,000. Del año de 1848 para acá la poblacion ha ido creciendo rápidamente : en aquel año era de 23,998. En ménos de diez años, como se vé, la poblacion ha mas que duplicado. Y lo propio sucede en el comercio, que ha tomado un vuelo extraordinario últimamente. El número de buques que entraron en 1856 ascendió á 2,091, importando mercancías por valor de muchísimos millones. Solo en opio se introdujeron de Calcuta y Bombay como treinta mil cajas que representan un valor de unos quince millones de pesos aproximadamente. A esta enorme cifra llega lo que sacan los ingleses por el veneno que anualmente distribuyen á los chinos. Esto explica porque el gobierno británico permite y protege un tráfico tan inmoral : al ruido de los pesos calla la decantada humanidad inglesa.

Cuenta Hong-kong 50 oficinas públicas, diez famosos cuarteles, cinco iglesias ó capillas cristianas, cuatro bancos, dos escuelas públicas, tres hospitales, y mas de doscientos establecimientos comerciales. En una poblacion tan pequeña existir cuatro bancos con dependencias en India y los demás puntos de Oriente, esto en realidad asombra, y prueba lo que es el genio inglés y en lo que fija su atencion al fundar una colonia. El viagero que observa todo cuanto se le presenta á la vista, puede muy

bien, por solo los establecimientos y edificios públicos que hay en una colonia, juzgar del adelanto moral del país á que está sujeta. Sucede generalmente que la una es el daguerreotipo en pequeña escala del otro.

La guarnicion de Hong-kong consta apénas de unos cuatrocientos hombres, una mitad de ingleses y la otra de indios de Ceilan. Estos últimos podrán ser muy valientes, pero su figura no lo revela, por cierto : tal parecen soldados de cera negra vestidos de papel.

El gobierno de la colonia es muy sencillo : á la cabeza y direccion de todo está el ministro plenipotenciario, superintendente del comercio en China con el título de gobernador, y dotado de facultades, puede decirse omnímodas. Este ejerce el mando con la mayor discrecion, pero tiene sin embargo un cuerpo de asesores ó consultivo, llamado consejo legislativo, que es el eje principal de toda la máquina administrativa y política de la colonia. El gobernador tiene además un secretario privado, que entiende en los negocios diplomáticos, y que es enteramente independiente del secretario colonial. Hay varios tribunales de justicia, á cuya cabeza está el *chief-magistrate* y la *corte*, donde se deciden todos los negocios judiciales.

El jefe ó comandante general de las fuerzas es de hecho miembro del consejo legislativo, y desde luego nótase una grande concentracion en todos los poderes. Para gobernar á seis mil leguas de distancia de la metrópoli es preciso que así sea; y no de otro modo podrian cuatro ingleses diseminados entre miles de chinos, tenerlos sumisos y contenidos dentro de ciertos límites. Menester es confesarlo, los chinos se someten muy gustosos á la do-

minacion inglesa, y aparentan una cordialidad muy grande con los extrangeros, simpatizando con los españoles mucho mas que con los de otras naciones. Da gusto verlos como van entrando insensiblemente en todas nuestras costumbres y abandonado sus ridiculeces y hábitos añejos. Todos ellos hablan un inglés *chapurrado* lo mas original que puede darse, y tienen una viveza admirable para todo, especialmente para tratar en el pequeño comercio : el parisiense con toda su labia y manera se queda muy atrás, á este respecto, de los chinos, que sobrepujan á las demás naciones en finura y arte para agradar y engañar. Cuando se entra en algun establecimiento, al momento sale un chino con su bata larga, que así visten los comerciantes, y enseñan todo cuanto tienen de venta, diciendo que es número *uno, primera chop* para ponderar el objeto. Es preciso hacer *negocio*, *pichon*, como ellos dicen, pues han de saber mis lectores que ser gran comerciante chino, es hacer y tener muchos *pichones*. Todo quieren que se *lookisee*, juntando las dos palabras inglesas *look* y *see*, para significar que se *vea* y *mire* el artículo ; pleonasmo tan gráfico como gracioso por el modo como lo dicen. En este dialecto anglo-chino, si quieren preguntar, por ejemplo, para cuántas personas preparan alguna cosa, dirán *how many pieces men?* que traducido equivale á ¿cuántos *pedazos* ó *piezas* de hombres son? Si no se les compra algo, jamás se ofenden, y tienen una paciencia grandísima para doblar y volver á empaquetar todo cuanto han mostrado : siempre con la sonrisa en los labios, y despidiéndolo á uno con las mayores cortesías. Hay multitud de tiendas donde se venden las ma-

nufacturas y curiosidades de China : las dos mejores son las de *Poun lún* y *Sunching*, ambos comerciantes ricos de Canton.

Los chinos tienen sus templos separados de los ingleses, y sus lugares de diversion donde observan sus costumbres lo mismo que en cualquiera ciudad china. Solo tiendas donde se vende y fuma el anfian hay mas de cincuenta. Una vez entré en una de ellas por curiosidad y salí horrorizado de lo que allí observé.

Hay cuatro clases de opio que se introducen en China, que son : el turco, que se importa de Esmirna; el patna, el benares y el malwa, que vienen de Calcuta y se cultivan en terrenos de la Compañía de Indias orientales. Se trae en cajas que pesan de cuatro á cinco arrobas cada una, y que contienen cuatrocientos rollos muy parecidos á los de tabaco. El modo como lo preparan para fumar es cortando cada rollo en dos mitades, y sacando toda la parte interior : luego ponen á hervir todas las hojas durante una hora hasta que se convierte en pasta, que ponen en cajetillas que cualquiera creeria una deliciosa jalea de guayaba de la que llaman *aporreado* en Cuba. El aparato y utensilios para fumar el opio son : en primer lugar, la pipa, tubo de madera pesada, del tamaño de una flauta teniendo en la extremidad una copita con un pequeño agujero; un par de tijeras, y dos grandes agujas, todo esto colocado con una lamparita en una especie de platillo ó charol que se coloca en el centro de la cama de madera, la cual tiene dos almohadas, una de cada lado del aparato, y que sirven para dos personas á un tiempo. Allí se tienden, dejando los zapatos en el suelo, y se entregan al vicio los pobres chinos. Cojen

la pipa con una mano de modo que la cazoleta se pegue á la llama de la lámpara, y luego tomando de la copa con la aguja una bolita de opio, la acercan á la luz y hierve como cera; el fumador empieza á envolverla al rededor de la aguja dándole vueltas sobre la cazoleta y cuando ya está bien unida la sumerge en el oido de la pipa con tal arte, que deja todo el opio dentro. Despues de esta operacion acerca la pipa á la lámpara y se pone á fumar. Generalmente no da mas que una fumarada y consume la aguja de opio que ha puesto en la pipa : con esto basta para que el chino se atonte y tenga toda especie de visiones. Los mas viciosos repiten la operacion dos y tres veces segun lo sufre sus constituciones. Dicen que les entra sueño por mas de una hora, y cuando vuelven del letargo quedan con el pulso agitado y una debilidad muy grande tanto física como moral. Un sabio chino define de este modo las impresiones y efectos del opio : « Debilita los espíritus animales, impide el cumplimiento regular de los negocios, acaba con la carne y con la sangre, destruye la limpieza, promueve la obscenidad, desarrolla los instintos brutales, revela secretos, viola leyes, ataca las partes vitales, y destruye la vida. » Hé aquí bosquejado el efecto de este maldita costumbre, ¿podrá darse un vicio mas horroroso y que tenga consecuencias mas fatales? La única vez que presencié por curiosidad el espectáculo, jamás se me olvidará : las lívidas y amarillentas figuras haciendo toda especie de contorsion, las tendré siempre presentes á la imaginacion.

Olvidábaseme hacer mencion de la poblacion china *flotante* que vive en la bahía de Hong-kong en sus bote-

cillos y embarcaciones, y que se calcula asciende á cinco mil almas. De dia trabajan, principalmente las mugeres, que son las que reman, miéntras el marido fuma ó prepara el *chau chau*, la comida. Estos botes, cubiertos de cañas, se parecen bastante á los *champanes* que se usan para la navegacion de ciertos rios en la América del Sur, pero son mucho mas pequeños : allí en un reducidísimo espacio vive toda la familia del barquero, generalmente numerosa, que al pobre le aumenta la prole con una rapidez extraordinaria. Todos apiñados, unos sobre otros, rara vez saltan á tierra, haciendo del bote la morada, y el medio de subsistencia. Curioso es ver muchas veces seis ú ocho chiquillos, que no pasarán de cinco ó seis años de edad, remando, miéntras otros sacan la cara como lagartijas por debajo de las tablas donde los tienen acostados. Algunas veces hay muchachonas de unos quince abriles, con el pelo sobre la frente á manera de fraile, signo distintivo de virginidad en China : mejor estarian en tierra que entregadas á este penoso ejercicio. En todo bote hay siempre un altarito con dos ó tres moniconguitos representando los santos ó estatuas que adoran los budhistas, y siempre están ardiendo pebetes al pié.

El verano habia entrado con un rigor grande, los calores se hacian sentir muchísimo, y no teniendo negocios importantes que requiriesen mi permanecia en Hong-kong, ya era tiempo que pensase en alguna excursion para pasar aquella estacion. Dos puntos se me presentaban para ello : Canton y Macao; decidíme por este último, reservándome el otro para pasar los últimos dias de permanencia en China. De Hong-kong á Macao no hay mas que unas trece leguas que se hacen en pocas

horas por los vapores que salen todas las semanas. Metíme pues en uno de ellos, «el Spark,» á mediados de junio de 1856, y encaminéme á visitar el destierro de Camoens.

CAPITULO VIII

Entrada en Ngao-men ó Macao. — Golpe de vista, situacion y fisonomía de la ciudad. — El hôtel Oriental. — Por qué cedieron los chinos á Macao. — Poblacion china y portuguesa. — Miseria de la colonia. — Pereza de los habitantes. — Macao residencia de los cónsules y recreo de los comerciantes de Canton. — El cónsul de España. — La Gruta de Camoens, su monumento. — Octavas de las Lusiadas. — Un album. — Cimenterios. — El jardin de los persas, sus plantas y flores. — Influencia de Francia. — Representantes de los Estados Unidos. — Ausencia de los de la América del Sur. — Salgo de Macao.

Apénas habia leido unas pocas páginas de un libro, cuando un portugués que estaba sobre la cubierta del vapor exclamó: *allí están as nove illas! Macao!* A estas palabras suspendí mi lectura, y dirigíme hácia la proa á contemplar la entrada del puerto de Macao. Hácia la izquierda habia unos pocos barcos lejos de la bahía, y á la derecha teníamos la ciudad que formando una herradura se presentaba á la vista: á las extremidades levántanse dos castillos sobre una hermosa vegetacion y sobre cuyos muros se veia tremolar la bandera portuguesa. No hay duda que viniendo de Hong-kong donde cansa ver lomas peladas, áridas montañas, y una poblacion heterogénea y fea, el primer golpe de vista de Macao es sumamente agradable: la vegetacion sorprende, el as-

pecto de la ciudad trae á la memoria las poblaciones de Europa ó América, y las hermosas cúpulas y torres de las iglesias que se divisan por encima de todos los edificios, recuerdan al viagero que es cristiano. Y esta idea le consuela, y le hace creer que va á penetrar en un pueblo culto, regenerado por la palabra de Dios. El símbolo de la cruz que se ostenta majestuoso sobre los templos en cualquier parte del mundo, es igualmente el signo del cristianismo, y el de la moderna civilizacion.

El vapor se detuvo unos minutos frente á la *playa grande*, desembarcó algunos pasageros y siguió para el puerto interior. Yo fuí uno de los que tomaron una de aquellas *barcas* que rodearon al vapor, y en medio de la gritería espantosa que armaban las mugeres barqueras, á duras penas logré que me llevaran al muelle principal. De allí me dirigí al hotel Oriental, despues de buscar los competentes *coolies* para que condujeran el equipage; pues en Macao, como en toda China, no hay carruages de alquiler, ni carretas. Instaléme en aquel hotel, dirigido por Dudel, que por ser el *único* en toda la ciudad es considerado como el *mejor*.

Macao, en chino Ngao-men, está en la embocadura de Tscha-kiang y á 25 leguas de Canton : fué cedida á los portugueses en 1580 por haber libertado á los chinos de un pirata que sitiaba á Canton. Hállase situada en una península, cerca de la famosa isla de Hiang-shan, y encierra una poblacion de cerca de 30,000 habitantes, de los cuales solo 5,000 son de orígen portugués. Sorprende el tipo de la gente que lleva nuestro trage en Macao, y difícil seria asignar á que raza pertenece : mezcla de portugués, chino, goa, malayo, indio, negro; con

un color medio verde, amarillo y negro, todos parecen monos, y son las figuras mas feas que darse pueda. El jóven macaense particularmente, cuya fealdad resalta mas por el modo extravagante con que viste, queriendo imitar á los ingleses, es el ente ridículo por excelencia. La muger va siempre cubierta con un gran chal de algodon; tapándose la cara completamente, da una prueba de juicio, y si alguna la descubre es para espantar al pasante con su color cobrizo, y labios de africano.

La parte de la poblacion china en Macao hállase gobernada por un *tsotang*, teniente gobernador del distrito, magistrado de la ciudad de Hiang-shan, á las órdenes del cual está el subprefecto llamado *kiun-min-fu*, quien reside en Tsienshan ó Casa Branca, á pocas leguas de Macao. Consta el distrito de unas ocho millas y se halla limitado por murallas á través del istmo en donde estacionan tropas chinas para impedir que los extrangeros penetren en el interior. La parte portuguesa tiene, por supuesto, su gobierno y autoridades propias; paga una renta anual por el terreno que ocupa, y no le es permitido edificar ni extenderse mas allá de ciertos límites determinados.

En cuanto á edificios, los únicos que hay en Macao que admirar son los templos, principalmente la catedral, que recuerda algo los nuestros. El mejor de todos, que era San Pablo, se quemó en 1835, fué construido por los Jesuitas, y de él hoy solo queda en pié la fachada : era un monumento magnífico. Debido á las leyes bárbaras y atrasadas que están en planta en la colonia portuguesa, el comercio ha desaparecido, y todo revela una miseria muy grande en la ciudad; por todas partes se ven

mendigos, no hay movimiento alguno, la yerba crece en las plazas y calles; todo, en fin, indica una ciudad sin industria, sin vida. La parte de la poblacion portuguesa es sumamente perezosa, no piensa mas que en frivolidades. De costumbres corrompidas, de hábitos apáticos que participan del atraso de la nacion portuguesa y de la indolencia peculiar á los países orientales, el macaense, con pocas excepciones, vive como un animal completamente, ó mejor dicho, no hace mas que vegetar. Macao es la imágen de un pueblo muribundo que ántes de hundirse en el sepulcro se ha acogido á las supersticiones religiosas.

Durante los tres meses que pasé en Macao, visité y conocí cuanto hay digno de verse : habiendo traido cartas de recomendacion para los principales comerciantes, fuí tratado con mucha cordialidad y franqueza, especialmente en la casa de don Lorenzo Pereira. El idioma que se habla en Macao es un compuesto de chino, portugués, malayo, y que sé yo cuantos otros dialectos que forman, mezclados entre sí, un idioma aparte.

Macao con su eterna quietud, con su situacion central, con las comodidades que brinda para la vida, es el punto favorito de todos los extrangeros : el comerciante de Canton ó de Hong-kong que desea pasar una temporada para descansar de sus faenas; el empleado que apénas tiene unos pocos dias de fiesta, todos encuentran un refugio muy grato en esta pacífica ciudad. Agrégase que el cuerpo consular reside en Macao, de modo que con un aparato de gobierno europeo, y con el tren de los cónsules, Macao toma el aspecto de una de nuestras ciudades de Occidente. Podria con propiedad llamarse la capital de China para todos los extrangeros.

El cónsul de España está pues residiendo en esta ciudad, y yo no podia ménos que conocerle y tratarle. Traíale una carta oficial del capitan general de la isla de Cuba, para que me prestase el apoyo que estuviese á su alcance en lo concerniente á la emigracion asiática que yo dirigia; por consiguiente la conveniencia, además de aquel instinto que hace buscar á los paisanos en el extrangero, me relacionó con el representante de España, don Nicasio Cañete y Moral, cumplido caballero, dotado de mil prendas y de unos modales tan finos que no puede ménos que simpatizarse con él desde que se le vé, y estimarle desde que se le conoce. Tiene toda la amabilidad de un francés, toda la franqueza de un español, todo el arte de agradar de un diplomático. Desde el momento en que adquirí su amistad, ya no necesité de nadie : tuve en él la llave para conocer la sociedad macaense, y un compañero para mis excursiones y paseos. Todas las tardes apénas se ponia el sol estaba á la puerta el palanquin del señor Cañete, quien tenia la bondad de buscarme para dar nuestro paseo. Bien pronto me familiaricé con todo cuanto hay digno de visitarse en la ciudad : ya no tenia mas placer que visitar la quinta de don Lorenzo Marques, situada en Patané, y que encierra la célebre Gruta de Camoens. Desde que atravesaba la plazuela de San Antonio y penetraba por el hermoso pórtico de la quinta, sentia palpitar el corazon, y apoderarse de mi alma una tierna melancolía : la entrada del jardin recuerda los hermosos parques de Inglaterra y al penetrar por entre los avenidas respirando el aroma de las flores del inmenso bosque, donde no se oye mas que el murmullo de una fuente y el canto de mil pajarillos desco-

nocidos, se diria que el sublime poeta ha encantado estos lugares, que el genio daba melodía á las aves, verdor á la pradera, perfumes á las flores.

Al doblar á la izquierda hay una vereda un poco pendiente sobre cuya cima se levanta magestuoso el monumento erigido á la memoria del gran bardo lusitano. Allí en el mismo sitio en que compuso su poema inmortal han construido una especie de nicho en el cual hállase colocado, sobre un modesto pedestal, el busto del Camoens : una sencilla reja de hierro á los lados es todo lo que cierra el monumento, que destinado solo á marcar el célebre lugar, no tiene mérito artístico ninguno. En la base se lee esta inscripcion :

MDCCCVI.

NASCEO 1524. — LUIS DE CAMÕES. — MORREO 1579.

Y luego mas abajo las famosas octavas del canto X de las *Lusiadas*, y entre las cuales escogí la vigésima tercera :

Aqui tens companheiro, assi nos feitos,
Como no galardão injusto e duro :
Em ti, e nelle veremos altos peitos,
A baixo estado vir, humilde e escuro :
Morrer nos hospitaes, em pobres leitos
Os que ao Rei, e á lei servem de muro!
Isto fazem os Reis, cuja vontade
Manda mais que a justiça, e que a verdade.

Vé un compañero tuyo así en los hechos,
Como en el galardon injusto y duro :
En tí y en él se ven los nobles pechos,
Venir á estado humilde, bajo, oscuro;

Y en miseria morir y en pobres lechos,
Aunque á la patria fuéseis fuerte muro :
Esto pasa en los pueblos do los reyes
Mandan mas que verdad, justicia y leyes [1].

Sobre una mesita hay un cuaderno, pluma y tintero, para que el viagero ponga lo que quiera. En la infinidad de monumentos y sitios célebres que he visitado en mis viages, he visto necedades, pero jamás del calibre de las que se hallan consignadas en este disparatorio donde chanzas de mal gusto corren parejas con expresiones pretensiosas.

Un inglés ha puesto concluyendo una cuarteta : « *My last visit on earth!* » Mi última visita sobre la tierra! Otro paisano suyo lo criticó á renglon seguido :

« Who composed such a strain
« Ought to go to school again. »

El que escribió tales líneas debia volver á la escuela.

Lo único digno de la memoria del gran poeta es una composicion de M. Luis de Rienzi escrita en letras de oro sobre una losa de mármol. Yo me sentia conmovido, y ardia en deseos de dejar algun recuerdo en este lugar. ¡Quién hubiera tenido la inspiracion de Lamartine ó la musa de Victor Hugo para imitar á M. de Rienzi!

Diversas alamedas cruzan el hermoso parque, y desde la parte mas elevada del terreno donde se ha edificado una especie de glorieta, hay una vista hermosísima : en el puerto interior están fondeados los vapores que van á Hong-kong, los buques que necesitan composiciones,

[1] *Traduccion de D. Lamberto Gil.* Madrid, 1818.

los de guerra portugueses, é infinidad de embarcaciones chinas, ó *juncos*, así como las lanchas conocidas con el nombre de *lorchas*, todo formando un conjunto muy pintoresco. Al frente se halla la isla de Lapa, á la derecha se extiende majestuoso el rio de Canton, á la izquierda la espaciosa playa de Manduco, y el Bazar, ó sea el barrio chino. Es este el punto mas comercial, donde se hallan las mejores tiendas y establecimientos chinos, y en donde reina mas vida y animacion. Nada mas curioso en las colonias asiáticas, que esa mezcla de razas, tan diferentes en usos, costumbres y civilizacion. En Macao, del mismo modo que en Hong-kong, hay una parte de la poblacion puramente china, donde se reunen todos los comerciantes, tienen todas sus habitaciones, ejercen todas sus industrias : es, en una palabra, un pueblo chino incrustado en el corazon de la ciudad portuguesa. A pocos pasos de la *rua central* ó de la *traveza*, que así designan las calles, se halla el Bazar. En una parte la poblacion yace inerte, encerrados todos en sus casas, holgando, no se ve en las calles mas que uno que otro mendigo, ó las *ñoñas* que muy tapadas se dirigen á la iglesia : en otra, todo es agitacion, las calles parecen una Babilonia, y presentan el espectáculo de una feria ó mercado constante : aquí se ve al *cooli* llevando enormes fardos, mas allá otro con su aparato *culinario*, ó cocina portátil, para dar de comer á los pasantes; acá un cambista de dinero, con montones de *chapecas*, ensartadas á manera de cuentas : acullá un pobre chinito llevando sobre sus hombros un *bambú* ó caña larga á cuyas extremidades penden dos enormes canastas llenas de tierra. Hombres, mujeres, viejos, niños, todos

sin excepcion trabajan en este barrio, para proveer á las necesidades de la poblacion.

Macao, como todas las ciudades chinas, es un inmenso cimenterio, una vasta necrópolis. Una vez que se halla uno fuera de la puerta del Campo, por toda la calzada que sirve de paseo á los europeos á derecha é izquierda, no se ven mas que tumbas y sepulcros chinos : todas las lomas se hallan *empedradas* de lápidas, y es tanto lo que se acostumbra el viagero á esta vista, que se familiarisa completamente con la idea de la muerte, y se pierde aquella especie de terror que nos infunde en los países cristianos la contemplacion de un cimenterio. ¡Cuántas veces, solo, sentado sobre un sepulcro, me he puesto á contemplar las olas del Océano! ¡Qué de ocasiones me he entregado á mil recuerdos de familia, recostado sobre una tumba! En medio del cimenterio general se halla el de los católicos, cercado de una pequeña muralla; á la orilla de la playa sobre una elevacion y mirando hácia el oriente, está el de los persas que en Macao son numerosos, y los que hacen principalmente el comercio de opio. A pocos pasos de la puerta del Campo tienen los persas un magnífico jardin, el cual prueba que realmente el imperio chino es la tierra de las flores, el *reino florido*, como lo designan sus habitantes. Allí se ve la hermosa *camélia japónica* que cuenta en China mas de cuarenta variedades, muchas desconocidas de nuestros botánicos de Occidente : cultívase esta flor no solo por su belleza, para servir de adorno, sino tambien para beneficiar las semillas, de las cuales sacan los chinos un aceite que aplican para muchos usos. Le dan á la camélia el mismo nombre que á la planta del té, y la palabra *chá* la emplean para

indicar cualquier cocimiento ó infusion. Hay otra planta de la misma familia que abunda mucho : el *pentápeto phœniceo* ó *flor del medio dia* es de un color precioso.

La familia de las *ranunculáceas* está muy propagada en China, y es una de las plantas mas comunes en los jardines. Cuéntanse ocho clases de magnolias, todas con hermosísimas hojas despidiendo un aroma muy agradable : la semilla de la *illicium anisatum* forma un artículo de exportacion considerable y de mucho consumo interior por sus propiedades medicinales y por su fragancia; los botones y flores de la *artabotrys odoratissima* y *unona odorata* se cultivan tambien mucho por el perfume agradable que exhalan. Hay otra clase á la que dan los chinos el nombre de *hwa-wang*, que quiere decir rey de las flores, frase que manifiesta el aprecio que hacen de ella. Pertenecen igualmente á esta familia la *berberis chinensis*, y la *nelumbium*, una de las plantas mas afamadas del Asia no solo por las cualidades peculiares á la raiz, sino por ser reverenciada de las asociaciones religiosas. La preciosa *hortensia*, cuya flor sola es un ramillete divino, y adorno muy comun en el jardin; las azucenas, claveles de todas clases, rosas de todos colores; el delicado jazmin cuyo perfume embalsama la atmósfera, la poética dalia; en fin, por todas partes del jardin encuentra la vista ramos y grupos de las flores mas hermosas y singulares.

Sorprende que no se hayan hecho mas grandes estudios botánicos en China : plantas muchas é infinitas flores hay que estoy seguro no se conocen en Occidente y cuya introduccion no seria difícil. Si el Gabinete de historia natural de Madrid ó el Instituto de Francia man-

dase á estas regiones algun hombre con conocimientos en las ciencias naturales, es seguro que encontraria ancho campo para descubrimientos, especialmente en la geología y botánica.

La nacion francesa, á pesar de la escuadra considerable que sostiene en el mar de China, no ha ocupado siempre el lugar que la corresponde, y el pueblo chino no sabe todavía todo lo que vale esta nacion, ni la respeta como debiera.

Francia, foco de la civilizacion europea, ó mejor dicho occidental, debe serlo con el tiempo de la oriental : en el mar de la India, en la China, en la Corea, en el Japon, por todos estos países tiene intereses y debe conservar y sostener su influencia, protegiendo las misiones católicas, únicas fuentes de donde debe correr la futura civilizacion de estas comarcas. Solo la conversion de estas puede traer su completa apertura al comercio del mundo y al engrandecimiento moral, y solo los obreros católicos pueden fundar sólidamente el edificio social contrapesando la influencia del protestantismo inglés que invade estas regiones envuelto en los vapores del opio!

Representantes celosos y entendidos necesitan los Estados Unidos, cuyo comercio con la China llega á muchísimos millones, y cuya posicion es ventajosísima para acrecentarlo cada dia mas : abierto el istmo de Panamá, los americanos son los que realmente han llevado á cabo la profecía de Colon, uniendo el Asia con la América. Dueños de California, sus centenares de fragatas *clippers* hacen en poco mas de un mes el pasaje desde San Francisco hasta China; de modo que es imposible preveer

hasta donde pueden aumentar las relaciones comerciales por esta nueva via.

Excusado es decir que las repúblicas del continente sud-americano no tienen representantes en China. Chile, que sin disputa ninguna marcha á la vanguardia de esos países, es el único que mantiene un cónsul en Hong-kong. En grandes aprietos se veria un americano del sur para librarse de las dificultades y conflictos á que en estos países se exponen los extrangeros : felices los ingleses y franceses que pueden dar la vuelta al mundo seguros de hallar en todas partes sus gobiernos representados, y el abrigo de sus respetables banderas que los ponen á cubierto de injusticias y tropelías.

Tres meses y dias pasados en Macao eran tiempo suficiente para conocer todo, y hasta para fastidiarme del lugar. No duró mucho, sin embargo, este aburrimiento: una carta de los señores Jardin Matheson y Cª, los primeros comerciantes de la India y China, anunciándome la llegada de dos fragatas que habia fletado en Europa, me obligaba á volver á Hong-kong : ya era tiempo de renunciar á las vacaciones, al punto de descanso, y de regresar á la colonia inglesa centro de la emigracion china que se dirigia á Cuba.

CAPITULO IX

Permanezco un dia en Hong-kong y me doy á la vela para Fu-tchéu. — Llego á mi destino. — Diversidad de dialectos. — Excursion en el interior con un misionero protestante. — Me visto de chino. — Embarcaciones chinas. — Llegamos á Cheo-chi. — La muchedumbre nos es hostil. — Un maestro de escuela nos dá la hospitalidad. — Máximas de los filósofos chinos. — Aglomeracion de pueblos. — Proporcion entre los habitantes y la tierra cultivada. — Una escuela. — La enseñanza en China. — Educacion primaria. — Los cuatro libros de Confucio. — Libros de Cuerno. — El Sian Hiok. — Nos insultan. — Disparo una pistola. — El populacho nos ataca, nos maltrata y nos conduce al palacio del mandarin. — El Tau-tai manda ponernos un par de esposas y nos remite á Fu-tchéu. — El cónsul inglés nos hace poner en libertad. — Hostilidades en Canton entre ingleses y chinos. — Escapamos de un gran peligro.

Solo un dia permanecí en Hong-kong despues de regresar de Macao, pues inmediatamente me embarqué en la hermosa fragata americana « Challenge » que solo aguardaba mi llegada para darse á la vela hácia el puerto de Fu-tchéu en donde debia cargar para la Habana.

A los doce dias de un viaje penoso, luchando contra los terribles vientos del norte que reinan en esta estacion, llegamos á nuestro destino. No referiré muchas cosas, ni curiosas novedades de esta ciudad : el que ha visto una en China casi puede contar con haberlas visto todas, no solo en la parte material sino en las costumbres y usos. Lo que mas varía de un punto á otro es el idioma, y pocos países habrá en el mundo en que haya mas diversidad de dialectos como en China : el habitante de Canton tiene el suyo peculiar, algo diferente del de Macao, y á las pocas leguas, en la provincia limítrofe de Fukian, ya se habla otra lengua ; el habitante de Fu-tchéu tiene la

suya propia enteramente distinta de las otras de Fukian. Solo el idioma « mandarin, » la lengua oficial, es entendido por todo el imperio, así como su escritura, que se compone de símbolos que representan las mismas ideas en todas partes y que naturalmente la comprenden todos. Y he aquí un hecho digno de notarse y que me ha llamado mucho la atencion : no hay chino por infeliz, por ignorante que sea, que no comprenda los principales caractéres de la tan ingeniosa como difícil escritura china. En ningun pueblo están tan difundidos los rudimentos de la instruccion, lo que se llama educacion elemental, como en China.

Despues que despaché la fragata « Challenge » para la Habana, y me vi un poco desocupado, proyecté con M. Burns, misionero protestante, una excursion al interior, en la cual conocí mucho de las bellezas del campo chino, pero en la que experimenté grandes sufrimientos. Sabido es que solo en los cinco puertos abiertos al comercio extrangero, y solo en cierta y determinada extension del territorio en cada uno de ellos, es permitido penetrar al viajero occidental. Así, en Canton los europeos se hallan encerrados en un cuadrito que les está marcado, y ¡ ay del que se atreva á pasar los límites ! que será destrozado por los habitantes, que no pueden tolerar la vista de los *fanguais*, ó *diablos de Occidente* : otro tanto acontece en los demás puertos, aunque en los del norte la gente es de mejor índole y el odio no es tan encarnizado.

Cuando invité M. Burns á penetrar en el interior, me hizo presente los peligros á que me exponía; pero ansioso de conocer la China mejor que ningun viajero mo-

derno, nada me arredraba, y mi aficion á la singularidad me hacia despreciar altamente los riegos. Al fin cedió M. Burns á mis ruegos para que me acompañara; pero con la condicion de que me vistiera como él de chino para emprender la excursion disfrazados. Preciso me fué acceder á esta justa exigencia; no sin gran pena, sin embargo, pues tenia que raparme la barba y la cabeza. En un momento encontré quien me facilitara el vestido necesario, que consistia simplemente en unos pantalones azules bombachos hácia arriba, pero que terminaban atados á los tobillos á manera de calzoncillos; en una cabaya, especie de cazulla larga, zapatos con suela de madera de dos pulgadas de grueso y con la forma de un bote: una hermosa cola postiza flotaba sobre mis espaldas y caía hasta los piés. En fin, estaba vestido exactamente como un misionero, no me faltaba mas que hablar para completar el parecido, pero buen cuidado tenia yo de no hacerlo.

Serian las seis de la tarde de uno de los hermosos dias de noviembre cuando nos pusimos en camino, embarcándonos primero en un *junco* chino: unos cuantos pesos y un reducido fiambre era todo nuestro equipaje. Llevábamos esto para no ir á exponernos á morir de hambre; intencionalmente no llevábamos vinos ni abundancia de comestibles para no darnos á conocer. Apénas pusimos el pié á bordo cuando uno de los barqueros se colocó en la popa teniendo en la mano una pandereta de metal que golpeaba y sacudia para producir un alboroto inaguantable; otro á proa quemaba papel dorado que arrojaba al mar. Estos signos anunciaban la partida, y en sus costumbres supersticiosas los chinos ofrecian holo-

caustos al dios del Océano, y nos encomendaban á todos á su proteccion.

Una embarcacion china, uno de esos *juncos* que sirven para largas navegaciones como esa multitud que va á los Estrechos, Java, Singapore, Sumatra, etc., durante un monzon y vuelven con otro, es cosa que se debe ver para admirar la rareza del gusto chino. Son unas moles pesadas construidas del modo mas chabacano y ordinario. La noche que pasamos á bordo fué fatal, no teniendo otro lugar para descansar sino la camarita estrecha del *junco*, cuya mitad estaba ocupada por el altar y los ídolos que lo adornaban. Allí tomamos nuestra morisqueta con los palitroques chinos, á la luz de los pebetes que clavados en vasitos llenos de greda servian de bugías. Al fin rendidos de cansancio nos quedamos dormidos; el padre Burns teniendo por almohada un cubo de achicar agua, y yo un ídolo budha, el mas gordo de los que estaban en el altar, y sobre cuyo hiperbólico vientre recliné mi cabeza. Al dia siguiente nos hallamos temprano frente á Cheo-chi; los marineros envolvieron las pesadas velas de estera, y arrojaron el pedazo de palo con forma de ancla. Habíamos fondeado en el lugar de nuestro destino.

El viento nordeste soplaba fuertemente, y había una marejada terrible, permitiendo á duras penas que se acercase un botecillo manejado por un solo hombre enteramente desnudo, pues solo cubria sus espaldas una capa de paja muy parecida á la que usan los indios en Sur-América : en China es preciso conformarse con estas *vistas de la naturaleza*. Desde el momento en que saltamos á tierra empezaron nuestras calamidades, pues

aunque al principio se nos tomó á entrambos por misioneros cristianos, bien pronto empezaron los chinos á sospechar la realidad. Ora fuesen mis movimientos no muy mesurados, ora mi aire de sorpresa á todo cuanto miraba, el hecho es que durante todo el tránsito, desde la playa al pueblo, fuímos seguidos de una infinidad de gente entre la cual los muchachos formaban la parte principal. Al llegar á las calles aumentóse el tumulto, y viendo esto M. Burns, consideró prudente que entrasemos en una casita. Allí se cerró la puerta inmediatamente, y el dueño dispersó á los curiosos. Despues de una larga conversacion de M. Burns con el amo de la casa, le pidió posada, la cual nos fué concedida con la mayor amabilidad. Habíamos ido á parar á una escuela, ni mas ni ménos, y el director de ella, natural de Pekin, era el viejo mas bondadoso y simpático que puede darse. Al punto comprendió nuestra situacion, nuestros fines, y trató en cuanto estuvo á su alcance de servirnos y facilitarnos la consecucion de ellos. Lo primero que hicimos fué instalarnos en las dos piezas que nos destinó el bueno y hospitalario *magister* : eran estas dos cuartitos muy reducidos, sin mas muebles que una mesa cuadrada en el medio, unas silletas, dos camitas muy angostas, y sin mas adornos que un altar con sus ídolos correspondientes, y varias tiras de lujoso papel, con hermosos caractéres chinos, colgando de las paredes. Mas no son puramente adornos, encierran preciosas sentencias de moralidad, obra del célebre Mencio ó de Confucio, y que están siempre presentes á la memoria de todo chino.

Las máximas de los grandes filósofos chinos son pues el principal adorno en China de los establecimientos pú-

blicos, de las casas, de los templos y hasta de las calles. Presentarémos aquí varias de ellas entre las cuales hay algunas que no le ceden en profundidad de ideas y conocimiento del corazon humano á las de Larochefoucauld, Labruyère ó Pascal :

« Querer á un hombre malo es como cuidar un tigre: si no se le alimenta bien os devora; ó como un halcon, que cuando tiene hambre se queda al lado, pero que se escapa tan pronto como se le da de comer.

« Instigar á un pillo á que obre mal, es lo mismo que enseñar á un mono á trepar á los árboles.

« Una persona sin casa, es lo mismo que un pejc fuera del agua.

« Así como en los viajes largos se conoce la resistencia de un caballo, así tambien solo por medio del trascurso de muchos años de trato se conoce el corazon del hombre.

« Así como de buen hierro no se hacen clavos, así tampoco del hombre de bien no se forman los soldados.

« Un poquito de impaciencia echa á perder grandes empresas.

« Una joya no se pule sin limarla, ni el hombre se perfecciona sin sufrimientos y duras pruebas.

« Dejad que cada uno barra frente á su casa, y no os inquieteis de la basura que haya en los tejados del vecino.

« Notad que por muy estúpida que sea una persona, siempre es muy perspicaz en reprender á los que cometen malas acciones, y que aunque sea muy inteligente, siempre es muy lerdo cuando se trata de sus propias faltas : corregíos á vosotros mismos con igual rigor que

á los demás, y excusadlos del mismo modo que á vosotros.

« Cuando se hace una vela buscamos *luz*, así como cuando leemos un libro tratamos de hallar la *razon* : luz para iluminar un cuarto oscuro, razon para ilustrar nuestro entendimiento.

« La sensualidad es el mayor de los pecados, así como el amor filial es el mejor de los actos.

« La prosperidad es una bendicion para el bueno; pero para el malo es un verdadero azote.

« La vejez es como una vela encendida expuesta al viento : de repente se apaga.

« La esposa debe poseer cuatro cosas : virtud, *habla*, persona y arte de coser.

« La cólera es como un pequeño fuego que si no se le aplaca con tiempo puede quemar pilas enteras.

« Cuando el espejo está bien pulido el polvo no lo ensucia ; cuando el corazon se halla bien educado, los pensamientos impuros nunca penetran en él.

« No considereis ningun vicio trivial, y vayais por esto á practicarlo ; ni virtud alguna insignificante, y vayais por esto á omitirla.

« Aquel es mi maestro que me dice mis defectos, y mi enemigo el que me habla de mis virtudes.

« Es un cobarde el que sabe lo que es justo y no lo hace.

« Quereis saber cual es el carácter de un príncipe, mirad á sus ministros : la disposicion de un hombre, observad sus compañeros.

« Las ventajas de las buenas leyes deben encontrarse únicamente en su estricto cumplimiento.

« La luz que despide una estrella ilumina las montañas de muchas regiones; así una expresion incauta, poco meditada, perjudica toda una vida de virtud. »

Instalados en nuestra posada, M. Burns se encargó de dar las órdenes necesarias y disposiciones domésticas para restaurarnos, luego nos pusimos á conferenciar sobre el itinerario ó programa que debíamos seguir. Despues del tumulto que se habia formado á nuestro desembarque, no era prudente volver á penetrar en el pueblo, y mi compañero que era un si es no es *timorato*, opinaba que por cualquier parte que nos dirigiésemos nos veríamos rodeados de peligros. Retroceder era una tontería hallándonos á tanta distancia de Fu-tchéu, y sin haber visto el campo siquiera; así fué que yo animé á mi amigo para que al dia siguiente hiciéramos una salida, por la parte que conducia al campo ó despoblado, sin pasar por la ciudad. Así lo hicimos en efecto, tomando yo la precaucion de esconder bajo mi traje una pistola de seis tiros de las mejores que han salido de la fábrica de Coltz. Bueno era tener esta compañera además de mi buen reverendo, y lo que era impunemente, estaba decidido á no dejarme fastidiar por ningun chino. En mas de dos leguas que andaríamos la primera vez, tuve ocasion de observar dos cosas muy notables para el extrangero : 1ª no vimos palmo de tierra que no estuviese cultivado; 2ª la extraordinaria aglomeracion de pueblos. A cada paso no se encuentran mas que sementeras, praderas, huertas y jardines : por todas partes se vé al labrador y á sus niños ya arando el terreno valiéndose del búfalo, ya llevando sobre los hombros el abono, ya con el azadon en la mano : jamás se vé un hombre ocioso,

siempre están entregados á las faenas agrícolas. Preciso es que suceda así en un país que depende enteramente de sus propios recursos.

Sábese de un modo cierto, que hay en China mas de 263 millones de hectáreas de tierra cultivada, lo que da aproximativamente 73 areas para cada persona; proporcion mayor, si se exceptua la Inglaterra, al cultivo en ningun otro país, y que facilita al chino un abastecimiento considerable, tanto mas cuanto que no se cultiva ningun pasto ni hoja para caballos y ganados. Los caballos comen una paja silvestre que se da en el país, y arroz cocido, y los búfalos se alimentan con cualquier residuo, lo mismo que el cerdo. De resultas de la gran veneracion con que se miran en China los trabajos agrícolas, la propension á cultivar la tierra crece cada dia. No creo que haya país del mundo donde los canales, sistemas de cultivo de toda especie se hayan puesto en planta tan generalmente. Si el suelo ó terreno fuera estéril, estoy seguro que el trabajo tan asíduo del hombre lo haria producir. Tambien hay que tener presente que el modo como se arriendan las tierras y el sistema de contribuciones, haciendo que se pague una porcion de la cosecha, siempre remunera al trabajador en un grado proporcionado á su industria. En casi todas las provincias de China se cojen dos y hasta tres cosechas anualmente: en Kwang-tun, Kwang-sí y Fukian, se cosecha el arroz dos veces al año en los terrenos bajos, y en la estacion de las lluvias se hace otra cosecha de patatas dulces, repollos y varias otras legumbres. Esto si bien se vé equivale á doblar el area del terreno cultivado. Los chinos como los hindostanes, javanenses y demás asiáticos

se mantienen principalmente de vegetales ó legumbres, y es por esta razon que es lo que se cultiva con mas empeño. Pero á pesar de tantos esfuerzos, ya sea por la inseguridad de la vida en las regiones orientales, ya debido á las supersticiones religiosas, á los vicios y otras causas, puede decirse sin temor de equivocacion, que en China jamás ha producido la tierra lo que debiera, ni mantenido tantos habitantes como lo hubiera podido hacer. Y sin embargo, como he observado anteriormente, basta penetrar un poco en el seno de este dilatado imperio para concebir su magnitud y la inmensa poblacion que debe contener: camínese en cualquiera direccion, y á cada media legua es seguro que se encontrará una gran villa ó pueblo. No habiendo estadística formada en China, ni teniendo medios para ello, es muy difícil el calcular á cuanto asciende la poblacion; pero yo creo que los 360 millones que le dan algunos autores modernos, es un número muy léjos aun de la realidad.

En el primer paseo que dímos y en todos los siguientes observamos á la entrada de los pueblecillos, soldados guardando las puertas, y en mas de una ocasion pretendieron hacernos fuego. Casi siempre están los pueblos en guerra ú hostilidad abierta. Afortunadamente tan cobardes son unos como otros, y sus disensiones nunca producen resultados muy sangrientos: los contendientes se mantienen á una respetable distancia unos de otros.

Al cuarto dia de nuestra llegada, M. Burns se resistió á seguir acompañándome, alegando que la última vez oyó frases muy injuriosas dirigidas á nosotros, y temia que nos sucediera algo. Yo no quise, en vista de esto, pasar

por imprudente, y fué preciso resolvernos á estar los dias enteros encerrados en la casa. ¡ Qué horas de hastío no pasé sin tener un libro que leer ni ocupacion alguna! Algunas veces M. Burns me daba lecciones de chino; otras me iba al cuarto donde estaban los muchachos dando sus lecciones, y que, como en todas partes del mundo, hacian un alboroto y ruido extraordinario. Curioso era por cierto ver á los chinitos sentados en los escaños frente á su pupitre cada uno, con sus cabezas rapadas y sus colitas que parecian ratones : ninguno pasaba de diez años, y todos sabian ya leer y escribir, ó mejor dicho dibujar los difíciles caractéres chinos. La difusion de los rudimentos que constituyen la educacion primaria es admirable, y acaso no haya otro país, si se exceptuan los Estados Unidos del Norte-América, en que se halle tan generalizada. Despues que el niño sabe los primeros elementos se le pone en las manos lo que llaman los *Cuatro libros*, obra del célebre Confucio, y de los cuales acaso no será fuera de lugar dar aquí una idea.

El primero de ellos es el *Ia hioh*, que hiere decir lecciones superiores, ó escuela de adultos, y se divide en once secciones que tratan sobre los cuatro puntos siguientes : perfeccionamiento de uno mismo, arreglo de una familia, gobierno de un Estado, direccion ó manejo de un imperio. En la primera parte, consagrada al desarrollo de esta idea, hay muchas cosas puramente chinas y notables por su originalidad.

« Los antiguos, dice, deseando restablecer á la razon su lustre por todos los ángulos del imperio, lo primero que reglamentaron fué la provincia que gobernaban : deseosos de gobernarla bien, empezaron por establecer

órden y sembrar la virtud en el interior de sus casas: para fundar este órden doméstico empezaban por hacer una *renovacion* de sí mismos, y para renovar sus propios espíritus primeramente daban á sus afecciones una buena direccion: deseosos de dirigir sus pasiones con rectitud, corregian previamente sus ideas y deseos, y para lograr este fin, trataban de poseer extensos conocimientos. Ahora bien, esta extension de saber, ó conocimiento, consiste, estriba en estar perfectamente informado de la naturaleza de todo cuanto nos rodea: una completa nocion de la naturaleza de las cosas hace que el conocimiento sea sólido y profundo, y de aquí nacen ideas exactas: una vez estas rectificadas, las afecciones del alma giran en torno de su verdadera órbita: las pasiones así dominadas, el espíritu obedece naturalmente á la razon, y restablecido el imperio de la razon en el alma, el órden doméstico se funda. Y esto engendra órden en toda la provincia, y una provincia bien gobernada puede muy bien presentarse como modelo á todas las demás del imperio. »

Las otras secciones contienen algunas observaciones curiosas de los antiguos príncipes y hombres de Estado: entre otras citarémos la siguiente: « Un dia el príncipe de Chin exclamaba: ¡Quién tuviera á lo ménos un solo ministro honrado y recto! Aunque no poseyese conocimientos con tal que su corazon fuera bueno, que cuando viera personas de reconocido talento no las envidiara, que si encontraba hombres capaces y sabios, no solamente tuviera de ellos una opinion favorable y lo dijera *de boca*, sino que los estimase cordialmente y les concediera los mejores empleos. Un ministro semejante merc-

ceria bien de la patria, y sostendria mi posteridad y mi pueblo por muchas edades venideras. »

El segundo de los Cuatro libros se llama *Chung-yung*, ó sea el *Verdadero medio*, y el plan que se propone es dar una idea de la naturaleza de la humana virtud, y presentar sus efectos en las acciones de un ente ó ser ideal, *Kuin-tsz*, el *hombre príncipe*, inmaculado, que siempre se conduce perfectamente. Segun el moralista chino la verdadera virtud consiste en no dejarse llevar á extremos : lo que llaman *ching* ó rectitud, se considera como la base de todas las cosas, y *ho* que significa armonía, el principio redentor del universo : « Extended, difundid la rectitud y armonía hasta lo último, y el cielo y la tierra estarán tranquilos, y cada cosa se producirá y alimentará segun su naturaleza. » Hé aquí como pinta al *hombre príncipe* : « Es un ser que en todas sus acciones jamás desciende á nada bajo ó impropio ; que siempre se mantiene en el medio, y jamás se inclina á ningun lado, jamás trata con desprecio á los que se hallan debajo, y que nunca se vale de medios vergonzosos para granjearse la voluntad de sus superiores ; que se corrige y reprende á sí mismo, y no vitupera á los demás ; que siempre se halla tranquilo esperando la voluntad del cielo. »

Los moralistas chinos dividen la humanidad en tres clases, que son : « Hombres del mayor órden, como sabios, filántropos y héroes que son buenos sin instruccion ; de la clase media que necesitan instruccion, como médicos, doctores, astrólogos, soldados, y los últimos que son malos aunque sean instruidos, tales como los esclavos, comediantes, engañadores, » etc. Estos filósofos

han colocado la virtud en una region tan elevada, que es material y absolutamente imposible llegar á ella sin contar con grande y especial ayuda del cielo.

El tercer libro denominado *Lun-yu*, ó sean conversaciones de Confucio, es una especie de compilacion, hecha por sus discípulos, de sus palabras y acciones : es un tratado de moral en forma de sentencias ó dichos, y que ha contribuido mucho á cultivar la mente del chino. Entre los pasajes mas dignos de notarse en este libro figura el siguiente : « Hay *una sola* palabra que expresa por sí cual debe ser la conducta del hombre durante su vida, y es *shu* que encierra este significado : no hagas á los demás lo que no quisieras que se hiciera á tí mismo. »

El último de los Cuatro libros abraza tantas materias como todos los demás juntos y es obra en su totalidad del célebre Mencio ó Mang futsz' como lo llaman los chinos; la sílaba *futsz* no es parte del nombre, sino un título como *maestro eminente*.

Además de estos Libros hay varios otros conocidos por los « Libros de cuerno » conteniendo escritos clásicos y que ejercen una grande influencia sobre el pueblo : hay el llamado el Trimétrico clásico, san-tsz' king, que es lo primero que se pone en mano de los niños para enseñarles á leer : empieza tratando sobre la naturaleza del hombre, y los diferentes sistemas de educacion. Demos unos lijeros extractos de esta obra.

« Los hombres al nacer son por naturaleza radicalmente buenos; en este respecto todos se aproximan, pero en la práctica hay una gran divergencia. Si no se les educa, el carácter natural cambia al momento.

« Un curso de educacion es pues un bien muy valioso.

« Tener hijos y no educarlos es error de los padres.

« Educar sin rigor manifiesta la indolencia del maestro.

« Que los niños no aprendan es una cosa impropia; pues no aprendiendo cuando jóvenes, ¿qué sabrán en la vejez?

« Las joyas sin pulimento no valen nada. »

Sigue inculcando la importancia de los deberes filiales y fraternales con preceptos y ejemplos, y luego presenta una sinópsis de los varios ramos del saber en séries ascendentes, bajo diversos modos y encabezamientos : los tres grandes poderes, las cuatro estaciones y los cuatro puntos cardinales, los cinco elementos y las cinco virtudes constantes, las seis clases de granos y los seis animales domésticos, las siete pasiones, las ocho notas de la música, los nueve grados de parentesco, y los diez deberes relativos. Unas pocas líneas bastarán para dar una idea del modo como trata el autor estos puntos.

« Hay tres poderes : cielo, tierra y hombre.

« Hay tres luces : sol, luna y estrellas.

« Hay tres lazos : príncipe, ministro y justicia.

« Entre padre é hijo, afeccion ; entre marido y mujer, concordia. »

Despues de presentar un resúmen técnico vienen varias reglas para un curso de estudios académicos, junto con una lista de los libros que deben usarse, y un cuadro sinóptico de la historia general de China. La obra concluye con una exposicion de reglas y ejemplos sacados de la conducta de los antiguos sabios y hombres de Estado.

Tambien tienen otras obras como las « Odas para los niños, » llenas de preceptos muy buenos, la llamada

Siau-hioh, ó sean « lecciones primarias, » ó « instructor juvenil, » que es la obra por excelencia, y la que dá mas á conocer las ideas de los chinos respecto á educacion. Al hablar de ella dice un comentador moderno : « Confiamos en el « Siau-hioh » como en los dioses, y lo reverenciamos como á nuestros padres. » Los ejemplos de piedad filial que enseña son admirables, y las reglas para dirigir el hombre sus acciones, y para formar el carácter chino, son dignas del estudio del filósofo occidental. Hay, naturalmente, en todas las obras chinas un gran vacío : la ausencia de aquellos divinos preceptos de la Biblia, de aquellas santas verdades que así forman el corazon como educan el espíritu. De aquí nace que el sistema de educacion chino tenderá siempre á formar eruditos sin juicio ni conciencia, hombres que á la vez que conocen todas las reglas de la política, son los mónstruos mas crueles; sistema que difunde por todo el seno de la sociedad ese conjunto de principios anómalos constituyendo la civilizacion de este imperio que por mas máximas que tenga permanece en las tinieblas.

La educacion empieza muy temprano en China : al momento que el niño tiene seis ó siete años lo ponen en la escuela. Esa primera instruccion que se dá en casa en los países occidentales no se conoce en el Asia : el padre, si es literato, no se inquieta por enseñar al hijo; y las pobres madres son muy ignorantes y no lo pueden hacer. Toda la educacion del hogar doméstico consiste en inculcar obediencia á los niños; pero esa enseñanza moral tan esencial desde los primeros años se descuida completamente; y ántes por el contrario, los principios que maman con la leche y los ejemplos que tienen á la

vista son perniciosos y fatales. Puede decirse que desde la cuna el corazon del chino se haya empedernido, y su espíritu debilitado por las influencias detestables de la idolatría y de las costumbres orientales.

El curso que toma la educacion es muy sencillo y siempre el mismo : á los siete años se enseña al niño á leer y á escribir; á los ocho á reverenciar á los superiores, y preferir los demás á ellos mismos; á los diez aprenden la aritmética, y á manejarse decentemente con la gente; á los trece deben asistir á las lecciones de música y poesía, y á los quince tienen que practicar el manejo del arco. Cuando entran en los veinte años ya se consideran hombres formados, tienen que saber todos sus deberes en sociedad, y aunque posean vastos conocimientos no deben *pretender enseñar á los demás* : á los treinta pueden casarse, y adoptar una carrera ó entrar en negocios; á los cuarenta ya pueden optar á destinos públicos, y á servir al Estado; en fin, á los cincuenta se les asciende al rango de ministros ú otros altos puestos, teniendo que retirarse á los setenta años precisamente de la vida pública.

El número de años que está el niño en la escuela depende, por supuesto, de la posicion y fortuna de sus padres : los comerciantes, mecánicos y gente del campo tratan de dar á sus hijos un conocimiento perfecto de la série de libros que se enseñan, cosa que se encuentren en aptitud de manejar todos los negocios de la vida. No hay mas ramos de enseñanza que los clásicos, composicion, geografía é historia de su propio país : nada de lenguas extrangeras, historia natural, ó historia de otras naciones. Para el chino no hay mas mundo ni país

que el suyo, y es lo único que le importa conocer.

Además de las escuelas comunes hay lo que llaman escuelas gramaticales, y colegios donde se recibe la instruccion superior, y donde se enseñan naturalmente las ciencias morales y ramos difíciles de los humanos conocimientos. La composicion en chino es acaso lo que mas trabajo cuesta aprender á causa de la infinidad de caractéres, y hay estudiantes que dedican toda su vida á este trabajo sin lograr adquirir la perfeccion. Todo aquel que llega á comprender bien los autores antiguos ó clásicos y á imitar su estilo es *cæteris paribus*, el que mas probabilidades tiene de llevarse la palma.

Castigos corporales se usan mucho en las escuelas y colegios de China, y lo que es el *ratam* ó *bambú*, siempre está pendiente cerca del maestro para caer sobre las espaldas del estudiante desaplicado: la doctrina de «educar por medio del rigor» se lleva á cabo, y todo lo demás se considera como debilidad, indolencia.

Pero no nos desviemos demasiado, no nos engolfemos en dar una idea muy sucinta de la educacion en China; tenga la bondad el lector de volver conmigo al estrecho cuarto del consabido maestro de escuela. Diez y nueve dias pasamos encerrados y abrumados de aburrimiento: desde las seis de la mañana ya nos despertaba el ruido de mas de cincuenta muchachos gritando de voz en cuello, y todos adunados repasando las primeras líneas del trimétrico clásico: *Jin chi tsu, sing pun shen; sing, siang kin, sih, siang, yuen!* era una verdadera cencerrada. Malas noches, peores dias, fatales alimentos, y ninguna distraccion me tenian desesperado. Algunas veces me ponía á repetir en chino las palabras que me habia enseñado

el maestro, que era á lo sumo complaciente, pues se admiraba de mi buena pronunciacion. Tenía maneras finas, y usaba de algunas formas y ademanes teatrales siempre que me daba la leccion. Desde el momento que los rumores de peligro corrieron, y se persuadió de nuestra inseguridad, trató de protegernos por cuantos medios estuvieron á su alcance : todas las noches el pobre viejo con sus dos hijos velaban haciendo sentinela, armados de unas grandes lanzas para impedir un ataque nocturno, y nosotros muy tranquilos dormiamos á pierna suelta, sin inquietarnos de nuestra suerte. Al fin era preciso decidirnos, pensar seriamente en tomar una determinacion, y salir de este estado de ansiedad. Con mucha repugnancia, por parte de mi compañero, organizamos nuestro regreso á Fu-tchéu, despues de pagar y gratificar bien á nuestro bondadoso posadero, el cual salió con las lágrimas en los ojos, y juntas las manos, despidiéndonos hasta la calle. Algo le haría presagiar sin duda la suerte que nos estaba reservada, y el pobre anciano nos compadecía de antemano.

Efectivamente, no bien hubimos andado unas pocas cuadras cuando una multitud de curiosos nos rodeó, y empezó á lanzar improperios que yo no entendia. Sin embargo, á las pedradas que de cuando en cuando nos alcanzaban yo no podía ménos que graduar lo que significaban, y ver en ellas la expresion de un pueblo salvage, alarmado á la vista de unos extrangeros. Seguidos de una inmensa muchedumbre atravesamos el pueblo, sufriendo con impasibilidad cristiana toda especie de insultos hasta que llegamos á la playa donde creíamos que terminarían nuestros trabajos. Pero lejos de esto, no hicieron

sino aumentar : un muchacho atrevido acercóseme y me tiró del vestido. Por un movimiento de ira, y sin meditar las consecuencias, saqué la pistola que llevaba en el bolsillo, y disparé seis tiros; herí á dos de los pillos y dispersé á muchos que corrieron como gamos. A poco rato mas de quinientas personas nos habian rodeado, todo el populacho alarmado cayó encima de nosotros, nos tendieron en el suelo á fuerza de golpes, nos ataron las manos, y como viles criminales nos condujeron al palacio del *Ian tai*, ó mandarin del pueblo, en medio de los denuestos de una canalla sin freno.

Una vez en manos de la autoridad nos hallamos seguros, que esta generalmente es guíada por el deber. El mandarin nos hizo poner un par de argollas ó esposas en las manos; dió inmediatamente órdenes para preparar palanquines, y esa misma noche escoltados por mas de veinte tártaros, ó sean soldados, nos mandó, como quien dice, bajo partida de registro para Fu-tchéu, para ser entregados al virey de esta provincia quien debia disponer de nuestra suerte. El trecho, que por mar nos empleó solo veinticuatro horas, lo pasamos en tres dias en los incómodos palanquines, haciendo una infinidad de estaciones. Dos veces al dia los que nos custodiaban ponian á nuestra disposicion *cien chapecas* (un peso tiene mil cuatrocientas chapecas), con las cuales comprabamos al pasar por los pueblos algun alimento, pues nos habian quitado el dinero. Al fin despues de mil penalidades llegamos á Fu-tchéu , y fuimos entregados al virey. M. Burns se hallaba inconsolable; las lágrimas se le caian de los ojos, y como conocia la crueldad característica del chino, pensaba que seríamos entregados al ver-

dugo inmediatamente, y que no teníamos mas perspectiva que la muerte. Yo me hallaba indiferente, ignorando la gravedad de nuestra situacion y del peligro.

Mas nuestra hora no habia sin duda llegado : lejos de sufrir la suerte que temíamos, fuimos muy bien tratados en la prision, y puestos al dia siguiente á la disposicion del cónsul inglés M. Medhurst, quien nos repuso, naturalmente, en libertad. El reverendo padre Burns quedó escarmentado para no volver á intentar otra excursion semejante, y el susto le duró meses y meses despues de nuestra aventura. Esto pasó á fines de octubre del año de 1856, y á poco tiempo supimos en Fu-tchéu que en Canton habian comenzado las hostilidades entre Ingleses y Chinos. Si estas estallan un poco ántes, acaso hubiéramos sido mandados á Canton por el virey y allí se hubiera decidido de nuestra suerte : es seguro que nuestras cabezas se habrian ostentado sobre las murallas de la segunda ciudad del imperio. En los humanos sucesos la vida del hombre depende muchas veces de una circunstancia insignificante. Bendigamos á la Providencia por su divino amparo que conserva todavía mis dias.

CAPITULO X

Salgo de Fu-tchéu y vuelvo á Amoy. — Toco en Chinchen. — Regreso á Hong-kong y me impongo de los acontecimientos del rio de Canton. — Los chinos emigran. — Causas del rompimiento entre ingleses y chinos. — No se distingue la nacionalidad de los extrangeros. — Diablos con cabellos rojos. — Odio entre los habitantes de distintas provincias. — Patriotismo en China. — La escuadra del almirante Seymour al rededor de Canton. — Represalias y venganzas de los chinos. — Inquietud de los extrangeros. — Medidas de seguridad. — Angustias y conflictos. — Perdemos los criados. — Muerte de un capitan. — Asesinatos á bordo. — Muerte del vice-cónsul español. — Carácter de la guerra.

Asuntos de la emigracion reclamaban mi presencia en Amoy y tuve que partir precipitadamente de Fu-tchéu embarcándome á bordo de la goleta *anfionera* « Eamont » de la casa de Dent y Cª, una de las que hacen el tráfico del opio en la costa de China. De Fu-tchéu al puerto de Amoy hay solo unas cien leguas, y en un barquito tan velero como son estos *clippers*, y empujados por una de las nortadas del este que reinan en estos tiempos, no tardamos en llegar á nuestro destino despues de tocar en Chinchen, cuyo puerto aunque no está abierto al comercio extrangero abriga dentro de su seno multitud de barcos que van en busca de arroz, alcanfor y otros productos. Hoy dia es una de las estaciones principales para la venta del opio; las casas de Jardine y Dent tienen allí sus « *receiving ships*, » y es un punto de un gran comercio con los extrangeros.

En esta cuarta vez que visitaba el puerto de Amoy no permanecí mucho tiempo; tan pronto como hube despachado dos buques con colonos asiáticos para la isla de Cuba, regresé á Hong-kong á imponerme de los aconte-

cimientos de que acababa de ser teatro el rio de Canton. Desde el momento en que puse el pié de nuevo en la colonia inglesa, noté un gran cambio en todo, y las variaciones consiguientes á un estado de guerra. El « Club House » se hallaba invadido, lleno de comerciantes de Canton que habian salido huyendo : los chinos á su turno empezaban á emigrar de la colonia : de dia no se oia mas que el redoble del tambor publicando bandos para la seguridad de la ciudad, de noche el ruido de patrullas que recorrian de un extremo á otro de la isla. En fin, por todas partes veianse semblantes tristes, anuncios de hostilidades, y un manto de temor y desconfianza arropaba toda la poblacion. ¿Qué produjo esta trasformacion en tan pocos meses? — ¿Cuáles fueron las causas que acarrearon el rompimiento entre ingleses y chinos?

Poca honra por cierto hace á los ingleses los motivos que han ocasionado la ruptura entre las dos naciones, y que encendiendo la llama de la guerra en el centro del imperio chino han comprometido las relaciones y vidas de los europeos y demás extrangeros. Admirados se quedarán los hombres de otras generaciones al ver que tanta calamidad se haya traido sobre un pueblo por causas tan leves, por tan fútil pretexto. En los antiguos tiempos íbanse los hombres á las manos por la menor fruslería; las naciones eran igualmente á lo sumo susceptibles, y nada de extraño tenían combates por efímeras razones, ó por ceder á las pasiones dominantes de la época. Nadie deja de explicarse las causas que movieran los hombres á empresas tan descabelladas. Esas eran épocas luctuosas, el espíritu humano meciase aun blandamente en su cuna, y la humanidad todavía no se hallaba protegida á

la sombra del árbol de la libertad, ni estrechada entre los brazos de la mas amorosa de las madres : la civilizacion cristiana. Pero lo que no se comprende, lo que pasma de todo punto, es que en pleno siglo diez y nueve, llamado de las luces y del progreso, la nacion que tanto decanta filantropía y que se precia de ir á la vanguardia del moderno adelanto, sea la que con mano cruel encienda la tea de la discordia que va á consumir millares de fortunas, y millones de vidas humanas.

Toda la cuestion que dió márgen á la declaracion de hostilidades entre ingleses y chinos se reducia á lo siguiente : el virey Yeh de Canton reclamaba ciertos criminales, subditos de él, que se hallaban á bordo de la *lorcha* « Arrow, » que llevaba la bandera inglesa. El cónsul británico, M. Parkes, no quiso acceder á tan justa reclamacion del virey, quien enojado por tan extraña conducta, mandó que sus gentes sacasen por la fuerza las personas que reclamaba. Hay que tener en cuenta que la patente acreditando la nacionalidad de la embarcacion habia caducado en fin de setiembre, y que el atropellamiento referido tuvo lugar á fines de octubre (1856) : no habia por siguiente violacion de territorio, ni ultraje á la bandera. Pero no era preciso mas : los ingleses juzgaban que sí se habia insultado su pabellon, y el almirante sir Michael Seymour al punto se presentó con una fuerza imponente en las aguas de Canton para pedir reparacion. Si es justo que un simple cónsul, como M. Parkes lo era en Canton, sin mas atribuciones que las de un agente comercial, se mezclara en asuntos que no eran de su competencia, y se revistiera de funciones diplomáticas que no podia tener; y si es acertado que un

almirante sin previa declaracion de guerra por parte de los respectivos gobiernos cargase con la responsabilidad de comenzar las hostilidades, estas son cuestiones que cualquiera puede resolver fácilmente. Bástenos sentar aquí que así sucedió : que en vista de que *Yeh* se resistió á dar las satisfacciones pedidas, el jefe de la escuadra inglesa bombardeó sin pérdida de tiempo la ciudad. La que en un tiempo era una de las primeras ciudades del globo, quedó en su mayor parte destruida, y los barrios enteros donde ostentaba poco ha todas las curiosidades del arte y de la habilidad humana, fueron en pocas horas reducidas á cenizas. Solo escombros y balas se veian sobre los mismos sítios en que el viagero contemplaba las preciosidades orientales. Este acto de terrible castigo no fué, empero, impuesto sin la sancion ó aprobacion del gobernador de Hong-kong. Sir John Bowring, en efecto, estuvo en correspondencia algun tiempo con Yeh tratando de hacerle dar satisfacciones por el supuesto ultraje; pero este estuvo tan inflexible con el plenipotenciario y superintendente del comercio británico en China, como con el almirante, y á nada cedió : ni las amenazas, ni las súplicas, nada le arredró, nada fué parte á doblegar aquella voluntad de hierro, que tanto caracteriza al indómito tártaro. Esta tenacidad no disgustaba en nada al gobernador de Hong-kong, quien viera en un próximo rompimiento la oportunidad de recabar del gobierno chino todas las antiguas pretensiones de la Inglaterra. Es sir John Bowring un hombre de talento, dotado de una habilidad extraordinaria para las lenguas, poseyendo vastos conocimientos, en fin, un verdadero erudito; pero no es un hombre de tino político ninguno,

no tiene el don de mando, y es de un espíritu *camorrista* : así es seguro que sus consejos al almirante Seymour no serían ni los mas prudentes, ni los mas acertados. Este intrépido y bizarro marino acababa de llegar de Europa, en donde se habia cubierto de laureles en la guerra con Rusia, y acaso los humos de sus recientes glorias le envanecieran é hicieran ansiar por mayores en el Imperio celeste. Muy valida es la opinion que sir Michael Seymour tenía consigo instrucciones importantes de la corte de san Jaime, redactadas de antemano, y confírmalo así su precipitacion en aprovecharse del primer pretexto para romper con el gabinete de Pekin : no es por cierto á este gallardo jefe á quien podrá tildársele de aventurado ó imprudente.

Fácil es concebir la situacion de los europeos en China despues del impensado bombardeo de Canton : los comerciantes establecidos en esta ciudad aunque no habian perdido aun sus establecimientos ó sean los *hongs* conocidos con el nombre de *factorías*, que fueron respetadas por el almirante, no podian sin embargo continuar allí, y al momento emigraron á Macao y Hong-kong, en pos de seguridad.

Los que se hallaban diseminados en los cuatro puertos restantes y algunos puntos de la costa, sin proteccion de los buques de guerra, quedaron completamente á la merced de los mandarines, expuestos á mil peligros. ¿Quién quitaba que en su justa indignacion al ver los atentados cometidos en Canton por los ingleses, no vengaran la sangre de sus hermanos ó compatriotas sacrificando á los europeos en los puntos indefensos? El chino no tiene mas que pasiones y preocupaciones, y no procede

sino por ellas sin raciocinar, y distinguir las cosas. ¿Qué sabian ellos si los tratados, por ejemplo, se habian violado por el comisario imperial Yeh? ¿Si á los ingleses, en esta contienda les asistia la razon, si sus autoridades habian faltado á los principios de derecho internacional? ¿Son ellos capaces de hacer la distincion debida entre ingleses, y el resto de los extrangeros? ¿Entre los primeros con quienes se hallaban en guerra, y los otros que venian á comerciar á la sombra de la paz y del órden? No por cierto : para el chino todos los extrangeros son *diablos con los cabellos rojos;* á todos se les confunde bajo una misma denominacion, y en las épocas de oscilaciones y disturbios todos corren el mismo riesgo que los agresores — todos son enemigos. Afortunadamente, en esta ocasion, semejante ignorancia del chino, que tan perjudicial pudiera ser en ciertas circunstancias al extrangero, se halla compensada por el odio recíproco que hay entre los moradores de las distintas provincias. No existe, en efecto, en China aquel sentimiento nacional, aquel instinto patrio, que enciende los corazones del hombre civilizado y los anima de un fuego santo uniéndolos estrechamente : todos son intereses diferentes, y nada hay que los aliste bajo un solo pendon. El cantonense no tiene punto de contrato ninguno con el habitante de Fukien, así como este tampoco lo tiene con el de Tche-kiang : varian de idioma ó dialecto, de costumbres, y hasta de sentimientos. Con escaso dolor, por cierto, vieron los chinos de la parte septentrional los padecimientos de los cantonenses, y lo que es en Shanghae, llenáronse de júbilo y satisfaccion los chinos al saber la noticia del rompimiento, que como pueblo rival

por su comercio en sederias y tés, se regocijaba de la destruccion de su competidora. Hasta este grado lleva el habitante del Celeste Imperio su sed de oro : patria, familia, vida, todo, todo se sacrifica en las aras del dinero y de los intereses materiales.

Sentados los reales del almirante Seymour en el jardin de los europeos, habitando la factoría de Dent y Cª, donde tenia su cuartel general, situadas las hermosas fragatas de guerra « Sibylle, Nankin, Barraconta, » etc., al rededor de Canton, y en la espectativa de refuerzos para intentar nuevas operaciones por tierra, la guerra habia hecho una especie de pausa. Todo el rio hasta Whampoa estaba guardado por barcos de guerra ingleses, y los fuertes de la *Bogue* y *Dutch Folly* hallábanse tambien en poder de las fuerzas británicas. Como se observa, la política ó táctica que iba á seguirse era la de permanecer á la defensiva, aunque á la verdad nadie podia decir á punto fijo cuales serian los planes ó miras del almirante, y cada uno se perdia en conjeturas tratando de adivinarlas.

En este estado se hallaban las cosas cuando una circunstancia terrible vino á llenar de estupor y consternacion á los extrangeros, al propio tiempo que á despertar á los ingleses del letargo, ó situacion pasiva en que yacieran. Hacia ya cerca de mes y medio que habian empezado las hostilidades, y los chinos parecía que habian quedado aterrados del bombardeo y escarmentados para meditar alguna intentona. No sucedio así, empero, y ese silencio, esa calma que dominó en los suburbios de Canton, despues del estallido del cañon inglés, era la precursora de una pequeña tempestad : miéntras los ingleses se

hallaban dormidos sobre sus laureles, los chinos meditaban represalias y un acto de venganza de aquellos propios de su carácter, y que tan bien saben llevar á cabo. En la mañana del 1° de diciembre incendiaron todas las factorías europeas, y el fuego empezó por la de Dent en que estaba alojado el almirante : este plan diabólico lo condujeron con perfeccion, sin que las bombas y esfuerzos de los ingleses pudieran impedirlo absolutamente.

La noticia de este suceso, y el inmediato abandono del rio de Canton por los ingleses produjo una sensacion fatal en Hong-kong. No era solo la pérdida inmensa de propiedad y mercancías cuyo valor subia á muchísimos millones; sino el efecto moral que iba á producir el desalojamiento de los ingleses, y completa expulsion de extrangeros de Canton. Este hecho, además, hacía ver claramente que los Chinos estaban dispuestos á todo, que nada temian, y que si las balas del cañon inglés habian reducido á cenizas sus hogares y chozas, ellos tambien sabian á su turno hacer desaparecer en pocos momentos sus moradas y palacios. De todo es capaz el hombre cuando inocente de lo que le pasa, se encuentra de la noche á la mañana en la calle, sin techo ni lumbre, en la miseria, y acaso sin sus deudos mas queridos, que todos han sido muertos por el enemigo!

Por lo pronto y como consecuencia, todos los chinos que forman la mayor parte de la poblacion de Hong-kong, iban á envalentonarse y cobrar una osadía que inquietaba mucho la poblacion extrangera. El gobernador inmediatamente declaró la ciudad en estado de sitio: formóse una especie de guardia nacional compuesta de europeos, y fueron dictadas todas las medidas conducentes

á la seguridad de la colonia. No eran estas, sin embargo, las que podian salvar á los extrangeros, cuya desproporcion numérica era muy grande: en el *club*, donde yo me hallaba alojado, y que habia servido de refugio á todos los comerciantes de Canton, estábamos en gran peligro, componiéndose toda la servidumbre de chinos de aquella provincia. ¿Quién impedía que los emisarios de Yeh, que habia muchos á la sazon, sedujeran á los criados, y prepararan de repente un envenenamiento, incendio ó asesinato en masa? Todos estábamos enteramente entregados á la merced de nuestros bárbaros enemigos: vivíamos como por milagro, aguardando que de un momento á otro se consumara algun crímen atroz. ¡Qué dias y qué noches aquellas, Dios mio! Despues de oscurecer ya no se veían mas que patrullas, y un silencio sepulcral por toda la ciudad: á ningun chino le era permitido salir y transitar por las calles sin una linterna y un pase del jefe de la policía so pena de muerte. Cualquiera tenía derecho para darle un balazo, segun un decreto del gobierno, si se le encontraba sin el requisito del pase. Estos á su turno parecian muy humildes y sometidos con paciencia á todas las medidas que se tomaban contra ellos. ¡Ai de nosotros, sin embargo, si ellos hubieran tenido mas determinacion! Nada hubiera sido mas fácil que inmolar toda la poblacion europea, y apoderarse aunque momentáneamente de Hong-kong. Mas en los decretos de la Providencia no estaba sin duda que nos cupiera tan desgraciada suerte, y fuímos atravesando la crísis de agonía en agonía. En el interim y cuando nuestros temores tomaban creces circuló en Hong-kong una alocucion de Yeh invitando á todos los chinos que tu-

vieran capitales á salir inmediatamente de la colonia; dirigiéndose en particular á todos aquellos que se hallaban al servicio de los europeos, fulminando contra ellos mil anatemas, y amenazándolos con exterminar á todos sus parientes y allegados si no cumplian su mandato. Tan inesperado documento produjo un pánico terrible en toda la ciudad, y acabó de agravar la situacion. Era una declaracion terminante de guerra, una prueba irrefragable del encono que dominara al comisionado imperial contra los extrangeros. Los pobres chinos que se hallaban muy contentos con estos, á cuya vida y costumbres se iban haciendo poco á poco; y sobre todo aquellos que ganaban buenos salarios, sintieron desde luego tener que someterse á los decretos de su autoridad. Las penas con que se les conminaban no les dejaba eleccion; ante ellas debia ceder el interés del lucro, y demás consideraciones.

En breve hízose pública la alocucion ó proclama de Yeh, circuló por toda la ciudad, y los establecimientos y casas particulares quedaron privados de sus servidores y domésticos. Esta providencia á la par que encerraba una gran significacion política reducía á los extrangeros á una incomodidad irremediable. — ¡Qué hacer sin brazos en las labores ordinarias de la vida! — ¿Cómo procurarse criados y en donde? — Hé aquí lo que era muy difícil: algunos ricos comerciantes, dueños de buques que hacen el comercio con la India, sacaron algunos marineros de Bombay, y los dedicaron al servicio: otros, pagando exorbitantes salarios, consiguieron algunos indios de Goa ó macaenses; pero la gente pobre, que no podia entrar en fuertes gastos, sometióse á la

dura necesidad de servirse á sí mismo del mejor modo posible.

La escena de la pronta partida de la servidumbre china, fué triste y conmovedora: los *compradores*, especie de mayordomos, fueron los primeros que se despidieron: luego los criados de mano, y en fin, los sirvientes mas útiles, los llamados *coolies*. Hasta mi pobre criado, el buen *Achuy*, que me habia servido fielmente cerca de dos años, compañero en mis peregrinaciones, y á cuyo dialecto chino ya me habia acostumbrado, hasta él vino un dia con las lágrimas en los ojos á decirme adios. Nada le habia faltado conmigo. Como le pagaba mas que lo que generalmente se acostumbra, siempre estaba muy lujoso con sus cabayas de seda, su calzon y sus zapatos de terciopelo. ¡Y ahora, iba el pobre á quedar en la miseria, sin ocupacion, y á sumergirse en el campo! Hay cosas al parecer insignificantes en las guerras, sobre todo en las de raza, ó sea entre naciones de extraña civilizacion, y que son terribles. Las mas veces el inocente es el que mas sufre, y es la primera víctima.

La situacion iba complicándose cada dia, y haciéndose azarosa en extremo: tras de la súbita partida de mas de cuatro mil chinos de la ciudad, vino otra noticia que alarmó mucho á la poblacion. Todos los abastos para la subsistencia de los habitantes de Hong-kong vienen de un pueblo situado hácia la parte del frente llamado Kowlung; cuanto se consume en el ramo de carnes, legumbres, etc., viene al mercado de este punto, que la isla de Hong-kong, árida é inculta, nada produce para el alimento ó sosten de la poblacion. No tardó el mandarin de dicha jurisdiccion, en avisar á los traficantes y emplea-

dos en trasportar víveres á Hong-kong, que no continuasen haciéndolo, y en publicar una proclama amenazando con dicha suspension hasta que terminaran las hostilidades con Canton. Tan desagradable nueva fué recibida con suma pena, y demandaba una pronta atencion : era preciso obligar por la fuerza al mandarin á variar su inesperada determinacion. Hízose así, mandando el almirante Seymour un buque de guerra con despachos del gobernador de Hong-kong, y no fué preciso recurrir á la fuerza, que intimidado con las simples amenazas y aparato, al punto mandó dar contraórden y ofreció las mayores satisfacciones. Esta medida restableció un tanto la tranquilidad, mas no dejó los ánimos muy satisfechos, pues que conocida ya la mala disposicion del mandarin era natural sospechar sus intenciones y sus actos. Todos temiamos un envenenamiento ú otra cosa semejante imposible de evitar, y muy fácil de tramarse por los sicarios chinos que tenían en sus manos todos los medios para quitarnos la subsistencia y la vida. Poco tardaron en realizarse estos temores como veremos mas adelante.

Desde la quema de las factorías todas las fuerzas navales se habian concentrado en Whampoa, Boca Tigris y el pasage ó canal de Macao : el almirante hallábase á bordo del navío Calcutta en el primer punto, y era preciso establecer una comunicacion pronta y frecuente con Hong-kong. Dispúsose para ello que los vaporcitos-correos Thistle, Shainroe y Rose, hicieran esta travesía diariamente, para llevar no solo despachos, sino víveres y pertrechos de guerra para la escuadra. Por algun tiempo hicieron sus viages con regularidad, yendo y viniendo

sin ser molestados en lo mínimo; pero bien pronto las circunstancias variaron, haciéndose á lo sumo peligroso ir en dichos vapores, y teniendo por último que renunciar á esa línea.

El «Shainroe» fué el primero que atacaron los piratas, habiendo escapado por una casualidad de caer en sus garras; pero lo averiaron á balazos pereciendo en la contienda el pobre capitan, á quien se dice le cortaron los chinos la lengua y le hicieron experimentar toda especie de sufrimientos y torturas. Mas lastimosa fué todavía la pérdida del otro vapor « Thistle » acaecida el 30 de diciembre : embarcáronse en Whampoa varios pasajeros chinos al parecer con destino á Hong-kong, que resultaron ser soldados del mandarin disfrazados, los cuales asesinaron en el tránsito á todos los que se hallaban á bordo, europeos, malayos, manilos, á todos, sin distincion de país : luego pegaron fuego al barco, y se escaparon llevando por trofeos las cabezas de las infelices víctimas para ser presentadas á Yeh, quien habia ofrecido una gratificacion de 500 fr. por cada cabeza de *fanguai* ó extrangero. Hallábase entre los desgraciados que sucumbieron el malogrado jóven español don Francisco Dias de Sobre Casas, vice cónsul de S. M. C. en Macao, que fué asesinado en su camarote del modo mas villano : habia ido á Whampoa á llevar unos carpinteros para acelerar la composicion del vapor español de guerra Jorge Juan, que se hallaba á la sazon en el hastillero de M. Cooper. Este pobre jóven fué pues una triste víctima de su celo por los intereses nacionales : el 27 del mismo diciembre le habia visto en Hong-kong, risueño, lleno de vida y esperanzas; el 30 lo aguardábamos á co-

mer de regreso de Whampoa, y en lugar de su persona lo que recibimos fué la infausta noticia. Deja el señor Dias una jóven y preciosa viuda para llorarlo; numerosos amigos para sentirlo.

La guerra iba convirtiéndose en una matacía parcial y horrenda : en un cúmulo de tragedias diarias, que llevaban el terror al pecho de todos nosotros, y que se quedaban impunes. Era la lucha del bandido, la guerra del pirata, que hostilizaba con sus armas favoritas del asesinato, del saqueo, del incendio, del envenenamiento. Juzgue el lector si era agradable nuestra posicion en China en la época que vamos recorriendo : los acontecimientos que se pasaban en esta parte del globo eran terribles, y cuando vino la catástrofe del « Thistle » el pánico fué completo. Todos esperábamos que al desaparecer el año de 1856 desaparecerian tambien las calamidades, y que la aurora del nuevo año marcaria una era, si no mas venturosa, al ménos no tan aciaga ni agitada.

CAPITULO XI

Los ingleses abandonan Whampoa. — Consecuencias. — Destruccion de varios edificios.— Muere miss Cooper por salvar á su padre.— Proclama del mandarin Yeh. — Manifiesto del pueblo de Canton.— Representacion á sir John Bowring. — El parlamento y el ministerio británico. — Envenenamiento. — Emigracion á Macao.— La luna de febrero. — Regocijos chinos en su año nuevo. — Llegan tropas de Ceilan. — Toman los chinos el vapor « Queen. » — Lord Elgin, ministro plenipotenciario. — Fines de la guerra. — Suspension de hostilidades. — Levantamiento en la India. — Misioneros españoles asesinados en Cochinchina.

Frustradas fueron, empero, todas nuestras esperanzas, vanos todos nuestros deseos y cálculos : el horizonte ha-

llábase siempre encapotado, nuevas nubes venian diariamente á oscurecerlo, y ni un rayo de luz brillaba siquiera para traernos consuelos al corazon, tranquilidad al espíritu. La tempestad, en efecto, tomaba creces, y la bóveda que cubría esta parte de la China estaba impregnada de mil elementos discordes : era el natural efecto del choque producido por la electricidad moral de las dos antípodas civilizaciones.

Las hostilidades de los chinos obligaron á principios de enero á los ingleses á abandonar la estacion de Whampoa, punto de la mayor importancia para las futuras operaciones. No bien hubiéronse alejado los buques de guerra, que los chinos cayeron como perros de presa sobre los almacenes y demás propiedades europeas que existían en dicho punto, y en breves momentos destruyeron todo. Solo los muelles y los famosos edificios navales recientemente construidos por los señores Cooper y Tomas Hunt valían mas de trescientos mil pesos, que desaparecieron en un instante. Y no era únicamente las pérdidas pecuniarias lo que tenia que lamentarse, otras aun mas sensibles ocurrieron inmediatamente : todos los europeos que se hallaban en los establecimientos mencionados fueron asesinados sin misericordia, y el desgraciado anciano M. Cooper sacado de su casa y llevado al interior sin que se haya podido saber nunca de su paradero. Refiérese que esto dió lugar á una escena trágica : M. Cooper vivía con su hija, jóven y hermosa americana de diez y ocho años; cuando fueron á prender al padre, al momento se arrojó ella sobre los bandidos tártaros para defenderle; luchó á brazo partido con ellos, hasta que cayó tendida atravesado su pecho con muchas

puñaladas. ¡Cuan bárbaro debe ser un pueblo para no respetar una jóven, una muger, que se presenta en defensa de su padre!

Con semejantes acontecimientos los chinos cobraban mas brios, y se envalentonaban diariamente: el abandono de Whampoa por las fuerzas navales británicas, no hay duda que fué un triunfo moral completo para los chinos, una señal explícita de debilidad. En tiempo de revolucion ó guerra, si la parte agresora se retira, ó permanece sin ganar terreno, esto suele equivaler á una derrota: los unos desfallecen, en tanto que los otros cobran ánimo y valor. Esta verdad tiene mucha mas aplicacion en pueblos como el chino, que no comprende las posiciones respectivas de los ejércitos; que no se cura de indagar los recursos ó miras del enemigo, y solo juzga por lo que vé, por resultados.

Fácil es preveer cual seria la situacion de los extrangeros residentes como yo á la sazon en la colonia inglesa. El dia 6 de enero vino á aumentarse nuestro peligro con dos escritos que se pusieron en todas las esquinas, y que naturalmente iban á concitar mas y mas la poblacion china. Voy á traducir á mis lectores una de estas piezas que á la par que le hará conocer mejor la situacion crítica que atravesábamos, servirá para darle una idea de lo que es el estilo oficial del pueblo chino.

PROCLAMA.

« Yeh, gobernador general del Two Kwang, publica el edicto siguiente para los soldados y el pueblo.

« Desde que me hice cargo de mi destino os he debido

mil favores, á vos pueblo. Me habeis considerado como vuestro padre, y yo á mi turno os he mirado como á hijos mios. Cuatro años ha levantáronse los rebeldes por centenares y millares, y vosotros supisteis con admirable denuedo resistirlos y no dejar un fragmento, ni un átomo de sus restos, — quedaron completamente exterminados. Siempre que habeis tenido ocasion habeis mostrado vuestros méritos para con la nacion. Ahora los bárbaros facciosos han levantado el estandarte de la rebelion, atacando nuestra celestial dinastía, destruyendo nuestros fuertes, quemando nuestros establecimientos y tiendas, incendiando nuestros hogares, hasta la choza del pobre, y haciendo la guerra á la ciudad. En este conflicto, la pena que me han causado semejantes sucesos ha penetrado hasta la médula de mis huesos, y vuestra ira naturalmente ha debido despertarse. Pues bien, yo he recibido los mandatos imperiales. « Sostener con firmeza, pelear « resueltamente, subvenir á las necesidades de la guerra « con los recursos del tesoro público, bloquear el rio y « el mar, barrer, echar fuera hasta el último de los « bárbaros. » Es preciso que vosotros pongais todos los medios en beneficio del imperio, y que como valientes soldados me ayudeis para que no quede un fragmento de los ladrones extrangeros. Si diese la casualidad que alguno de entre vosotros hablare de paz, ese será juzgado y se le aplicará la ley marcial. Ah ! si no amase á mi pueblo como á hijo, de seguro que los bárbaros lograban alucinarlo ! Es preciso que seais fieles, y que con un corazon puro obedezcais y tembleis. »

El otro escrito era un manifiesto del pueblo de Canton : al través de ese lenguage ampuloso, de ese estilo,

peculiar de las naciones orientales, descubrense claramente los sentimientos de los chinos respecto á los extrangeros, y defínese perfectamente la situacion. La referencia que se hace en esta última alocucion respecto á que *algunos comerciantes que tenian sociedades de comercio con los bárbaros estaban interponiendo su mediacion*, para impedir la continuacion de las hostilidades, es un hecho, que hace mucha honra al pueblo cantones. La representacion elevada á sir John Bowring por los comerciantes y encabezada por Howqua, el gran potentado de China, sócio de la gran casa americana de los señores Russel, es una pieza llena de moderacion, y en la cual brilla buen juicio y cordura.

« Nosotros los cantonenses, dice al principiar esta representacion, hemos visto la luz primera, nos hemos criado en este caro lugar : unos hemos sido educados para el comercio, otros para la carrera pública; pero todos sin distincion tenemos nuestras propiedades, nuestros capitales, y nuestras fuentes de alimento y subsistencia en esta ciudad. Y para millares de individuos es nuestro amparo y nuestra cuna.

« El negocio de la « lorcha » es una bagatela, y no podia considerarse causa suficiente para tanta animosidad : no era por cierto una ofensa de tal magnitud que no hubiese sido fácil olvidarla. Y sin embargo vosotros habeis de repente tomado las armas, y habeis estado cañoneando la ciudad durante muchos dias, destruyendo así y matando infinidad de gente. ¡Cuántos ancianos, cuántas mugeres, cuántos niños, cuánta criatura inocente no habeis hecho perecer! Y ahora bien : ¿Qué injuria habeis recibido de este pobre pueblo para imponerle

semejante castigo, y hacer recaer sobre él tal cúmulo de calamidades? »

Y luego, concluye, variando un poco el tono de este modo :

« No es prudente confiar demasiado en la fuerza, es preciso confiar primeramente en la Providencia : hay un punto sobre el cual no debeis olvidaros : nuestras autoridades no son perpetuas, están expuestas á ser cambiadas cualquier dia, y la de Kwang-tun puede muy bien seguir esta ley. En ménos de un *abrir* y *cerrar de ojos* puede caer; pero el antiguo mercader, el negociante honrado ha permanecido aquí generacion tras de generacion, de abuelos á nietos, de padres á hijos, por siglos y siglos sin interrupcion. ¿Habeis, por ventura, reflexionado en el lejano porvenir? ¿Sabeis que injuriar de este modo al pueblo cantonés es atraeros millones de enemigos? Miéntras mas tiempo duren las hostilidades, mas honda raiz tomarán las animosidades y rencores. Bien vemos que está en vuestras manos llevar la cuestion hasta el extremo, y lastimar cuanto es posible nuestro pueblo. Es horrible contemplar sobre las consecuencias que tamañas injurias puedan traer : puede muy bien acarrear la exterminacion de todo ser viviente en Canton. ¿Y qué habreis ganado con esto? ¿Qué va á resultar de todo el comercio con las demás naciones, que se halla á la vez comprometido? »

La respuesta del gobernador de Hong-kong fué un tanto enérgica, y asaz belicosa, no dándoles á los representantes la menor esperanza de un amistoso arreglo. Ni estaba tampoco en sus facultades hacer esto, ni prometer la oliva de paz, que el almirante Seymour era

quien había roto el fuego y cargaba con toda responsabilidad.

« Las operaciones en que se halla empeñada, decía el plenipotenciario británico en su contestacion, la marina inglesa, han sido la consecuencia necesaria de la obstinacion y terquedad del gobernador general Yeh. Habiendo su *ejecutivo* insultado el pabellon inglés, y apoderádose de personas que se hallaban á su sombra, ha evadido toda satisfaccion que se le ha pedido por este acto, obligando con tal conducta al almirante á pasar de una medida coercitiva á otra. No hay duda que en la contienda habrán perecido muchos habitantes y que se habrán destruido muchas propiedades : la responsabilidad de todo esto debe recaer sobre el gobernador general únicamente.

« Los intereses comerciales han debido naturalmente padecer; pero estos deben derivar su seguridad del fiel y estricto cumplimiento de los tratados : solo en su violacion corren riesgo estos intereses. El comercio es una cosa muy importante; pero para la nacion británica no es tanto como su honor, y no está en las facultades de un ministro británico anteponer estos intereses cuando está de por medio el honor nacional.

« Su Excelencia el gobernador sabe ya con qué poder va á tener que luchar, y ya podrá juzgar con certeza que nuestras amenazas se han cumplido. ¡ Ojalá los peticionarios le aconsejaran que vuelva sobre sus pasos! ¡ Ojalá reflexionen que en nuestras manos está el llevar á cabo una venganza terrible, y que mas le valiera á su autoridad ceder miéntras es aun tiempo para ello. »

Pero esta autoridad tampoco podía ya ceder : el pueblo

cantonés estaba exasperado, y solo clamaba por venganza. ¿Qué puede hacer un gobernante cuando arde con fuerza la llama de la discordia en el corazon del pueblo? La guerra, pues, se hallaba declarada de hecho por ambas partes; pero no podia tomar cuerpo, por las respectivas posiciones oficiales de los autores de ella. El gobernador general Yeh, temeroso de la ira imperial, trataba de proceder con la mayor cordura, de contener el desarrollo de las pasiones populares, y despachaba constantemente del Yamung correos consultando á Pekin sobre las medidas y curso de conducta que debia adoptar. El almirante Seymour y sir John Bowring á su turno aguardaban saber la impresion que causara en el gobierno y nacion británica la noticia del rompimiento, y tambien sus respectivas órdenes. Así se provocó ó empezó una contienda que no podia seguirse adelante como lo exigía la necesidad de conservar ese prestigio moral de fuerza tan necesario para todo pueblo, y mucho mas para el inglés : se trabó una lucha desigual y encarnizada, cuando ni aun siquiera se habian aprobado las razones ó pretextos que dieran márgen á ella, por los gobiernos de cada una de las dos naciones.

Fácil era preveer como se consideraría la cuestion, y las medidas que se dictaran para salir de lo que llamaban la « dificultad de Canton. » No bien se supieron en Lóndres las noticias, que el parlamento se reunió para deliberar sobre ellas; pero en su seno predominó el partido sensato, que viendo la cuestion bajo el prisma despreocupado de la razon, reprobó la conducta de las autoridades inglesas en Canton, y abogó por la paz y por el pronto restablecimiento de las relaciones amistosas. Der-

rotado el ministerio encabezado por lord Palmerston, convocóse otro nuevo parlamento, se apeló al pueblo, y desde luego triunfó en la nueva arena el partido del gobierno, el defensor de la continuacion de la guerra. Jamás se ha dado el ejemplo de dejar desairada la autoridad inglesa en el extrangero; este es un principio de política que ha guiado siempre al gobierno británico, y la conducta de sus agentes ora haya sido desacertada, ora imprudente, siempre es aplaudida y aprobada. Cuando está de por medio el nacionalismo, todas las pasiones de partido callan en Inglaterra.

La expectativa, el *statu quo*, aguardar refuerzos de Europa, hé aquí pues lo que hacía el almirante en China, persuadido que nada importaba ni adelantaba con tomar á Canton si no podia conservarse en la ciudad y sostenerla hasta el último trance. Pero la inmensa distancia que media entre Europa y esta parte del Asia, no se vence sino en muchos meses, así es que muy lejana se veía la época del verdadero principio de la guerra. En el interim las ansiedades continuaban, y los pobres extrangeros éramos las víctimas de este retardo, y de las complicaciones de la situacion.

En tanto que la voz del orador inglés resonaba en la cámara de los comunes, en la mente del bárbaro tártaro de Hong-kong bullia el pensamiento mas diabólico y maquiavélico que registran los anales de la moderna historia. En un solo dia, en unos pocos momentos toda la poblacion europea de la colonia quedó envenenada por medio de arsénico introducido en el pan. Pero la Providencia, que vela por la suerte de los pueblos y de los hombres, quiso que el tósigo no fuese suficiente y que

las desgracias de tamaño atentado no fueran tan grandes. Jamás olvidaré aquella mañana del 15 de enero de 1857 en que se consumó esta horrible tentativa de envenenamiento en masa : hallábame en el club, estaba almorzando, cuando entró el secretario don R. Carvalho y me avisó que el pan que se habia distribuido estaba envenenado. Felizmente no lo habia tomado aun, apénas tenia una tajada en la mano que no habia acercado todavía á los labios, y que al momento dejé caer. Juzgue el lector como me quedaria cuando se me ocurrió que tal vez el resto de los alimentos estarían lo mismo : arrojé pues todo de mi vista y levantéme de la mesa. Ya el veneno estaba haciendo sus efectos en los que almorzaron temprano : en todos los cuartos del club no se oía mas que arcadas producidas por los eméticos que cada uno tomaba para salvarse; por fuera todos pasaban desencajados, sufriendo mil agonías y apénas teniendo valor para preguntar al amigo si habia tomado pan. Era, en fin, horrible el aspecto de una poblacion sufriendo las punzadas de la muerte, y mas horrible aun el alarma de perecer de un momento á otro á manos de un villano chino. El terror veíase pintado en los semblantes, el pánico se habia apoderado de nosotros. La situacion era insoportable, lo mas pronto posible precisaba salvarse cada cual para no ser víctima de alguna alevosía. ¡Qué hacer! ¿Ir á Macao exponiéndome á ser asesinado en el vapor, ó quedarme en Hong-kong expuesto á ser envenenado el dia ménos pensado? Decidíme por lo primero, porque era menester tomar un partido, decidirme por alguna cosa.

Entre los trances apurados en que puede hallarse un viagero, no hay ninguno que pueda compararse con el

de encontrarse en un país semi bárbaro que de repente se pone en hostilidades con otro; pero cuando la guerra es tan ciega que no respeta las leyes naturales ni los principios civilizadores como sucedia en China en la época en que escribo, allí no hay existencia posible, la vida es un tormento y angustia perenne. En el seno de una sociedad semejante se vive sin garantías, sin seguridad, sin el goce de aquellas inmunidades que conceden ciertas leyes prescritas por la humanidad, y sancionadas por la costumbre en todo pueblo culto. En cualquier punto de Europa, así como en cualquiera de América, el viagero que no toma cartas en las escenas políticas siempre goza de garantías y es respetado, y ¡pobre del partido que lo veje y ofenda! que ahí está su gobierno para demandar reparacion del insulto! Pero en el Celeste Imperio, donde lo mismo es ser inglés que francés, español, ruso, turco ó americano, donde todos son *fanguais*, demonios de Occidente, en épocas de conmociones políticas el viagero corre todo género de peligros.

Macao era realmente el único punto que brindara alguna seguridad al extrangero, y allí habian afluido todos los comerciantes europeos arrojados de Canton, y todo el que podía salir de Hong-kong. No hay duda que la guerra vino á redundar en beneficio de la colonia portuguesa, trayendo en pos de la corriente de emigrados el comercio y la prosperidad consiguiente. No se crea sin embargo, que la seguridad estribaba en sólidos recursos ó fuerzas materiales para rechazar un ataque de los chinos; la guarnicion de Macao apénas alcanzaba á unos 200 hombres mal armados, y nada hubiera sido mas fácil para Yeh que mandar por tierra un ejército com-

puesto de cuatro ó seis mil hombres que hubieran muy en breve reducido la plaza, apoderádose de los fuertes, y dispuesto de todas nuestras vidas á su antojo. En nuestro asilo estábamos pues confiados en la seguridad moral que inspiraban las buenas relaciones existentes entre chinos y portugueses : nuestras vidas dependian de la buena fé de los mandarines, y mas que todo de la proteccion que nos dispensara la divina Providencia.

Al acercarse, empero, la primera luna del mes de febrero, fecha que correspondía al año nuevo chino, aumentaron nuestras zozobras, y subió de punto nuestra inquietud temiendo que los chinos no dejasen pasar su fiesta sin sacrificar particularmente á los extrangeros residentes en Hong-kong. El dia de año nuevo en China, es el dia mas solemne, la mayor fiesta; la única época de regocijo y descanso : desde la aproximacion de este dia las calles se ven llenas de gente, un movimiento extraordinario reina por todas partes, y en todas las clases de la sociedad. Es porque al fenecer el año todo chino liquida sus cuentas, paga todas sus deudas, y arregla todos sus negocios : desgraciado del que no lo pueda hacer así, que al momento perderá el crédito, y caerá en desdoro su reputacion. El dia del año nuevo es insufrible, desde que rompe el alba empiezan los pistoletazos, los voladores, los triquitraques, en fin todo género de fuegos artificiales : los *coolies*, llevando, en enormes bandejas cubiertas de flores, lechoncitos asados para regalar á los amigos, se cruzan por todas partes, así como las preciosas cajas de maque ó alcanfor llenas de curiosidades orientales, ó del rico té de Pekoe : todos los establecimientos se cierran este único dia, y el industrioso chino sale á ostentar

sus ricos trages por la calle, en medio del contento y la general algazara. Por la noche todas las pagodas ó templos chinos se hallan abiertos, y todo el mundo se hace un deber de asistir á ellas para quemar papel y arrojarlo en pailones de hierro, con el fin de consultar los ídolos de Budha, y saber su suerte ó estrella en el año que entra. Esta costumbre es inveterada, entra en las instituciones y deberes religiosos, y por ningun motivo renuncia á ella un habitante del Celeste Imperio. El gobernador de Hong-kong, temeroso de que los chinos abusando de la libertad que gozan en este dia, premeditaran y llevaran á cabo algun horrible proyecto, como un incendio de la ciudad ú otra cosa parecida, prohibió la celebracion del año nuevo en la colonia por un severísimo decreto. Desde el momento en que se publicó, todos prevímos la indignacion que semejante medida iba á producir en los ánimos de los chinos, que todo toleran ménos que se les ataque en sus costumbres y supersticiones. Afortunadamente algunos ricos comerciantes interpusieron su mediacion, predicaron al pueblo, y lograron por este medio aplacarlo y mantenerlo quieto. El año nuevo pasó al fin tranquilamente, dando así la poblacion china el ejemplo mayor de moderacion y cordura. Por la vez primera unos cuantos millares de habitantes de este Imperio dejaron de saludar con estrépitos la salida de la luna que marcara su nuevo año.

Pasada esta época puede decirse que la situacion habia hecho crísis, y los temores iban á ménos diariamente: ya á principios de marzo llegó el vapor « Zenobia » con 600 soldados de artillería de Ceilan, nuevos refuerzos se aguardaban por momentos y todos empezábamos á cobrar

brios y á animarnos un poco. ¡Con qué placer no verían los extrangeros en Hong-kong desembarcar las primeras tropas! ¡Qué gusto, ver en medio de la general angustia, cuando se está aguardando por momentos la muerte, ver, repito, llegar seiscientas bayonetas libertadoras! Los empleados, los comerciantes, las mujeres, los niños todos, todos salieron á su paso á recibir y abrazar á los soldados. En cualquier circunstancia es agradable ver los soldados de la patria, pero ciertamente en ninjuna mas que cuando estos defensores de la nacion, atraviesan inmensas distancias para volar á defender sus hermanos de la cuchilla de pueblos extraños por su raza, religion, idioma y costumbres.

Los chinos, sin embargo, no se intimidaban con nada de esto, y fué casualmente por este tiempo que repitieron otra escena de horroroso arrojo, tomando por asalto el vapor « Queen, » en su viaje de Hong-kong á Macao, y sacrificando á todos los pasajeros. Desde el principio de la guerra, y despues de la catástrofe del « Thistle, » los capitanes tomaban todas las precauciones posibles en los vapores para evitar que los chinos se levantasen, y todos los pasajeros iban armados siempre con revolvers al cinto; pero en esta ocasion se descuidaron nuevamente, y miéntras se hallaban á la mesa, los chinos formalizaron el ataque con el éxito mas completo. Semejante atrevimiento, cometido á pocas leguas de Hong-kong, causó sorpresa grande, y volvió á sembrar, en los ya un tanto apaciguados ánimos, la consternacion y tristeza. ¿Qué hacía esa formidable escuadra inglesa, preguntaba cada cual, que ni siquiera protege los vapores que cruzan entre las dos colonias europeas?

Difícil era domeñar el orgullo y altivez del chino: mas difícil aun el poner á cubierto y salvas las vidas de los europeos, que tamaña é importante mision no estaba en manos ni en poder de los declaradores de hostilidades. Aguardar era el plan hasta que llegaran diez mil hombres de Europa é India: la espectacion era la política del almirante.

Cada dia en efecto iban llegando nuevos refuerzos, y ya por el mes de mayo tenía sir Michael media docena de lanchas cañoneras que tanto necesitaba, y mas de cinco mil soldados entre europeos é indios. No tardó por cierto el denodado almirante en hacer servir sus nuevos recursos, y en breve destruyó, valiéndose de las lanchas cañoneras « Staunch y Sterling, » las bandas de piratas que infestaban la costa. Es de notarse entre estos combates el célebre encuentro en el punto denominado « Fahhan Creek, » en que mas de 200 juncos piratas fueron reducidos á cenizas, cubriéndose de gloria en esta jornada el valiente comodoro Keppel.

En tanto que el cañon inglés destruia los bajeles piratas en China, ya en Inglaterra se habia resuelto la cuestion nombrando un ministro plenipotenciario especial para que se dirigiera inmediatamente al teatro de la guerra, y apagara la llama ó la estendiera si fuese necesario. Era la mision de que estaba investido lord Elgin, cosa que no dejaba de ser rara por hallarse ya acreditado en el mismo país otro ministro plenipotenciario de la reina de Inglaterra. Pero á manera de los comisionados imperiales en los pueblos de Oriente, la reina Victoria habia querido enviar cerca de la corte de Pekin, un representante cubierto de todos los títulos y reves-

tido de todo el aparato y pompa que exígia la magnitud de la mision que se le confiaba. El ex-gobernador del Canada tuvo la honra de merecer este cargo que seguramente habrá sido el mas delicado é importante de estos últimos tiempos, y á buen seguro que la eleccion no pudo recaer en persona mas hábil é inteligente.

¿Cuál era en efecto la verdadera cuestion que se agitaba á la sazon en China? ¿Qué intereses mediaban, qué principios se ventilaban por encima de la insignificante disputa de Canton? Hé aquí lo que no podia ocultarse á los ojos del hombre ménos avisado en las grandes cuestiones que vienen ocupando las sociedades modernas.

La inmovibilidad del imperio celeste en medio del general y comun movimiento intelectual, moral y material de la época, no puede existir por mas tiempo; su modo de ser social y político es un verdadero anacronismo; es preciso que cambie completamente; es, en fin, indispensable abrirle al comercio del mundo, á la civilizacion universal. Al pueblo inglés está reservada la primera mision, al francés la segunda, á ambos la gratitud de la humanidad.

Las costas de la Arabia y el golfo de Persia ya están reviviendo al influjo saludable de este movimiento, y despertando del letargo en que han permanecido por tantos años. Hasta la horrible Aden, esta árida roca donde no crece ni la ortiga, es hoy un punto de importancia y comercio. El leon británico empujado por las ideas del siglo, ha rasgado el velo misterioso que cubria el Oriente, y ha ido á parar á las márgenes del Yang-tse-kiang, en cuyo abrevadero cobra fuerzas para continuar su marcha hasta los recintos de Pekin.

Pronto veremos pues levantarse, al lado de las caprichosas pagodas, nuestros magníficos templos, y ostentarse majestuosa, por encima de los dragones y ridículos ídolos del budismo, la santa Cruz, el precioso símbolo del catolicismo. El chino comprenderá la mision de los que hoy parecen enemigos, y dejando de ser siervo miserable, reasumirá su categoría de hombre libre; la débil y hasta aquí infeliz mujer cesará de ser *cosa* para ser *persona*, y de la horrible situacion de esclava pasará á ocupar el lugar que la Providencia le destinara en la sociedad; será la compañera del hombre y el ángel de la consolacion. Los palacios encantados, los mandarines con sus fantásticas y pomposas vestiduras, todo el aparato de magia y misterio pronto desaparecerá; la China de las novelas se convertirá en un pueblo civilizado, y allí se verá una vez mas cumplido lo que el Señor predijo por boca de Isaías: « Del Oriente traeré tus hijos, del Occidente te congregaré [1]. »

He aquí sin duda lo que mueve las dos naciones mas poderosas de la tierra, y he aquí por que tan afanosas se han mostrado en aprovecharse de la menor coyuntura; que en el órden político y social como en el físico, los acontecimientos mas notables suelen ser hijos de las causas mas triviales y de los hechos al parecer mas insignificantes. Presurosas, por cierto, se han hallado estas dos potencias en mandar sus plenipotenciarios, y segun se asegura ambos vienen con los mismos poderes, é investidos de iguales facultades para poder recabar del gobierno chino lo siguiente:

[1] Ab Oriente adducam semen tuum, et ab Occidente congregabo te. (*Isai*, XLIII, 5.)

1° Tener un embajador ó representante con residencia en Pekin;

2° Apertura de nueve puertos en lugar de cinco;

3° Estricta ejecucion de los tratados;

4° Apertura de toda la ciudad de Canton, y acceso de los extranjeros en el interior;

5° Revision de los antiguos tratados con el objeto de facilitar el comercio.

Fácil es colegir que logrado esto, la grande obra de la regeneracion de la China es una cosa hecha y que es solo materia de tiempo. Acaso ántes de dar punto á estos recuerdos pueda consignar en sus páginas, cual ha sido el resultado de las negociaciones que han de seguir á las hostilidades interrumpidas por el levantamiento de la India.

Las noticias llegadas de este país, á principios de mayo, anunciando los levantamientos de las tropas criollas (cipayos), y la carnicería cometida en las personas de los jefes y militares ingleses, produjo una gran consternacion, paralizó las operaciones contra Canton y determinó la marcha precipitada de lord Elgin á la India. El efecto moral de esta medida fué fatal: los chinos, que no serán políticos hábiles, pero que tienen sagacidad suma y astucia en muchos quilates, cobraron ánimo y veían en la súbita partida del plenipotenciario británico, á quienes llamaban el *hombre número uno*, un signo de verdadera debilidad y derrota. Salvar la India seriamente amenazada, era lo principal para la Inglaterra, y ante todo era preciso acudir allí para apagar la llama de la sublevacion. Así fué que todos los refuerzos que venian para China fueron detenidos en los estrechos de Sund y dirigidos á la India inmediatamente.

Aquí terminó pues el primer período de la guerra con los chinos, y se abrió un gran paréntesis que podia aumentarse segun el curso de los sucesos en el otro extremo del Oriente.

Al mismo tiempo que todo esto se pasaba recibíamos la noticia de un suceso muy lamentable ocurrido en Cochinchina en la parte llamada *el Tonkin central.* El padre Roy, procurador de las misiones católicas españolas, acababa de recibir un propio anunciándole la prision de sus compañeros, los misioneros dominicanos, por los mandarines de aquel lugar. Miéntras los misioneros estaban entregados á sus oficios y devociones fueron presos del modo mas bárbaro; al respetable señor obispo lo cargaron de cadenas, le pusieron la *canga* y le hicieron sufrir toda especie de torturas. No bien supimos estas infaustas nuevas en Macao, que, junto con el señor de Cañete, cónsul general de España, acudimos al ministro de Francia solicitando nos diera un vapor para ir á rescatar á los desgraciados padres, pues la España á pesar de sus intereses en estos mares, no tenia ni un solo buque de guerra á quien pedir auxilio. Elevada nuestra peticion al almirante francés, al momento prestóse á llenar nuestros deseos, y los vapores *Catinat* y *Lily* partieron sin dilacion alguna al punto de los atentados. Desgraciadamente al cabo de dos meses regresó la expedicion trayendo solamente al padre Reaño, jóven dominicano, y el único que escapó de los infelices misioneros; todos los demás, inclusive el señor obispo, fueron pasados á cuchilla á fines del mes de julio, y sus cuerpos reducidos á pedazos por los viles sicarios de los mandarines.

La situacion de los misioneros en China, como en toda el Asia, sin proteccion de ninguna especie por parte de sus gobiernos respectivos, entregados enteramente á la merced de infames autoridades que toleran para mejor asegurar sus víctimas, es cosa que pasma y parte el corazon. Nada podrá, sin embargo, hacer el gobierno español sino sufrir pacientemente esta matanza de sus súbditos, pues la situacion anómala de nuestros misioneros, que se hallan *consentidos*, pero no legalmente *admitidos* en Asia, no le faculta para pedir satisfaccion y castigar los atentados. Las desdichadas víctimas solo pueden, pues, alcanzar nuestros ayes y nuestros suspiros; aquí abajo, en este miserable valle de lágrimas, tocóles la corona del martirio; allá en la mansion celeste halláranse rodeados de la aureola de los justos.

CAPITULO XII

Civilizacion en China. — Enciclopedia china. — Matemáticas. — Tratados de aritmética, geometría y trigonometría. — Astronomía. — Nombres de los planetas. — Alegorías. — El arco-iris. — Cronometría. — Cuadrantes y clepsidras. — Almanaque. — Geografía. — Instrumentos. — Pesos y medidas. — Sistema monetario. — Mecánica. — Química. — Médicos chinos. — Freocupaciones. — Boticas. — Sacamuelas. — Música. — Instrumentos músicos. — Pintura y escultura. — Obras de literatura. — Monumentos históricos de la China.

Tratemos ahora de descubrir si hay ó no en China civilizacion, registrando para ello sus conocimientos enciclopédicos.

La base de la moderna civilizacion es incuestionable-

mente el cristianismo; lo que ha sembrado la semilla del bien y del progreso no ha sido otra cosa sino la difusion de la religion de Jesucristo, las verdades sacrosantas del Evangelio. Hay en ese libro de oro que llamamos la Biblia, un pasaje que dice: « La entrada de la palabra divina da luz, da entendimiento al rudo é ignorante, » hermosa expresion que indica claramente que el hombre cuyo espíritu hállase cimentado en las bases de la verdad, sus fuerzas activas y morales se desarrollan en un sentido mas lato y satisfactorio, que cuando todo aquello de que se nutre estriba en absurdos y cosas dudosas. El mismo idioma de los chinos tan pobre y pesado, así como su literatura plagada de falsas teorías, abundosa en repeticiones como en metáforas y estilo ampuloso, son un testimonio de su inferioridad intelectual, así como un indicio cierto del giro que en China pueden tomar los estudios de las ciencias morales, exactas ó políticas.

Los conocimientos de los chinos en matemáticas son muy limitados y reducénse á nociones superficiales en cada uno de los ramos de esta ciencia. El sistema de numeracion que se usa tiene por base el principio decimal, pero sus cifras no cambian de valor con la colocacion, y por esto es tan difícil escribir bien la resolucion de cualquier problema. Todos los cálculos y cuentas las hacen valiéndose del *sampan*, que es simplemente un marquito dividido á lo largo por una tablita y atravesado por una porcion de alambres; por un lado de la tabla se hallan ensartadas en los alambres cinco bolillas y del otro dos; las primeras sirven de unidades, y cada una de las otras dos vale cinco unidades. Cuando

las bolas, en cualquiera de los alambres, se toman por unidades, entónces las que le siguen á la derecha cuentan por decenas, las terceras por centenas, etc. Fácilmente se concibe que por esta combinacion pueden hacerse las operaciones, y es tal la práctica de los chinos, manejan el sampan con tal costumbre, que cálculos complicados los hacen con una ligereza y exactitud que admira. Sin embargo, la tal maquinita puede considerarse mas bien como una especie de índice, para seguir el hilo ó progreso de un cálculo mental, que la anotacion verdadera de la operacion; por consiguiente si se comete algun error, hay que volver á empezar de nuevo, puesto que el resultado solo se averigua cuando se acaban las sumas.

Cuentan los chinos varios tratados de aritmética, de los cuales el mas afamado es el *Swan-fa-tun-tsung*, ó sea *Aritmética general*, 5 vol. en 8°; su autor, Ching-yu-sz', vivia en tiempo de la dinastía de Ming. El *Tsuimi-shan*, *Fan-sho-hioh*, ó *Matemáticas de la institucion lagerstræmia*, 36 vol. en 8°, contiene un curso completo de geometría, trigonometría, etc., así como una famosa tabla de logaritmos. Los conocimientos matemáticos, como hemos dicho, no están muy difundidos, y solo las personas que tienen aspiraciones á muy ilustradas, aprenden los primeros rudimentos. Varias otras obras sobre trigonometría esférica y geometría analítica existen en chino, que han sido calcadas sobre las extranjeras y que abundan en errores muy crasos. Sus autores reconocen abiertamente la superioridad de los matemáticos occidentales y no tienen la pretension de querer ponerse en parangon con ellos; al contrario, confiesan deberles todos sus adelantos en esta como en las demás ciencias.

La astronomía ha sido acaso la que mas se ha cultivado por los chinos desde los tiempos mas remotos. *El libro de Recuerdos* contiene algunas noticias importantes acerca de las órdenes dadas por Yau á sus astrónomos, Hí y Ho, para averiguar los solsticios y equinoccios, y fijar las cuatro estaciones de modo que el hombre de campo sepa cuando debe efectuar sus siembras. Además, con el auxilio de los misioneros católicos han rectificado y corregido el calendario.

El estudio de la astronomía entre los chinos no ha tenido otro objeto sino facilitar las observaciones astrológicas, y naturalmente sus métodos para conocer los eclipses, cometas, etc., no valen nada en comparacion de los descubiertos por los sabios de Occidente. Un escritor europeo, Mailla, se ha tomado el trabajo de recoger las noticias de 460 eclipses solares, que se extienden desde 2159 ántes de J. C. hasta 1699 de nuestra era; pero esto no prueba mucho en favor de los conocimientos científicos de sus observadores. Es cierto que en sus investigaciones y cálculos respecto de la duracion del año lunar y solar, la oblicuidad de la eclíptica y el movimiento general de los planetas, se han acercado bastante de la verdad; sin embargo, todo esto manifiesta que no tienen mas que ideas vagas y no conocen los verdaderos principios de la ciencia astronómica. Los chinos, en efecto, nunca han tenido reglas fijas para determinar los eclipses, y sus tablas son puramente empíricas; y si observamos como computaban los equinoccios, veremos que cada vez variaban unos cálculos de otros, desde cincuenta hasta ciento ochenta años por grado.

Nace la mayor parte de sus errores de que nunca han

querido adherirse á las verdades que aprendieran de los profesores europeos, dejándose arrastrar siempre de sus caprichos y preocupaciones, que cuando estas dominan la humana inteligencia, no es posible hacer estudio profundo en la ciencia. Así, por ejemplo, refiérese que una vez habiéndose notado que las nubes cubrian un eclipse de tal modo que no era posible observarlo, volaron al momento los sabios á informar el emperador de tamaña ocurrencia, pronosticándole ser signo muy feliz, y una prueba irrefragable de que el cielo teniendo en cuenta sus virtudes le había ahorrado la pena de presenciar *la comida del sol.*

En corroboracion de esto no tenemos mas que leer algunas de sus obras, para encontrar absurdos y cosas risibles. El célebre Isinglai, tan protegido por Yuen Yuen, el gobernador de Kwangtun en 1820, y el hombre mas liberal que han tenido los chinos, en su tratado de astronomía dice lo siguiente : « Los cielos no son otra cosa sino diez esferas huecas y concéntricas : la primera contiene la órbita de la luna ; — la segunda la de Mercurio ; — vienen en seguida las de Vénus, el Sol, Marte, Júpiter, Saturno, y las 28 constelaciones ; la novena envuelve y junta las ocho interiores girando diariamente ; — la décima es la mansion del soberano celestial, el gran regulador, y de los sabios y dioses, en donde gozan de eterna tranquilidad. »

Los nombres que los chinos dan á los planetas principales son muy curiosos : á Mercurio llaman *agua*, á Vénus *fuego*, á Marte *metal*, á Júpiter *leña* y á Saturno *tierra ;* presiden el año y sus cuatro estaciones, y corresponden con los pulmones, corazon, hígado, riñones

y estómago : se les distingue con los colores blanco, negro, rojo, verde y amarillo; se hallan sugetos á la influencia de gustos salados, picantes, amargos, ácidos y dulces, formando el conjunto una combinacion de causas en obra siempre unas con otras y muy á propósito para dar materia á los charlatanes para alucinar y engañar á los ignorantes. La influencia del sol, luna y planetas la extienden á todos los sucesos sublunares, y muy particularmente á la vida y muerte de los seres humanos.

Al sol lo representan por medio de un cuervo en un círculo, y á la luna por un conejo, empinado en sus patitas, moliendo arroz en un almirez : otras veces por un sapo aludiendo á la leyenda de la beldad Chang-ngo, que bebió el licor de la inmortalidad y subió inmediatamente á la luna donde se convirtió en dicho animal. Dividen las estrellas en constelaciones que se hallan presididas por un emperador residente en el polo del norte; colocan á cinco en leon, en donde hay un famoso palacio llamado *Wu-ti-so* habitado par cinco monarcas. Este gobierno celeste tiene un heredero al trono, una corte completa, tribunales, etc., y las constelaciones reciben el nombre de animales y objetos terrestres. Consideran al sol y la luna como los dos grandes principios ó poderes masculino y femenino : el primero á manera de un gran príncipe dispensa sus favores, en tanto que el segundo hace las veces de una reina ó esposa.

Creen los chinos que el arco-iris es el producto de los vapores impuros ó measmas que despide la tierra y que se juntan en el aire con los que descienden de otras regiones atmosféricas mas elevadas. Dividen el dia en doce horas, *chin*, que empiezan á las 11 de la noche,

y que llaman segun los caractéres horarios; lo subdividen en 96 *kih*, ú octavos de quince minutos cada uno á los cuales dan los mismos signos.

Los métodos que emplean para medir el tiempo son varios, pero todos muy imperfectos y atrasados: el mas comun y que puede decirse equivale á nuestros relojes, es lo que llaman *palos de tiempo*, que es una especie de composicion de greda y aserrin en forma de pedazos redondos colocados á manera de espiral; el período de tiempo lo indica por medio de la combustion entre la marca de una y otra hora, hasta que se consume todo, lo cual nunca sucede en ménos de una semana. Cuadrantes y clepsidras tambien se conocen en China; pero se consideran mas bien como objetos de lujo que de utilidad, pues son de la mas grande imperfeccion.

El almanaque ocupa un lugar muy importante en China; su formacion se halla bajo la inmediata inspeccion y cuidado del gobierno, quien considera el regalo de esta publicacion como el mayor favor que puede dispensar á sus vasallos, y á las naciones amigas: publicáse anualmente en Pekin por una comision nombrada especialmente del seno de la Oficina de Ritos, y castigáse con penas muy fuertes al que osare hacer alguna edicion apócrifa. Es la costumbre en China tener un almanaque en cada casa y ¡ay del que la olvide! que se expondrá á que le sobrevenga un cúmulo de desgracias. Hubo un tiempo en que los jesuitas se empleaban en China compilando el calendario; pero nunca les fué permitido intervenir en la parte astrológica, lo cual ciertamente no tenia otra mira sino impedir que el pueblo fuera instruyéndose poco á poco. Una de las bases en

que se funda el gobierno es la ignorancia de las masas, y el mejor modo de sostenerla es propagando los absurdos y supersticiones.

Si los conocimientos de los chinos en astronomía son superficiales, sus nociones en geografía son lo mas ridículo que puede imaginarse. Si observamos los mapas que han levantado del territorio de su nacion, no los encontrarémos tan malos; pero esto se debe á que los hicieron bajo la direccion de los padres jesuitas allá por los años de 1708. Por lo demás, los chinos ignoran completamente la forma y divisiones del globo, así como el tamaño y posicion respectiva de los principales reinos de la tierra : aun respecto á sus propios dominios en Mongolia é Ilí no saben como se hallan situados. Han omitido las dos Américas y Africa; á Inglaterra, Holanda, Portugal, Goa, Lucania, Bukhara, Alemania, Francia é India las colocan al oeste, de norte á sur formando una serie de islas. Los lados sur y este los representan cubiertos de islas como el Japon, Formosa, Siam, Birman, Java, las islas de Solo y otras; miéntras que á Rusia la colocan ocupando toda la frontera hácia el norte de su reino del Medio.

Sea dicho, sin embargo, que los escritos chinos sobre esta materia no están tan plagados de errores como los que han visto la luz pública sobre astronomía; pero estos no se han difundido bien, y así es que el pueblo tiene las ideas mas estrambóticas sobre los puntos mas esenciales de esta ciencia. Todavía están creyendo que la tierra es una inmensa llanura, ó un sólido cuadrado al derredor del cual giran diariamente los cuerpos celestes; que en algunas partes de ella las habitantes son todos ena-

nos y que se amarran unos á otros de miedo que se los lleven las águilas; que en otras no hay sino mujeres que conciben con solo mirar su sombra; en fin, que en un rincon todos los habitantes tienen un agujero en el pecho donde meten una vara cuando quieren trasportarse á diferentes lugares.

No poseen los chinos instrumentos náuticos ningunos, y aun sus cartas marítimas no sirven para nada. Es una cosa que admira pensar como pudieron en otro tiempo emprender navegaciones hasta los puertos del golfo Pérsico y la costa del Malabar sin mas auxilio que sus imperfectos mapas. Tampoco tienen instrumentos matemáticos, y todos sus cálculos los hacen por métodos prácticos y erroneos. No obstante, ayudados de algunas nociones en trigonometría, saben medir sus terrenos muy bien. El *chih* ó pié es la unidad, cuya verdadera dimension no se puede averiguar con exactitud: la junta de obras y trabajos lo computa en 13 1/8 pulgadas; pero la medida que emplean los comerciantes chinos en los cinco puertos, varía desde 14,625 hasta 14,81 pulgadas, segun la tarifa. El *chih* lo subdividen en diez *tsun* ó puntos, y cada uno de estos en diez *fan*. Miden los terrenos valiéndose del *man*, que equivale poco mas ó menos á 733 varas cuadradas, y que sirve tambien para cobrar las contribuciones. Todas las medidas que se usan en China varian de un punto á otro, y desde luego es de creerse que el gobierno no obliga á que se adopten unas mismas como tipo: no hay lo que llamamos medidas legales. Cuentan 24 pesas, de las cuales solo seis son las que sirven en el comercio, á saber: el *liang*, *rin* y *tan* que los extranjeros conocemos por los nombres de *tael*, *cate* y

pico : el cate tiene 1 1/3 lib. exactamente; el tael 1/6 de cate; el pico 133 1/3 lib. Multitud de artículos que en Occidente se aprecian por su calidad, tales como la seda, aceite, paños, maderas, etc., los chinos los calculan y venden al peso.

El sistema monetario tiene por base el de pesas, y á sus divisiones llámanse *tael*, *mace*, *candarin* y *chapeca*, si bien es cierto que la única moneda corriente en todo el país es esta última, que consiste en un pedazo de cobre con un agujerito en el medio. Las monedas extranjeras corren en los cinco puertos, y cada comerciante chino que recibe una de ellas le pone su marca para poder reconocerla. Hay pesos que se vuelven marcas y agujeros, haciendo con esta costumbre que pierdan todas las ventajas de moneda acuñada. En el interior, lo único que corre es el *saicy*, ó sean grandes pedazos de plata en forma de un zapato, y cuyo peso varía desde cinco hasta cincuenta taeles. Las contribuciones de todas clases se pagan al estado en esta moneda. No existen en China bancos, cajas de ahorros, seguros, etc., ni ninguno de esos establecimientos modernos tan útiles para el desarrollo del comercio y del crédito público. La ciencia de la hacienda es una cosa enteramente desconocida en este imperio. Marco Polo asegura que antiguamente se conocia en China el papel moneda, particularmente durante el reinado de la dinastia mongolica; pero es un hecho que jamás ha pasado por *medio circulante*, como llaman los economistas.

La mecánica, ó los principios y teorías de las fuerzas, se desconoce científicamente en China; pero en la parte práctica se ve que entienden la aplicacion que se puede

hacer de ellas. El nivel, la rueda, piñon, cuña, eje, etc., se usan de un modo ú otro, con pocas alteraciones, lo mismo que entre nosotros. Desde tiempos inmemoriales conocian el modo de levantar pesos por medio de la polea con ganchos, y de cuerdas amarradas á cada cabo á un cilindro de diámetro desigual. Las balanzas, trenes, molinos de agua, etc., guardan mucha semejanza con los mismos usados antiguamente en Occidente. Sin embargo, de lo bien que saben ingeniarse en todas sus cosas los chinos, no deja de notarse en sus máquinas que se proponen mas bien dar direccion á la fuerza humana que abreviarla ó reducirla.

En química, las nociones que tienen los chinos son enteramente superficiales, y no la conocen como ciencia absolutamente. En este ramo científico como en todos los demás, saben no obstante hacer muchas aplicaciones de principios que no comprenden, particularmente á la industria; sus manipulaciones metalúrgicas, sus métodos para la preparacion de las inimitables porcelanas, para oxidar el azogue, etc., son realmente admirables.

Los principios de los chinos en materia de medicina y cirujía son tambien bastante raros. Es increible hasta qué punto llevan las supersticiones en este pueblo, y las ridiculeces que les hacen cometer. Así, cuando un chino se siente con dolor de estómago, al momento empieza á pellizcarse el pescuezo hasta que le sale sangre y se le pone bien inflamado; entónces se escapan los espíritus diabólicos y se restablece de sus dolores. Refiérese que habiéndose lastimado uno el ojo, el médico le recetó que se pusiera la mitad de una gallina, á manera de cataplasma, en la parte afectada, y que se

comiera la otra mitad. Si este remedio se recetará á un occidental, estoy seguro que se comeria la gallina entera.

Los médicos chinos no usan casi minerales para curar, casi todos sus remedios se componen de vegetales y raíces : tampoco emplean acidos ni otras sustancias que necesitan mas conocimientos químicos de los que poseen. Alcanfor, mirra, ruibarbo, genciana, y una gran variedad de semillas y cáscaras es lo que generalmente administran en forma de píldoras y cocimientos.

Las boticas chinas no presentan el lujo de las nuestras; pero están arregladas con mucha gracia y simetría: de un lado no se ve mas que vasijas blancas y negras de barro, del otro paquetes de papel bien acondicionados con el nombre de la medicina muy bien escrito con sus hermosos caractéres : es un verdadero archivo aromático. En cirujía, la ignorancia es completa en China; ni aun las operaciones mas sencillas las saben hacer. Una costumbre muy graciosa es la que tienen los dentistas, ó mejor dicho sacamuelas : de todas las que van reuniendo hacen un gran rosario, y se pasean con él por las calles, orondos como si llevasen trofeos.

Algun tanto se han dedicado los chinos al estudio de la historia natural, y cultivado bastante algunos de sus ramos como la geología y botánica. Puede decirse, sin embargo, que no conocen la parte científica, y que solo se sirven de la práctica para encontrar artículos con que enriquecer sus herbolarios.

Veamos ahora en qué estado se hallan las bellas ártes, y particularmente aquella que en Occidente llamamos música, que á la par que deleita el alma, hace surgir los mas opuestos sentimientos.

Los chinos no conocen lo que entendemos por música en los países cultos: les gusta el ruido, sacar sonidos, etc., pero no tienen idea de la armonía y compas, bases indispensables de ella. Y esto es tanto mas raro cuanto que no hay nacion del mundo que coloque en mas alto grado los conocimientos musicales: Confucio los consideraba como una parte indispensable, esencial, en el gobierno de un estado, puesto que contribuía poderosamente á que reinara la fraternidad y armonía en todas las clases de la sociedad. Obsérvese, sin embargo, que los chinos nunca han tenido nada que se parezca á las palestras musicales que existian entre los Griegos, porque siempre han querido evitar la formacion de asambleas populares, vida de las democracias y muerte de los despotismos orientales.

No teniendo escala cromática, es imposible obtener de sus instrumentos sonidos agudos y finos. El modo que tienen de escribir la música instrumental es muy curioso: así, por ejemplo, para escribir una tonada en el laud, cada nota es un conjunto de caractéres: uno denota la cuerda, otro el traste, este el modo de poner los dedos de la mano derecha, aquel las de la izquierda, y enfin el que indica que se deben tocar dos notas á un tiempo. Semejante sistema confuso é imperfecto necesitaria variarse para cada instrumento, puesto que las combinaciones que sirven para uno no se pueden aplicar á otro, si los chinos hubiesen escrito música para otros instrumentos que no fuesen el laud y la guitarra. Por supuesto no conocen los bemoles, sostenidos, ligaduras, ni signo alguno de modos en la música que nosotros tenemos, y que tanta expresion comunican á las composiciones. La parte vocal es inaguantable siempre.

Cuentan infinidad de instrumentos de percusion, de viento y de cuerda. Los primeros son los que mas usan en sus funciones y fiestas; los segundos los mas comunes entre el pueblo. El instrumento de cuerda mas acabado es el que llaman *kin*, ó laud del estudiante, y es antiquísimo; su nombre *kin* quiere decir prohibir, « porque contiene y refrena las pasiones, así como corrige el corazon humano. » Es una tabla de cuatro piés de largo y diez y ocho pulgadas de ancho, convexa arriba y plana abajo, en donde hay dos agujeros sobre la parte hueca : tiene siete cuerdas de seda que pasan por dos clavijas solamente. Hay varios otros instrumentos por el estilo del *kin*, uno con treinta, y otro con trece cuerdas que tocan con plectros. De los que imitan nuestra guitarra hay una infinidad, unos con cordones de seda, otros con alambres, pero ninguno con cuerdas como las que se ponen á los instrumentos entre nosotros. La guitarra, que conocen con el nombre de *pipa*, no tiene mas que cuatro cuerdas como las del violin.

Los instrumentos de viento no tienen nada de particular : el llamado *hwang-tih*, que corresponde á nuestra flauta, es una caña ó bambú con diez agujeros, dos de los cuales están en una punta y nunca se usan; carece de llaves, y los sonidos que sacan de este instrumento hacen tapar los oidos. Tambien se conoce entre los chinos un instrumento parecido al clarinete que llaman *shu-tih;* es el favorito en todas las fiestas musicales. El *lo*, ó platillos, es el tipo de la música china : casi todas sus orquestas se componen de dos tamboriles, un clarinete y platillos, lo cual produce sinfonías nada agradables.

No deja de ser un hecho singular que los chinos nunca

hayan perfeccionado sus instrumentos musicales, y que las masas no tengan mas aficion por la armonía. El emperador Kanghi, segun refieren las crónicas, trató de introducir algunos instrúmentos entre sus cortesanos, y de formar el gusto por medio de música extranjera; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, ni uno solo ha sido adoptado.

Bien examinado, el chino no tiene la menor idea de la armonía, desconoce completamente la homogeneidad en los sonidos : esta fálta de gusto por lo que agrada al oido, por la sucesion ritmica de los sonidos, explica perfectamente por qué la poesía nacional carece de efecto métrico. Entre los griegos, por ejemplo, el golpe que da el herrero al dejar caer el martillo, el ruido del remo al cortar el agua, y otras mil cosas, les sugeria alguna medida poética, y su música abunda en una diversidad de metros curiosos. Pero nada de esto existe en China.

Por lo que queda dicho del estado de la música, facilmente podrá juzgarse del de la pintura y escultura; pues es tal la correlacion que existe entre todas las ártes que tienen por base la idea de lo bello, ya sean plásticas ó armonométricas, que sin riesgo de equivocacion puede sentarse por principio, que pueblo donde se halla atrasada la primera, las dos otras no están adelantadas. Esto sucede precisamente en China, en donde la raza, lo mismo que en los demás pueblos del Asia oriental, carece completamente del sentimiento de lo bello y sublime en lo que toca á la naturaleza y al árte. Así, pues, la pintura como la escultura hállanse atrasadas y puede decirse que no pasan de ser imitaciones muy toscas de la naturaleza.

Es un hecho sabido que aun los pintores mas afamados no tienen ideas exactas acerca de la perspectiva, ó del modo de sombrear los cuadros, presentando casi siempre los objetos sobre una superficie plana, de modo que se creeria que el artista hace su cuadro desde un globo superior y mira el pais como si estuviera brillándole encima un sol vertical. Los chinos tampoco pueden dibujar la figura humana, pecando siempre en la proporcion que deben guardar las facciones : este estudio ha sido tan descuidado por los pintores, como el de la anatomía por los cirujanos.

Hay en China un gusto marcado por simples bosquejos, dibujos sin sombra que sirven para adornar las casas; pero en lo que sobrepujan al parecer á nuestros artistas, es en sacar copias de cualquier dibujo : tienen para esto una habilidad extraordinaria. El célebre Lamqua, artista cantonés, es el de mas nombre en esta clase de trabajos, y sus retratos son de un mérito incontestable.

Las pinturas ó dibujos sobre *papel de arroz*, como las llaman los europeos, es otra de las cosas mas curiosas que hacen los chinos. Esta substancia, cuya superficie aterciopelada contrasta admirablemente con la brillantez de los colores, se obtiene de la planta *artocarpus* que nosotros conocemos bajo el nombre de árbol del pan y cuya hoja se presta á recibir todos los colores. Solo en Canton hay mas de seis mil obreros que se ocupan en manufacturar estas pinturas.

Respecto á la escultura, hállase limitada á la fabricacion de ídolos, ó á labrar animales de figuras raras, y que sirven para adornar los templos. El labrar letreros

é inscripciones sobre piedras y rocas es otra de las cosas mas generales entre les chinos, y, como su hermosa escritura es tan aparente, hay algunas preciosas. Por lo comun todas ellas tienen un carácter religioso, en relacion mas ó ménos con la *fung-shwai*, ó sea la geomancia.

Un pais donde no existe idea alguna de la estética, de lo bello en la simple forma de una pintura y de una estatua, naturalmente no podrá distinguirse cuando se trata de monumentos grandiosos como templos y palacios. Se ha observado que esto mismo ocurre en todos los paises de orígen mongolio y del Asia occidental, y es imposible que formen el gusto por las obras magníficas del arte hasta que no se rozen con las naciones creadoras é imajinativas. Si los chinos tuvieran un modelo del Partenon, ó de San Pedro en Roma, es seguro que lo imitarían perfectamente; pero levantarian centenares por el mismo estilo, sin tratar nunca de perfeccionar ni alterar en lo mínimo. En China no hay lo que llamamos un estilo de arquitectura como existiera en Egipto y Grecia; no hay mas que un gusto que llama la atencion por su extravagancia.

Resulta pues que todos los ramos del saber humano se conocen en China; pero no de una manera científica: como raza inteligente y capaz, han reunido algunos hechos, descubierto algunos principios, inventado muchas artes, y perfeccionado algunas de un modo sorprendente; pero jamás han sabido darse razon de nada, ni han seguido un solo ramo por el verdadero camino para estudiarlo y comprenderlo.

Ahora veamos cual es el tipo, el genio de la literatura china. En general considérase la literatura de un pueblo

como el mejor termómetro para juzgar de su adelanto intelectual, como la expresion mas completa de la sociedad. En primer lugar, el idioma de esta nacion es uno de los mas originales, antiguos, y, acaso, el mas esparcido de todos cuantos se conocen. No solamente es uno de los pocos idiomas antiguos que hoy se hablan, sino que es el mas usado hoy, aun comprendiendo los modernos: el chino, en efecto, se habla y escribe en todas las diez y ocho provincias del imperio; en la Manchuria, en Corea, Japon, Cochinchina, Tonkin, y en la mayor parte de las islas de los estrechos. Y si la lengua de este misterioso pueblo es la principal del Asia, la literatura, á su turno, es, tal vez, la mas importante. En la biblioteca imperial de Pekin existe un catálogo de sus obras, y por él puede formarse una idea del número de ellas así como de su clase. Mas de doce mil títulos contiene dicho catálogo en el cual se hallan divididas las obras en cuatro grandes series: la primera encierra los libros sagrados y clásicos; la segunda los históricos. Cuentan los chinos 24 historias completas de las diferentes dinastias que precedieron á la manchua, sin incluir en este número una porcion de crónicas y apuntes. Débese al célebre Sse-ma-tsien la primera coleccion de monumentos antiguos históricos sobre la China, publicada el siglo primero ántes de nuestra era: consta esta obra magna de 130 tomos que se dividen en cinco partes: la primera comprende la crónica fundamental de los emperadores; la segunda los cánones cronológicos; la tercera trata de los ritos, música, astronomía, etc.; la cuarta se ocupa de datos biográficos de todas las familias que han poseido principados; la última versa sobre memorias de los paises extranjeros, y bio-

grafías de todos los hombres ilustres. A mediados del siglo XI° el famoso Sse-ma-kouang redactó los anales completos de la dinastía de Sung, cuya obra ha sido traducida por el padre Mailla bajo el título de *Historia general de la China*, continuando sus anales hasta los primeros emperadores de la dinastía manchua. Hácia fines del siglo XIII°, *Ma-touan-lin* publicó su célebre enciclopedia conocida bajo el título de *Apuntes é investigaciones sobre toda clase de documentos antiguos*. Este autor es sin disputa ninguna uno de los mejores escritores que ha tenido la China; no se contenta con arreglar los documentos, sino que los discute y explica de un modo admirable. Su obra es la mas importante, la primera que debe consultar el que quiera instruirse acerca de la administracion, economía política, comercio, agricultura, historia científica, geografía, etc., en el imperio chino.

La tercera serie refiérese á las obras especiales relativas á ciencias y profesiones, constando de lo siguiente: 1° Tratados morales, diversiones ó entretenimientos familiares de Confucio, lecciones elementales del célebre Tchu-hi sobre educacion; 2° obras sobre el árte militar, tratados especiales sobre las leyes penales; 3° tratado sobre la agricultura de los gusanos de seda; 4° tratados de medicina é historia natural; 5° el arte adivinatorio; 6° tratados sobre la religion, y en fin sobre mitología.

La cuarta y última serie encierra las obras de literatura fácil ó ligera como poesías, novelas, dramas, romances, cuentos, etc.

Cualquiera que arroje una ojeada sobre las principales obras que acabamos de enumerar, notará al momento un estilo *sui generis*, que el espíritu del hombre

está siempre afectado y bajo la influencia de los agentes físicos de esos sublimes y terribles fenómenos de las regiones tropicales. Diríase que el hombre hállase anonadado por las fuerzas de la naturaleza, que la imaginacion toma un vuelo inmenso, y que por consiguiente el entendimiento se desalienta. Ora las elevadas montañas, los caudalosos rios, las espesas florestas, los dilatados desiertos; ora los terremotos espantosos, los huracanes ó *tifones* aterradores, ora el azote de las pestes que acaban con la humanidad; tienen una influencia directa sobre el espíritu del hombre en Oriente, y tiende á darle una direccion especial. No sabiendo como indagar los fenómenos, al momento los atribuyen á causas sobrenaturales, y si aquel se presenta bajo la forma de un peligro amenazador, el primer impulso es tratar de aplacarlo elevándole sus preces y adorándole como á un dios; así vemos que el tigre y la serpiente se veneran, y que los terremotos y las pestes se consideran siempre como castigos del cielo. Un espíritu de reverencia predomina en todas las masas; fórmase una teoría mitológica de la naturaleza cercada por la valla de la superstricion, contra la cual se estrella toda accion de la inteligencia. De aquí nace que la razon sucumbe siempre á la imaginacion, como se observa en la literatura china, donde todo parece fundado sobre ficciones, y estribar en absurdos ó ideas raras.

No hay duda, la naturaleza exterior subyuga la voluntad, y mata el entendimiento en Oriente. Entre nosotros al contrario, los aspectos de la naturaleza nos imponen, pero no nos infunden miedo, no nos aterran. El hombre ocupa su lugar, jamás abdica la supremacía que ejerce

sobre cuanto le rodea; el entendimiento hállase siempre elevado; la imaginacion encerrada dentro de ciertos límites que no le es dado traspasar. Es á este equilibrio entre las facultades que se debe la superioridad de la literatura occidental, y no á otra cosa.

Y ahora que hemos presentado á nuestros lectores un lijero bosquejo de todo lo que forma la literatura china, las obras de sus sabios que constituyen el grado de saber que hay en la nacion, así como la tendencia ó *giro* que la ilustracion ha tomado, bien puede ya formarse una idea del grado de civilizacion del país. Si el lector que haya recorrido estas páginas no se atreve á decir que la China se halla *civilizada*, tampoco dirá que es una nacion *bárbara*.

CAPITULO XIII

Ning-po, Chang-haï puertos abiertos á los extranjeros. — Llanuras y vegetacion de Chang-haï. — Clima análogo al de Europa. — Importancia comercial. — Exportacion de sedas y té. — Comercio de esta planta. — Desde cuando se conoce en China. — Cuando se introdujo. — Clases de té. — Mercados extranjeros. — Cultivo. — Lo que rinde una planta. — Preparacion. — Si el té negro y el verde provienen de la misma planta. — Opinion de M. Fortune. — Nombres diferentes. — Consumo en China.

Ning-po y Chang-haï fueron las dos últimas ciudades que visitara de los cinco puertos abiertos á los extranjeros. En la primera permanecí tan pocos dias, que apénas puedo dar razon de lo principal, y que por otra parte solo merece mencionarse por ser tan parecido á lo que ya hemos dicho de las demás poblaciones chinas. La se-

gunda, la hermosa Chang-haï, no pudo ménos que llamarme la atencion por sus soberbios palacios habitados por los Jardins, Dents, Rusels y demás príncipes del comercio oriental, así como por el inmenso tráfico de este puerto, sin disputa ninguna el mas importante en toda la costa.

Dos cosas agradan mucho al viajero cuando llega á Chang-haï : la primera es ver llanuras, vegetacion, etc.; y la segunda el carácter apacible de sus habitantes tan diferente del altivo y soez del chino de la parte meridional. El clima de Chang-haï es tambien mas análogo al de Europa que el de ningun otro pueblo de China, y se puede gozar de las frutas y productos de las opuestas zonas. Todo el que se halla indispuesto y enfermo en el sur, es seguro que le recetará el médico un viaje á Chang-haï. Para que el lector juzgue de la importancia comercial de este punto, baste decirle que solo en el ramo de sederias y té se exportan, en los tres meses que dura la estacion de embarques, por valor de mas de cien millones de pesos.

Entre los artículos de comércio de la China ninguno hay que pueda compararse con el té, ni en importancia ni en el influjo que ha ejercido. En efecto, el cultivo y el desarrollo de esta planta, y su gradual introduccion en Occidente, ha unido, digamoslo así, la China á los demás pueblos produciendo fecundos resultados. La planta del té se conoce en China desde el año 350 de nuestra era; pero su introduccion apénas data desde el año de 800, cuando se le dió el nombre de *cha* que conserva hasta estos tiempos. Sus afinidades botánicas son muy parecidas á las de la camelia, y los hombres científicos opinan

que ambas plantas pertenecen á la misma familia, que son meras variedades, y no distintas especies. El célebre de Candolle divide esta planta en tres clases : la *bohea*, *viridis* y *cochinsinensis*. El arbusto tiene de tres á seis piés de altura, y se halla cubierto de hojas. En Assam, en donde se le ha encontrado silvestre, llega á tener hasta treinta piés; el color de la hoja es verde oscuro, y las flores son blancas, sin olor alguno; las semillas parecen grandes nueces, y contienen tanta sustancia aceitosa, que se corrompen poco despues de madurar: este aceite es de un gusto amargo; pero tiene varios usos, y sirve de medicina en muchos casos. Los terrenos mas adecuados para el cultivo del té son los arenosos, y en las colinas ó montes regados por agua se dan los de hojas de mas gusto. La mayor parte del té que se exporta de China es cultivado en las provincias de Ché-kiang, Fukiou y Kiang-su. Con el aumento del pedido y consumo inmenso, se cultiva en varias otras partes; pero desde qué empezó la última guerra, Fu-tcheu ha sido el punto principal donde se han hecho las grandes compras para la exportacion. Los principales mercados extranjeros para el té son los siguientes : Inglaterra. que consume anualmente cosa de ciento treinta millones de libras; los Estados-Unidos de América, treinta y tantos; Rusia, cerca de cuarenta. Esta última nacion se abastece de Lz'chueu.

El cultivo de la valiosa planta está en manos de individuos que tienen unas cuantas docenas de arbustos en sus propias tierras, y ellos mismos preparan generalmente las hojas. No hay grandes establecimientos, ó haciendas perteneciendo á ricos propietarios; pero cada pequeño hacendado cultiva su poco de té, así como otro

poco de arroz y seda. No se necesita preparar mucho la tierra, ni tener gran cuidado en conservar los arbustos (shrubs). En el vecindario ó alrededores de Canton los agricultures cubren los arbustos con *liquen*, y si no tomaran esa precaucion los gusanos se comerian el árbol. Así que la planta tiene tres años, se escogen las hojas cuya operacion requiere mucha práctica.

Una sola planta rinde generalmente de 18 á 24 onzas; pero un viajero inglés, M. Ankoi, ha averiguado que el producto medio no es mas de seis onzas, y que en el espacio de mil varas cuadradas hay de 300 á 400 plantas. En cada estacion se cogen tres cosechas de hojas : la primera en el mes de abril, que es cuando los botones de la hoja empiezan á abrirse y mantienen el color blanquecino (segun los conocedores, de estas es que se saca el mejor té); la segunda es en mayo cuando los arbustos se hallan plagados de hojas. Creen los chinos, y con sobrada razon, que el tiempo tiene mucho influjo en la condicion de las hojas, y que tanto el exceso como la falta de agua destruye la cosecha. Por eso cuando ellos calculan que es la época oportuna, al momento emplean cuanta gente pueden en coger aprisa las hojas, y los campos se ven cubiertos entónces de hombres, mujeres y hasta de niños. Este es el tiempo en que casi todas las clases de la poblacion encuentran en que ocuparse.

Las hojas las recogen por manotadas, y las echan en un cesto que tiénen colgando del pescuezo, y en el cual las llevan al establecimiento donde se preparan. Calcúlase que una persona recoge diariamente 13 libras de hojas, y que gana un salario de seis centavos. La tercera cosecha viene á ser allá por el mes de julio, y la cuarta,

llamada *tsiu-lu*, es decir *rocío de otoño*, cae en agosto : á las tres primeras las conocen los chinos con el nombre de las tres primaveras. El té que se saca de la última cosecha es inferior, y casi nunca se exporta. La calidad de las diferentes clases de té depende casi tanto del modo de prepararlo, como de la naturaleza del terreno, y edad de la hoja : algunas de ellas pierden enteramente el gusto solo por las preparaciones que sufren : una de las principales y mas sencillas es la de envolver. Cuando se han cogido las hojas y puesto en la casa, se las arregla cuidadosamente, quitando las amarillas y las viejas : las que quedan se diseminan y colocan sobre cubas (trays) de *bambú*, y se dejan al aire hasta que las hojas empiezan á ablandar; en este estado se envuelven hasta que aparecen unas manchitas ó puntitos colorados en ellas, y entónces se prueban echándoles agua caliente para que la orilla se ponga amarilla. Deben envolverse muchas veces, y es por el trabajo que cuesta esta operacion que se le da al té el nombre de *kung-fu-cha*, ó té elaborado, de donde los ingleses han dado el nombre corrompido de *congo*. Así que se han envuelto las hojas, se las pone al fuego; luego al sacarlas se colocan en una especie de cernidores, y despues de sacudirlas suavemente se dejan al aire para que acaben de secarse completamente. Este es el método comunmente usado; pero la última operacion suele variar en algunas provincias. En la preparacion de las mejores clases no se debe echar de una vez en la paila mas que un puñado de hojas, y solo como del peso de una libra en los canastos. Concluida la operacion de *curar* el té, hablando técnicamente, el mejor se pone en tarros de lata, y despues se acondiciona en cajas forra-

das de plomo. Los tés ordinarios ó comunes se empaquetan simplemente ó se ponen en cajas sencillas.

Se ha tratado mucho, entre los inteligentes, la cuestion de si el té negro y el verde nacen de la misma planta, y si se pueden elaborar alternativamente. El naturalista M. Fortune, á quien tuve el gusto de conocer personalmente, opina que el *viridis*, llamado *verde*, es el que se cultiva en Funkian y Kiang-su, y el *bohea* en Canton; que tanto uno y otro pueden prepararse de la misma planta. Los chinos creen que la diferencia de color proviene del modo de prepararlo; que el verde se *cura* mas rápidamente, cuando está expuesto al fuego, que el negro, y que no se seca despues en canastos; pero que si se echa la hoja en pailas hirviendo, poniéndolo luego al sol y secándolo al fuego, se pone negro. Se concibe que puede convertirse el té verde en negro, pero que, de este modo, no puede hacerse la operacion contraria porque la hoja ya está negra.

Los nombres que los chinos dan á las clases de tés se derivan unas veces de su apariencia, y otras del lugar donde se cultiva. Por ejemplo, *bohea* es el nombre de los Bu-i-as, el lugar donde se da el té, y no es el término de clase alguna particular, aunque en Canton se aplica á un té negro muy malo. Del mismo modo *sunglo* es el término general que se da á los tés negros que se cultivan en Kiang-su. Hay muchas clases de tés negros que se conocen con los nombres siguientes: *pecco*, cabellos blancos, es uno de los mejores, y tiene un sabor particular; *pecco anaranjado*, llamado *shan-hiang* ó mas fragante, tiene muy poca diferencia con el anterior; *hung-muey*, que tiene un tinte rojo ligerísimo; *suchong* signi-

fica plantita, como *puchong*, clase envuelta, hace referencia al modo de empacarlo; hay tambien el *campos*, *expuesto al fuego con cuidado;* y el *chulan*, de un aroma exquisito. Los verdes no se subdividen en tantas clases : el principal es el *imperial*, luego viene el *hyson* y el *zwankay*, que deriva su nombre de un arroyo en Chehkiang en donde se da esta especie; enfin, el *volung*, el mas afamado de todos.

Si se considera el trabajo de preparar el té, sorprende que los chinos, trayéndolo desde el interior á una distancia de cerca de cuatrocientas leguas á que se halla Canton, puedan venderlo al extranjero á precios tan baratos : aunque esta rica planta se diera en otros países, jamás podria competir en los mercados con el de China, pues siempre costaria ménos el de aquí.

Excusado es decir que el té forma la principal bebida en China : no hay clase de la sociedad desde el mas rico hasta el mas pobre que no pueda procurarsela; no solamente es una bebida de agrado como el café y chocolate entre nosotros, sino que es el agua ordinaria de los chinos. En cada casa se verá, á todas horas, sobre la mesa una tetera de barro y unas microscópicas tacitas de rica porcelana : cada vez que alguno tiene sed ocurre á esta fuente. Por supuesto que se sabe hacer mejor que en ninguna parte, y que una rica infusion de té jamás se echa á perder mezclándole azúcar ni licores como se hace en algunos países; se bebe puro, y para que no se escape el aroma, el platillo se coloca siempre sobre la taza. Así como en España se obsequian las visitas con una taza de chocolate, en Inglaterra con una copa de vino, en Turquia con café, en Buenos-Aires con mate,

en Méjico con maguey, y en Francia con un cumplimiento; en China es con una taza de té, y nunca se falta á esta costumbre. El té no solo es el renglon principal de comercio, sino la bebida cotidiana, y el obsequio indispensable.

CAPITULO XIV

La guerra paraliza el comercio en Hong-kong. — Los plenipotenciarios de Europa en el rio de Canton. — Intentan entenderse con el virey. — Obstinacion de Yeh. — Ataque de Canton. — Triunfo de los aliados.— Toman la ciudad. — Gobierno provisional. — Captura del virey por un inglés. — Yeh á bordo de la fragata « Inflexible. » — Se levanta el sitio. — El virey Yeh es enviado á Calcuta en donde muere. — Tranquilidad de Canton. — Lord Elgin y el baron Gros se dirigen á Pei-ho. — El embajador chino. — Los enviados de Rusia y de los Estados Unidos siguen las huellas de los de Francia é Inglaterra. — « Ultimatum » de los aliados. — El emperador de China se alarma. — Nombra comisionados. — Tratado del ministro americano. — Dificultades para concluir la cuestion. — Itinerario que debo seguir para regresar á Europa. — Salgo de China.

A principios de diciembre regresé á Hong-kong despues de una ausencia de dos meses. Los asuntos comerciales se habian casi paralizado con motivo de la guerra que cada dia amenazaba mas, y del proyectado ataque sobre Canton que parecia inminente. Los plenipotenciarios trasladáronse al rio desde noviembre, y empezaron á querer entenderse con el virey; pero habiéndose mostrado este terco, y no queriendo ceder á ninguna de sus peticiones, la toma de Canton se hizo inprescindible para domeñar el orgullo del tártaro : era además un paso político para poder sacar despues, con esta garantía material, todo el partido posible de los nuevos trata-

dos. Francia se une á Inglaterra para obtener satisfaccion por medio de las armas, y al momento hiciéronse los preparativos: todas las tropas que habia en Hongkong marcharon al rio, y el dia 28 de diciembre de 1857 atacaron la ciudad despues de un largo bombardeo. Los chinos no hicieron la menor resistencia, huyeron despavoridos; en pocas horas los ingleses y franceses escalaron las murallas, se apoderaron de los fuertes de Gough y Lin, y de todas las demás alturas que dominan la poblacion: ántes que se pusiera el sol eran ya completamente dueños de la ciudad.

En Europa, sin duda, se habrá creido que la toma de Canton ha sido una gran cosa, una hazaña brillante alcanzada por las fuerzas aliadas. ¡Un puñado de extranjeros apoderarse de una capital con mas de dos millones de habitantes! No obstante, jamás se ha visto una defensa mas torpe, y ciertamente que los aliados no segaron en aquella jornada laureles dignos de ellos: cualesquiera otros soldados habrian obtenido idénticos triunfos.

Durante los primeros dias que se siguieron á la toma, los aliados no pensaron mas que en atrincherarse y afianzar su posicion: poco despues los embajadores dieron sus proclamas al pueblo, y procedieron á la formacion de un gobierno provisional el mas anómalo que de seguro se ha visto en los tiempos modernos. Componíase este del cónsul Parkes, el mismo que originó la cuestion, y no muy querido de la poblacion; del general en jefe de las tropas inglesas, Straubensee, y del tártaro Pi-kwey reinstalado como magistrado supremo y bajo la vigilancia de una junta mixta. Segun parece, este último, ayu-

dado de Parker, se encargaba del gobierno civil, quedando el general inglés hecho cargo del militar. La ciudad permanecia en estado de sitio, lo que reinaba verdaderamente era una dictatura complexa que hasta ahora no hemos podido comprender.

¿Qué suerte habia corrido Yeh? ¿Cuál era su paradero? Nadie lo sabia : unos opinaban que se hallaba escondido en su palacio del Ya-mun[1], otros que habia huido, y los mas, que se hallaba á los alrededores de Canton al frente de cincuenta mil soldados. A los pocos dias todos salimos de la curiosidad, y el indómito Yeh, el célebre virey, fué apresado por un capitan inglés, junto con el general tártaro y el comisario de la tesorería, del modo mas ridículo que puede darse. Al momento lo pusieron á bordo de la fragata de guerra *Inflexible*, y, sea dicho en honor de la verdad, los embajadores dieron órdenes para que lo trataran con toda la consideracion debida á su categoría, y al respeto que exigia el infortunio. ¡Qué altos y bajos los de la humana vida! El gran virey, la segunda autoridad de un imperio que cuenta cerca de cuatrocientos millones de habitantes, acostumbrado á verse lleno de honores, haciéndole todo el mundo el *Kotau*, inclinándose siempre ante su vista, verse de repente reducido al espacio que proporciona un buque, ¡á un simple camarote! sin mas guardia de honor que el *Stuart*, ó criado, sin mas acatamientos que los que ordena la simple cortesía. ¡Pobre hombre! su orgullo ha debido sufrir mucho.

Los aliados creyéndose seguros, y consolidada la si-

[1] Residencia oficial.

tuacion, levantaron el sitio el 10 de febrero, lo que contribuyó á infundir confianza, y revivir un tanto el casi muerto comercio de Canton. No tardaron los comerciantes ingleses, que se hallaban prófugos y ambulantes, en trasladarse á Honan, y establecerse allí en los primeros *hute* ó ranchos chinos que encontraron para alquilar. Al mes de abierta la comunicacion en el rio, mas de cincuenta casas comerciales de Hong-kong habian mandado sus agentes á Honan, y los embarques de tés empezaron en el mes de marzo con una actividad extraordinaria. Por esta misma época Yeh fué enviado á Calcuta en el mismo buque que le servia de prision para tenerlo allí en clase de rehenes ó como prisionero de Estado; pero poco tiempo despues murió en aquella ciudad.

Tranquilo Canton, asegurada la paz en toda la provincia, los embajadores empezaron á tornar su vista hácia el norte, y no tardó en hablarse de su próxima marcha para el Peï-ho. No era posible terminar la cuestion sin acudir al tronco, sin ir hasta Pekin, y arreglar todas las cuestiones de una manera definitiva con el emperador. Sabido es que solo en los meses de verano pueden entrar buques de gran porte en el golfo de Petchelí, y por consiguiente el tiempo era precioso, y no podia perderse un solo dia. Tamaña expedicion demandaba un tanto de valor, y estar bien apoyada; pues los embajadores Elgin y Gros no querian exponerse á no ser admitidos por el emperador, como habia sucedido con todas las embajadas que les precedieron. Un desaire semejante en las actuales circunstancias, hubiera sido una puñalada mortal que no podian sufrir los altos comisionados de las dos naciones mas potentes del mundo.

A fines de marzo se presentaron las cosas de tal modo, que cada enviado, seguido de un gran número de buques de guerra, se puso en camino para el Peï-ho. Ordenes se dieron para que todas las tropas que llegaran de la India y Francia marcharan inmediatamente á unirse con ellos, y aun se tuvo la precaucion de despachar por delante al vizconde de Contades y á M. Oliphant, secretarios respectivos de los ministros: estos señores estaban encargados de hacer llegar pliegos á Pekin par conducto del *fou-taï*[1] de Chang-haï, y de preparer el terreno. No bien hubieron llegado estos á Chang-haï cuando se dirigieron á Su-tchu, y allí supieron que el emperador habia despachado un comisionado especial, Huang, para tratar con los aliados. Este era uno de aquellos golpes puramente chinos, y dignos del sistema de diplomacia maquiavélica de esta nacion. Huang supo en Chang-haï que venian los embajadores, y á pesar de esto, en lugar de aguardar para encontrarse con los dos secretarios, pusóse en marcha precipitadamente por tierra para Canton, con el intento de cruzarse en el camino con ellos. ¿A qué conducia esta política? ¿Para qué valerse de semejante estratagema? No sabemos; pero lo cierto es que no produjo el efecto deseado: los embajadores declararon que no retrocederian un solo paso para el sur, y que de Chang-haï no saldrian sino para el norte, con direccion á Petchelí. Esta firmeza y decision, si bien no sorprende en diplomáticos tan avezados como lord Elgin y el baron Gros, no por eso deja de ser á lo sumo recomendable y digna de nota. En cada paso crítico

[1] Gobernador de provincia.

han probado estos señores ser unos negociadores consumados, y tener un juicio de subidos quilates.

En tanto que los embajadores francés é inglés procedian de este modo, el ministro americano, M. Reed, que se hallaba á la sazon en Manila, y el conde Poutiatine, embajador ruso, apresuraronse á seguir las huellas de sus colegas, y á mediados de abril el golfo de Petchelí tenia en su seno las escuadras mas respetables que se han visto en estos tiempos, ondeando á pocas leguas de Pekin las banderas de las cuatro naciones formidables de este siglo, y que representan el progreso y la moderna civilizacion.

¿Qué papel desempeñaba el ruso y el americano en este lugar? ¿Quién los había convidado allí, cuando durante todo el curso de las hostilidades se habian conservado neutrales y simples espectadores? El hecho es que allí se hallaban, presurosos de sacar tambien algun partido para sus respectivas naciones. No es por cierto muy laudable este papel; pero la política americana y rusa, el sistema de *expansion*, siempre les ha trazado esa línea de conducta en Oriente. Los ingleses y franceses pelean, vierten su sangre, agotan su tesoro por un fin que proclaman; los americanos y rusos, en apariencia neutrales, alégranse interiormente de todo esto, y cuando el resultado hállase próximo, preséntanse ufanos á recoger laureles y á sacar ventajas.

A mediados de mayo los aliados apoderáronse de los fuertes de Tien-tsin y mandaron su *ultimatum* á las autoridades chinas ántes de marchar á Pekin. El emperador que hasta entónces habia estado burlándose de las amenazas de los *bárbaros;* que se hallaba en la falsa

creencia que no las llevarian á cabo, empezó á alarmarse al saber que tenia los aliados á la puerta en via para su capital : cobró miedo, y contra toda su voluntad despachó dos comisionados imperiales de igual categoría que los embajadores europeos, para que fuera á su encuentro y trataran de arreglar las cuestiones pendientes. Fueron elegidos para esta gran mision diplomática Kouei-liang y Houa-Shana : el primero ocupaba el destino de tercer ministro en el gabinete, y parece ser un hombre que pasa de 70 años de edad; de maneras afables y finas, pero no de grandes dotes intelectuales : el segundo, Hou-sha-na, natural de Mongolia, era el presidente de la seccion de negocios civiles; jóven, apuesto, y el que, sin duda, teniendo mas capacidad, desde el principio parèce que llevó la palabra, y manifestó superioridad sobre su compañero. Hallándose en conferencias apareció de repente el célebre Ky-ing que hizo los primeros tratados con les ingleses como representante de China, y que desde 1842 hasta 1844 ha sido el Talleyrand de su país : acaso por su experiencia se le envió á unirse con los dos otros embajadores, y no hay duda que fué un golpe de verdadera política. Los dias pasaban, las entrevistas se sucedian unas á otras; pero vanos eran los resultados y tal parecia que no se llegaria á un arreglo pacífico, que no habia mas alternativa que llevar la guerra adelante. En todo este tiempo M. Reed habia estado despachando oficios al emperador lo mismo que el conde Poutiantine. El 11 de junio cuando aun no habian obtenido los aliados ninguna respuesta definitiva á sus exigencias, con sorpresa de todos recibió el plenipotenciario americano la contestacion del emperador á la

carta que le dirigió el presidente, y que sin duda la hizo llegar á su destino por conducto de alguno de los comisionados extraordinarios, ó por Tau el gobernador general ó fou-taï de Taku. Curioso era el modo como venian los despachos, metidos dentro de un tubo de *bambu*, ó caña, y adornado por fuera con dragones.

El 13 de junio el embajador ruso firmó su tratado, cuyos términos hasta ahora nadie ha podido saber, y el 18, cinco dias despues, M. Reed firmó el suyo, que si no resulta idéntico á los que concluyan las otras naciones, tendrá mucha analogía siendo sus artículos del tenor siguiente:

I. Garantir la paz general, y estipular ciertos servicios de parte de los Estados Unidos en caso de guerra con otras potencias.

II. Depositar el tratado tanto en Washington como en Pekin.

III. Su publicacion oficial en Pekin y en todas las provincias del imperio.

IV. Correspondencia directa entre el ministro de los EE. UU. con el consejo privado, ó sea el ministro de gobierno en Pekin.

V. Derecho para residir un ministro en Pekin; pero su comitiva deberá constar cuando mucho de veinte personas.

VI. Igualdad de rango en la correspondencia oficial.

VII. Facultad para tener entrevistas con los gobernadores, ministros, etc., en sus residencias oficiales.

VIII. Supresion de piratas.

IX. Apertura de nuevos puertos, ó de cualesquiera otros en que se conceda comerciar á los ingleses, france-

ses, rusos, ó cualesquiera otras naciones. Prohibicion del contrabando, y respecto al opio, permitir ó prohibir su introduccion segun lo manden las leyes del imperio.

X. Los EE. UU. jamás pagarán derechos mas subidos que los que pague la nacion mas favorecida.

XI. Reglamento acerca de pilotos.

XII. Fijacion de épocas en que se deban hacer los pagos de derechos : la clase de moneda en que se hagan y facultad otorgada á los cónsules para no entregar los papeles de un buque hasta que no se paguen los derechos.

XIII. Inmunidad de la bandera nacional. Obligacion de neutralidad.

XIV. Apresamiento de facciosos y desertores. Castigo de criminales.

XV. Reconocimiento del cristianismo, y proteccion á los chinos convertidos á la religion cristiana.

XVI. Todo derecho, ó privilegio concedido á cualquiera nacion ó á sus súbditos, ya políticos, comerciales ó de cualquiera clase, será de hecho concedido á los ciudadanos de los EE. UU.

Este tratado deberá ratificarse por los respectivos gobiernos en el término de un año. Hasta tanto que los tratados con Inglaterra y Francia no se hagan, el anterior no será completo; pero á pesar de esto, ha sido un gran paso el que han dado los americanos.

El dia 3 de julio supimos en Hong-kong la conclusion del tratado americano, y la noticia de que lord Elgin tenia en su poder una carta de los comisionados imperiales en la cual le aseguraban que todas sus condiciones serian aceptadas por el emperador : ya estábamos á 5 de

ese mes, la noticia se ha aguardado con impaciencia, la partida del vapor *Pekin* de la mala se ha diferido un dia en la esperanza de recibir del Pei-ho el tratado firmado; pero hasta el 6 del mismo mes de julio aun no habia llegado ningun tratado y la mayor ansiedad reinaba en toda la colonia.

Canton por otra parte se halla en un estado fatal: la expedicion del general Straubenzee á White Clonds fué desgraciadísima: los bravos cada dia hacen nuevas tentativas para atacar la ciudad, y la situacion se pone tan peligrosa que el vice cónsul Winchester da una proclama advirtiendo á sus compatriotas de los riesgos que corren, y que cada uno trate de su seguridad personal. El comisionado imperial Hwang á su turno publica un manifiesto incendiario en el cual incita á los cantoneses á que se levanten y expulsen á los *bárbaros;* una pieza oficial escrita en un estilo mas fuerte y acre que las proclamas del ex-gobernador Yeh.

He aquí bosquejado el estado de las cosas en China á principios de julio de 1858: en el norte las conferencias parecen favorables, y de un momento á otro se aguarda el nuevo tratado poniendo fin á la guerra, y asegurando todas las garantías que los aliados han juzgado necesarias para el comercio y las relaciones futuras con la China; en el sur la mayor desconfianza reina, y reina con razon: es probable, es casi seguro que los tratados seran celebrados conforme á los intereses que defienden los plenipotenciarios; pero no por esto las dificultades desaparecerán, pues otros tropiezos vendrán despues hasta de las frívolas cuestiones de etiqueta que acaso detendrán á los embajadores en las puertas

del palacio imperial. ¿Cuándo concluirá la cuestion? ¿Cuál será el fin de todo esto? No lo sabremos pronto: el desenlace de la guerra tardará largo tiempo, y cuando llegue ya yo estaré léjos de esta China que voy á dejar con mas afan que sentimiento.

Los calores del verano se hacian sentir de un modo terrible: el cólera asiático habia empezado sus estragos en la poblacion, y la residencia de Hong-kong no era por cierto nada envidiable. Habiendo dado punto á los asuntos que me trajeron á China, libre un tanto de los lazos de los negocios, me pareció una locura permanecer aquí mas tiempo, y al momento pensé en regresar á Europa. En un dia tomé mi pasaje á bordo del vapor *Pekin* y arreglé mis preparativos: determinado á salir de China pocas horas me bastaron para poner todo en órden, y para ir al bazar donde compré cuanta curiosidad me llamó la atencion.

¿Cuál debia ser el itinerario para el regreso? Ir á Manila, visitar las islas Filipinas me hubiera agradado mucho; pero no habiendo vapores de esta ciudad para Singapore ni Batavia, me era preciso volver á tocar en Hong-kong, idea que no me invitaba á ello. Me fué, pues, necesario renunciar á ver la hermosísima colonia acaso la mas rica de todas las que posee hoy dia España. ¿Pero por qué no tomaba uno de los vapores que van á Calcuta y hacia una visita á la gran metrópolis comercial, á la ciudad de los palacios, á la perla del Oriente? Por la sencilla razon que la estacion era malísima para este viaje, y que mas valia sacrificar la curiosidad á exponernos á dejar los huesos á las orillas del Ganges. Es increible el respeto que tengo hoy dia á las enferme-

dades, y el valor que le doy á mi salud. Nada mas natural : ya pasó la época de los trabajos, y espero empezar una vida amena y tranquila al lado de los mios. En tres años de residencia en China me he hallado agoviado de penas sin que el corazon haya tenido un solo placer, sin que el alma haya encontrado ni una vez un consuelo. ¿Qué afectos pueden contraerse en Asia? El hombre no piensa mas que en el negocio, en calcular el provecho que le puede resultar : en China no hay alimento para el corazon ni para el alma; la inteligencia se va, y el embrutecimiento aumenta de dia en dia.

Cumplidos nuestros compromisos, salgamos de este país, y trasladémonos al occidente escogiendo el camino mas interesante y satisfactorio. ¡Vamos cuanto ántes á estrechar en nuestros brazos á la familia y al amigo, volvamos á la vida civilizada! Ningun medio mas fácil que tomar la línea de vapores de la compañía oriental : el 6 de julio, pues, pasé á la oficina y saqué mi pasage hasta Alejandría. Era tal mi contento, tan grande y grata la impresion, que me parecia no era cierta mi marcha, creia que era un sueño lo que me pasaba. Apénas tuve mi papeleta ya se me figuraba que me hallaba mas cerca de mi familia, que era el fin de una serie de viajes penosos, largos y terribles, de una peregrinacion de aquellas que solo se hacen una vez en la vida. ¡Quiera Dios llevarnos con bien!